

**HISTORIA
DE UN
CMPLEJO**



**DORIS
KRAFFT**



HISTORIA DE UN COMPLEJO

© Doris Krafft

Primera edición, octubre de 1984.

Derechos reservados por la autora conforme a la ley.

INTRODUCCION

Enmarcada en el México de los años cincuentas, ésta es la historia de una mujer valiente que lucha por alcanzar un destino, sin dejar de rendirle culto a la amistad.

FEDERACION EDITORIAL MEXICANA, S.A.
Cerrada de Popocatepetl 55-K, Col. Xoco
03330 México, D.F.
Tels. 524 3652, 524 4322 y 524 5870

A MIS AMIGAS, POR SERLO.

"NO EXISTE MAS BELLEZA QUE LA DEL ALMA".

Todos los personajes presentados en esta historia son imaginarios.

PRESENTACION

"Complejo: Carga emocional fuerte que se inserta en la mente, a veces desde la niñez y produce un sentimiento de inseguridad que influye en el comportamiento de la persona".

Doris Krafft, jalisciense, escritora de rica sensibilidad, tanto en su poesía como en su prosa, y psicóloga de profesión, presenta su novela: "Historia de un Complejo". Poseedora de amplia cultura, tiene una metodología producto de disciplina mental, quizá propiciada por su ascendencia germana (padre alemán, madre mexicana). Ambos le heredan mente científica y emotividad latina. Los personajes que mueve son de carne y hueso, por ello los encontramos familiares.

En su libro de versos: "El Hilo", recrea su poesía, proyectándose como esposa y madre, con ternura infinita. La encontramos ahora en una novela de trama psicológica, enmarcada en una narrativa costumbrista, de un México y una clase social que ya casi no existen. Cuatro compañeras de escuela, clase media alta, alumnas de exclusivo "Colegio de Señoritas". Inicia su historia algunos años antes de comenzar la década de los cincuenta. A partir de esas fechas, se desarrollan los sucesos, enmarcados en un México pujante, que empezaba, sin embargo, radical transformación en usos y costumbres, precursora del gran alejamiento de nuestras tradiciones, vigente en varios aspectos de la vida nacional, en la primera mitad del siglo XX.

Adelaida, protagonista central, habla en primera persona. Es la narradora, quizá cronista, no sólo de su propia vida, sino de la de sus cuatro compañeras. Vamos así conociendo a los personajes que integran la trama, cada uno de sus perfiles definidos. La autora nos hace retornar a la bella época estudiantil, pletórica de ilusiones, sueños e incluso desengaños, configurándose la personalidad del ser humano, encuentra en el lector amplia receptibilidad. Pinceladas de fina gracia en los relatos juveniles, hacen más amena la lectura.

De la misma forma en la que se suceden las estaciones del año y cada una tiene características y encantos especiales, así las niñas dejan de

serio para convertirse en mujeres que sueñan su propio destino. Una a una, las cuatro van casándose. Adelaida, dotada de inteligencia superior, pero carente de atractivos físicos, ve pasar su vida sin ningún aliciente que la estimule. Quizá en el fondo del alma sienta envidia, envidia noble por las amigas que lograron culminar sus anhelos y consolidaron el amor en su nuevo hogar. Sin otras alternativas, ella se refugiará, como válvula de escape, en los estudios, escondiendo su amargura entre las páginas de los libros; su sed de amar y ser amada, la infinita ternura contradictoria con el feo rostro y desgarrada figura. Anhelante de afecto, lo encuentra en las amigas con las que compartió su niñez y adolescencia, pero aún en este afecto, por cosas de la vida, halla dolor y angustia.

Marcela, bella, rica, frívola, superficial, se casa con hombre de elevada posición, que la luce como trofeo, pero sin reprimir su afán de conquistador irredento. Catalina, la dulce Cata, sin grandes intereses culturales, hogareña, soñadora de un hogar e hijos, se convierte en clásica "amita de casa", sumisa, abnegada, mujer que no protesta ante la rudeza (no maldad) de su marido.

Dolores, la intelectual, estímulo y acicate para el hombre elegido, ambos licenciados en leyes. Ello lo supera profesionalmente, y como tantas mujeres, sacrifica la carrera para conservar el hogar. Pilar, la rubia y regordeta chiquilla, alma pura, profundos sentimientos religiosos, tempranamente se casa con Paco, el amor de su vida.

Adelaida cada día es más introvertida, huraña, se aísla de todos. La madre, frívola y bella, siempre le negó su afecto. La vanidad materna llega al extremo de avergonzarse por tener una hija sin atractivos físicos. Esta repulsa, aunque parezca increíble, se ha dado en otros casos. La madre de Honorato de Balzac, descrita por él mismo en carta dirigida a una amiga, dice: "Si supiera usted qué mujer es mi madre: un monstruo y al mismo tiempo una monstruosidad. . . Me odia por mil razones, me odiaba ya antes de que yo naciera. Es para mí una herida que no puedo curarme. . . Mi madre es la causa de todas las desgracias de mi vida. . .

Pasan los años, las amigas se ven esporádicamente, siempre con cariño. Cada una sigue su destino. Adelaida, ocasionalmente comparte el afecto de esos hogares, en los cuales, los hijos la llamarán "tía". Sin embargo, en ellos, por distintas circunstancias, es víctima de agresiones, no de sus compañeras sino de gente relacionada con cada familia. Y se retrae aún más, hasta alejarse definitivamente de sus antiguas compañeras.

La vida, inexorable, transforma la juventud en madurez. Próximos ya los 40 años, Adelaida es aún más hosca, víctima del complejo profundo que le propició la maldad e incompreensión de quien no supo apreciar su inteligencia, ternura, ansias de darse a los demás. Sola frente a un mundo carente de sensibilidad para captar el esplendor de su alma, llena su vida con el estudio, recibe títulos y honores académicos, se dedi-

ca a la enseñanza, viaja por el mundo, es recibida con beneplácito en colegios y universidades, pero no mantiene contacto personal con nadie.

Inesperadamente, las amigas se sorprenden al recibir una invitación de Adelaida para que la visiten en su departamento. Es en este punto donde la novela alcanza su clímax. La mujer áspera, las recibe y . . . El estupor, la admiración, deja mudas a las cuatro amigas.

Por boca de Adelaida se irán enterando de muchas cosas ocurridas en esos años. Ella, en un momento de liberación psicológica, las narra con pormenores, sucesos, hechos ignorados, hasta llegar al momento de ese encuentro. . . Se liberará al vaciar su alma de tristezas, rencores y amarguras, de la pesada carga de soledad, desesperanza, ternura reprimida. En el reencuentro, se estrecharán aún más los lazos de la bella amistad iniciada en la niñez.

La pluma de la escritora lleva al lector a un desenlace inesperado. Vencido para siempre el terrible complejo que también la apartara de Dios, Adelaida alcanza su plenitud.

Doris Krafft, no necesita ni recurrir, como muchos autores modernos, al uso de palabras fuertes o escenas de subido erotismo que lindan con la pornografía. A su fina pluma y rica sensibilidad, le basta la amenidad de la narración, el desarrollo de sucesos de una época con la cual se identificarán muchos de sus lectores a la buena trama psicológica que conduce con acierto. . . Así, paso a paso nos vamos enterando del proceso de desinhibición de la protagonista, hasta alcanzar la cima de su integridad emocional.

EVA VELAZQUEZ

PROLOGO

Adelaida suspiró y moviendo la cabeza volvió a guardar cuidadosamente la blanca cartulina en su sobre. La tarde estaba fresca y sintió un ligero estremecimiento que la hizo cruzarse el chal de punto sobre los brazos. Empezó a recordar un antiguo poema escrito hacía muchos años: "junio, tarde lavada, tarde de lino; tarde de olor a nuevo, tarde brillante, que es como la menta de reconfortante y como ella tiene delicias de frío".

Cerró la ventana que daba de su escritorio al jardín y sonrió. Santiago había puesto —como siempre— demasiado alto el sonido del tocadiscos, aunque esta vez, no le importaron los decibeles. Una magnífica orquesta tocaba el tema de: "Nuestros Años Felices" y Adelaida volvió a sentarse en su *secretaire* junto al cristal que reflejaba la araucaria. Suspiró ya nostálgica y súbitamente frunció las cejas, se acomodó los lentes y abriendo nerviosamente el cajón, hurgó entre los papeles.

—¿Será posible? 16 de junio. ¿A ver?... ¡Sí! ¡La fecha es la misma! Sonrió.

— ¡Qué extraña jugarreta del destino, el mismo día, 18 años después!
Toda una época empezó a atropellarse en su memoria. ¿Era el México de los 40s, 50s?... cuando la ciudad todavía era un lugar en donde se podía vivir y respirar, en el que había tiempo para pasear, para conversar — ¡El México de mi juventud, se dijo— el México arbolado, tranquilo! Era la época del loco que se suicidó porque estaba enamorado de la Diana Cazadora en el Paseo de la Reforma. El México de los "Kikos", del "Turkos", de "Sidralí", de los bailes de "blanco y negro" en el Country Club y de las Romerías en el "Jardín Cerveza Corona". El México de Rambal en "Bandera Negra", de Jorge Negrete y de Bertha Singermann declamando en Bellas Artes versos de Juana de Ibarborou. Tiempo de Vasconcelos, de Alfonso Reyes, de Don Artemio de Valle Arizpe. La época de oro del Radio: Pedro de Lille, el Bachiller Gálvez, Carlos Lacroix, Agustín Lara, "Café Concierto", "Anita de Montemar", "Cri Cri". Se acababa de inaugurar la fuente de petróleos a la entrada de las "Lomas" y el "Ciros" de Evert Hogland estaba en su apogeo. Los camiones "Insurgentes Bellas Artes" por 5 centavos nos llevaban cómo-

damente sentadas a todos los lugares que frecuentábamos. Los llanos del "Puente de la Morena" empezaban en la gasolinera que estaban construyendo en la esquina que iniciaba la Avenida División del Norte. El solitario lugar donde, aterida de frío a pesar del uniforme azul marino de manga larga, el grueso sweater y los guantes, esperaba con mi nana todas las mañanas la llegada del camión de Escuela.

Era el México de la "matiné del cine Balmori" —en donde cada sábado gritábamos electrizadas con el nuevo capítulo de: Flash Gordon, "Ming y la invasión de Mongo" o cualquier otro episodio de las series en las que el "chico bueno" se arrojaba del último piso del Empire State Building de Nueva York y caía de pie, sobre un camión que pasaba justo en el momento y por supuesto al "héroe" no se le caía ni el sombrero. Después, nos identificábamos con el romance juvenil del travieso "Andy Hardy" o las bobadas del "Gordo y el Flaco" mientras nos atiborrábamos de "muéganos", cacahuates garapiñados o el chocolate de moda: "Adelaido el conquistador".

La "Congregación Mariana" era obligatoria y todo el mes de mayo nos llevaban de riguroso blanco a "ofrecer flores" cantando desafinadas: "Venid y vamos toodas, con flores a Maritía, con flores a Mariía que Madre nueeestra es".

Los domingos la cita era a las cinco en punto de la tarde en el cine "Vanguardias" de las calles de Frontera, ¡y cómo nos enfurecíamos cuando, al aparecer un beso en la pequeña pantalla, invariablemente salía a relucir en la misma, una enorme mano abierta que nos lo tapaba, por "inconveniente"!

Cuando Marcela nos invitaba a comer, pasaba su chofer uniformado por nosotras en acharolado "Pontiac" e inmediatamente le pedíamos que sintonizara "Radio 620" porque ¿cómo podía "nadie" dejar de escuchar "Café Concierto"?

Empezaba la magia de la televisión, rifaban los "copetes", los sweateres "pachucos", los bailes de "Ingeniería" y los thés danzantes del salón Riviera. ¿Los boletos? ¡uy! ¡carísimos! ¡veinte pesos!

Johnny Weissmüller era "Tarzán", Errol Flynn un "Robin Hood" encantador. Recortábamos fotos de los hermanos Rojo, leíamos a escondidas el "Leoplán", teníamos suscripción del "Seventeen" y empezaban a parecernos infantiles los "Cuentos Marujita" porque ya Lola nos prestaba "Magali" de M. Delly. Los viernes había sesión secreta en casa de Cata. Victorino mi hermano daba clases de "Mambo" y enseñaba su estilo de bailar el Tico-Tico y "Brasil".

Las tardes de vacaciones nos las pasábamos recitando: "El seminarista de los ojos negros" con "Siboney" de música de fondo. ¡Dios mío, qué cursis éramos!

Adelaida volvió a la realidad al escuchar el fuerte rechinido de las llantas de un auto, un portazo y luego unos pasos ágiles que se acercaban;

apresuradamente apiló unos sobres y se volvió en su silla giratoria para entregarlos al que entraba.

—No te impacientes, ya no te haré demoras, aquí están ya las cuatro invitaciones: la de tu tía Marcela, la de tu tía Pilar, la de tía Cata y la de tía Lola. ¡Ah! y vete en seguida, ¿eh?, si no, no te dará tiempo de ir a la prueba del sastre.

Adelaida volvió a quedarse sola en unos cuantos minutos, se acodó nuevamente en su escritorio dándose cuenta de que su anterior suposición de que la música que se escuchaba era del tocadiscos resultaba equivocada, pues Santiago no estaba, y sin embargo, envolvía el ambiente la suave cadencia de la evocadora orquesta de Glenn Miller tocando: "As time goes by", alzó los hombros despreocupándose, seguramente el chico del vecino que por equivocación sintonizaba una estación con música "antiguíta". Volvió a sus papeles, alzó la vista hacia el jardín que se teñía con la luz rojiza del crepúsculo y aquel conjunto la regresó a sus recuerdos, suspiró melancólica.

—¡Lola, Cata, Marcela, Pilar, la amistad de toda una vida, ¡cuánto hemos pasado!

El timbre insistente del teléfono la sobresaltó.

—¿¡Iñaquí?... ¡hola muchacho! ¡Qué milagro! ¿Qué dices? ¡Ah, sí, claro, por supuesto! ¿Que te urge? Bien, pues no te preocupes, en seguida te la doy. Sí, sí, aquí tengo el diccionario, espera un momento. Mmm... ¿Nada más te interesa la definición de "complejo"? Bueno pues aquí la tengo ya, anota: "Complejo: carga emocional fuerte que se inserta en la mente a veces desde la niñez y produce un sentimiento de inseguridad que influye en el comportamiento de una... —Adelaida frunció el ceño impaciente— ¡Ay Iñaquí!... ¿Pero cómo no vas a entender? Adelaida se controló moviendo calmada la cabeza. —Mira... haz de cuenta que es... como una manta negra que te cubre y no te deja ver lo bueno que hay en tí. Sí, sí, eso es, más o menos. ¿Ahora sí entendiste? ¡Vaya pues! Qué bueno... No muchacho, no hay de qué. Sí, sí, hasta luego.

La radio del vecino parecía empeñarse en jalarla hacia el pasado. ¡qué raro!... era la primera vez que el chico gustaba de aquella música ¿o la habría dejado sintonizada simplemente sin escucharla?... sí, eso debía ser, pero indudablemente el sonido agudo y largo de la trompeta de Harry James con "Tiempo Tempestuoso" la ponía definitivamente melancólica. Volvía a su memoria el cine Parisina y le parecía ver a sus amigas tomadas de la mano del novio en turno sumergidas en las delicias de la historia de un Federico Chopin idílicamente representado por un bellissimo Cornel Wilde con el que hasta la tos se antojaba, o en un ensueño de "Stradivarius" que las transportaba al paraíso de la mano de un Nicolo Paganini con el rostro de Steward Granger. Veía a Pilar en los intermedios comprando pastillas "Usher" con sabor a perfume, "Chamois", "sensenes" —sonrió—, luego recordó a Lola agitando entusiasmada los boletos que acababa de adquirir para ir a ver a Linares Rivas en "Lodo y

Armiño" en el teatro de las hermanas Blanch. . . Luego a Marcela vestida de "Manola" arrojando claveles al ruedo de la flamante "Plaza México" para que Carlos Arruza se los devolviera con un beso. . . después a Cata insistiéndole para que las acompañara a patinar a la moderna pista de hielo por el nuevo cine Roble porque quería enseñarle que había comprado un trajecito igualito al de "Sonja Heine". Adelaida movió la cabeza dulcemente, ¡qué época aquella! . . . después el grueso diccionario abierto la volvió a la realidad. Frunció el ceño —Complejo, sí, eso era. Hoy lo veo con toda claridad, y es cierto, un complejo puede ser la diferencia entre la felicidad y la desgracia.

CAPITULO 1

La gritería era ensordecedora, la gigantesca "ola" recién adquirida por las monjas había sido un éxito rotundo. Todas las chicas hacían cola para sentarse un rato en aquella rueda de madera que giraba vertiginosamente, aunque siempre sucedía que cuando estaban en lo mejor del juego, tocaban la campana para terminar el recreo.

Era el primer día de clases para Pilar y francamente se sentía aturrida, el colegio era enorme y la regordeta chiquilla rubia volvía los ojos azorados de un lado a otro con asustada timidez a pesar de la verborrea que le disparaba su desenvuelta prima Marcela que parecía estar como pez en el agua porque "se las sabía de todas todas" y verdaderamente en aquella ocasión trataba de introducirla en su ambiente para hacerla sentir bienvenida.

—Lola brinca la "riata" como las buenas, y es simpatiquísima, vas a ver que te llevarás con ella "super duper", además es una "hacha" en las clases y no creas que se anda creyendo la "divina garza" por eso, al contrario, es bien "jaladora" y si puede, te "sopla" lo que quieras. A Cata ya la viste, es muy "dulcesita", muy mona.

Marcela soltó una sabrosa carcajada haciendo un delicioso mohín burlón.

"Medio mensita para la estudiada" ¿eh? Es tímida y los libros, no creas tú que se le dan, pero en cambio teje y borda precioso la pobre! ¡Pero no seas zonza Pilar, no pongas esa cara "honey", si yo la quiero mucho, "palabra" además, te voy a dar otro "tip" ¡Cata siempre juega a lo que uno quiere, es "buenísima gente", ya verás.

—¡Ay, de todos modos Marcela, yo la verdad me siento muy rara aquí, la Hacienda era tan tranquila, yo conocía a todo el mundo, y esto es tan grande, hay tantas niñas. . .! Marcela hizo un gesto de enfado torciendo la boca, dio una fuerte chupada a su pirulí llenándose de roja miel los labios y tratando de alisarse un rizo juguetón que le caía graciosamente sobre la frente, continuó doctoralmente.

—¡Mira primita, convéncete de una buena vez que "a chaleco" te tienes que acostumbrar, por otra parte, ¿cómo vas a comparar la ciudad al campo? No la "amueles"! Mira "honey", te aseguro que en "dos patadas" vas a estar en México fascinada, te apuesto a que en un mes ya ni te acuerdas de la Hacienda. ¡Uuy, uy, uy! ¡No Pili! ¿Qué pasó? ¡No me empieces con pucheros, ya no estamos en párvulos, mira "nomás" los lagrimones!

La cara de Pilar estaba congestionada por el llanto que trataba de limpiar con la orilla de su delantal a cuadros. Medio hipando tartamudeó.

—Es que me acuerdo de papá y . . .

—Ya, ya prima, ve el lado bueno de las cosas, la ciudad de México es “brutalísima”, aquí te divertirás “chorros y cantidades fabulosas”, todavía más que cuando en la Hacienda, iba yo a pasar vacaciones. . . ¿A poco ya no te acuerdas de todo lo que hicimos la última vez que estuve?

La preciosa chiquilla hizo un pícaro gesto de travesura que obligó a Pilar a reír entre llanto. ¿Cuando te ba. . . bañaste en leche de burra?

Marcela soltó una franca carcajada —Cuando “nos” bañamos “honey”. Tú tampoco eres una “hermanita de la caridad”! ¡Nos bañamos bien bañadas las dos! —

Pilar se había contagiado ya de la simpática alegría de Marcela. —Tú dijiste que si Cleopatra lo había hecho, ¿por qué nosotros no? ¡qué barbara! ¡y en los abrevaderos de los caballos. Buena tunda nos dieron!

¡Ay! ¡Qué padre estuvo!, pero hasta la tunda valió la pena ¿a poco no? y vas a ver viviendo aquí cómo nos vamos a divertir también, tú misma has dicho muchas veces que conmigo no es posible aburrirse, fíjate, tu casa está a dos cuadras de la mía, este Colegio es de los menos malos, para ser una escuela digo. Por otra parte, como te explicaba antes, el grupo que hemos formado es “super duper”. Fíjate; contigo seremos cinco con pacto de “mosqueteras”. A la que todavía no conoces es a la “jirafa Pérez Gómez” y te diré, es bastante enojona, no creas que te le vas a poder acercar mucho porque parece erizo, pero en el fondo no es tan mala gente, ¡ah!, y déjame decirte que es una “buenaza” para explicar tareas, es de las “mataditas”, saca puros dieces, pero no es egoísta, deja que la conozcas y verás cómo te saca de apuros en las clases. Y bueno, mira, como te lo prometí. . . —Marcela comenzó a hurgar en su lonchera y a sacar un tentador nugat de chocolate, un tubo de pastillas y una bolsa de papel con pepitas que iba extendiendo hacia las ávidas manos regordetas de su prima quien, ya del todo sonriente, rápidamente se dedicaba a introducir grandes trozos de chocolate en su boca ansiosa. — ¡Mmm! . . . ¡Qué regio, Marcela!, “de - li - cio - sos”, igual que las “kikoletas heladas” que me diste a probar ayer en el Kikos, ¿Estos son los famosos “milky ways” que anuncia el “Doctor I. Q.” en la “W” ¿verdad? ¡Mmm mmm me moría por probarlos! ¡Todo lo que me has dado es una “ricura”, sólo que, ¡estoy engordando tanto que mamá ya me amenazó con que le va a pedir a tu mamá que nos dé la dirección del doctor ese que adelgaza!

—¿Vergara? ¡Uy Pilar pues ya se te “armó”! ¿eh? . . . prepárate porque dicen que pone unas dietas “horripilantes” pero pues ¡ni hablar “honey” todo sea por la belleza! ¡Ahora sí que contigo en el grupo de amigas vamos a ser: “los cuatro jinetes del Apocalipsis jalados por el látigo de Frankenstein”.

Marcela soltó otra de sus alegres carcajadas ante los ojos azorados de la provincianita.

— ¡Sí “honey”, sí. ¡Pero cómo eres “pazguata”! Fíjate, seremos: Lola “la Guerra”, porque es una buena revoltosa; Cata “La Muerte”, porque la pobre es mortal de aburrida; tú, Pilar, con lo de la dieta serás el “Hambre” ¿y yo? pues las malas lenguas dicen que “dizque soy” la “Peste” por traviesa, ¿tú crees?

Pilar inocentemente inquirió alzando asombrada las cejas.

—Bueno Marce pero dices que somos cinco, entonces, ¿la “jirafa”?

Marcela se mecía en la banca de concreto verdaderamente atacada de risa y alzando brazos y piernas al aire, divertidísima gritó: —Pues la “Jirafa” es “Frankenstein” prima, un monstruo de horror.

Pilar y Marcela estaban sentadas hacia el patio de deportes, de repente, sin saber por qué ambas sintieron clavada en la espalda mi mirada penetrante y helada, que las obligó a hacer exactamente lo que yo quería: ¡volverse hasta quedar repentinamente envueltas en un gélido silencio paralizante? Mi figura esquelética, alargada y grotesca estaba frente a ellas y gocé cuando gritaron enajenadas mi nombre:

— ¡ADELAIDA!

El enorme patio de mosaicos presentaba el aspecto y el ruido de una jaula de canarios alborotados; el tañido repetitivo de la campana anunciaba el engorroso deber de ir a formar las filas para entrar a clases.

Yo seguía desafiante, de pie y delante de Marcela y de Pilar quienes calladas, y con la cabeza baja escuchaban el tono imperioso y seco de mi voz sin atreverse a mover un músculo. Yo no les tenía ninguna lástima.

— ¿Entendiste bien Marcela? ¿Y tú también? ¿mi nombre?, aunque les cueste trabajo pronunciarlo a las analfabetas es A-DE-LAI-DA.

Pilar estaba roja de vergüenza, nunca se había sentido tan mortificada; apenas mirando con el rabillo del ojo consiguió tartamudear — ¡Ay Jesús de la Misericordia! Adelaida, mu. . . mucho gusto en co. . . conocerte. . . soy Pilar. . . la prima de Mar. . . ceta. . . yo. . . yo. . . quería ser tu. . . tu amiga. . . yo. . . yyyo nno sabía. . . perdón. . . ¡Aaay Jesús. . . qué pena!

La visible turbación de la chica logró dulcificarme un poco. — ¡La pena está en los hospitales y en los panteones “niñita” ¿o es que no enseñan Gramática en tu pueblo?

El cambio había sido muy brusco para Pilar, su padre había sido un rico hacendado, hombre recto y bueno que casi se había vuelto loco al nacimiento de su primera mujercita, rubia y hermosa como la mujer de la que vivió enamorado toda su vida. Pilar había crecido mimada por todos, sus deseos eran órdenes no solamente dentro de la casona sino entre los sirvientes de aquel campo de trigales por el que la pequeña

corría libre como un pájaro y sin más preocupaciones que aprender a llevar las riendas de su pony, tomarse su tazón de leche recién ordeñada, y . . . un poco después, ya más grandecita, asistir a la pequeña escuela rural consentida por la anciana profesora para la que era casi una reina.

A la muerte repentina de su padre, su madre, abrumada por la responsabilidad de aquella Hacienda cuyo manejo desconocía, aconsejada por su cuñado, el prominente abogado capitalino Evaristo Castillo, resolvió mudarse. Doña Consuelo Méndez de Zubirán vendió sus propiedades en el campo para irse a radicar a México cerca de Eulalia, su acaudalada hermana aceptando sus consejos de poner a Pilar en la escuela donde estudiaba Mercela su hija. Para Doña Consuelo fue indudablemente un alivio acogerse a la autoridad de un hombre tan respetable como Don Evaristo para que la ayudase en la educación sobre todo de sus dos hijos mayores que a la dirección del tío, ingresaron en el Colegio Militar y ella, más pronto de lo que imaginaba, empezó a sentirse bien en la capital.

*

Acababa de sonar el agudo timbre salvador indicando que la clase terminaba. La señorita Basurto, profesora de Aritmética regresó a su escritorio, dobló la carpeta apresuradamente, tomó su bolso y salió del salón sin volverse a ocupar de Pilar, quien llena de gis, hacía un último y desesperado intento de resolver el problema que le habían planteado, en el pizarrón. Las lágrimas resbalaban sin tregua recorriendo sus mejillas, Pilar parecía no escuchar los golpes de las últimas papeleras de las compañeras rezagadas que sacaban sus loncheras para el ansiado recreo que ya atronaba afuera en todo su apogeo.

Pilar me dio lástima, ¡se veía tan desvalida!, me levanté de mi asiento y caminé lentamente hacia el encerado.

— ¡Pero no te has dado cuenta que ya estás tú sola en el salón boba?, ¡hace “años” que tocaron! ¡Ay por favor, ya déjate de chilletas “niñita”!, ¿no sabes hacer otra cosa que “berrear” a todas horas?, ¿no te da vergüenza?, ¡ya no eres la “señoritinga” dueña y señora de tu famosa Hacienda a la que “todo el mundo” tiene que “caravanear”, ¡estás en un colegio grande, de la ciudad y aquí no eres sino “una más”. ¿Lo oyes?, ¡una más! Pilar se llevó las manos a los ojos llenándose la abotagada carita de las manchas de tinta y gis que chorreaban sus dedos, el uniforme azul marino ofrecía ya un aspecto lamentable. La pobre chica no lograba parar de sollozar angustiosamente. Entre hipos y sorbos consiguió tartamudear: — ¡Eees quee . . . mme aaasusta! . . . ¡me asusta!

Yo estaba ya enojadísima, impaciente ante aquella increíble debilidad que definitivamente no comprendía, bruscamente le arranqué las manos

de los enrojecidos ojos gritándole: — ¿Te asusta qué? a ver ¿qué te asusta? pareces un ratón. Pilar volvió a restregarse los ojos que eran otra vez una catarata de lágrimas repitiendo tercamente: — ¡No puedo!. . . ¡no puedo!. . . ¡eees que nno pppuuueedo!

Yo seguía indignada, pero su aspecto empezó a parecerme cómico, por lo que ya burlona le volví a gritar: — ¡Estás igualita al muñeco del ventrílocuo ése . . . Paco Miller. . . (imitando entonces el tono chillón de la vocella de Pilar le dije:) “no puedo . . . no puedo . . . no pueedo” . . . ¡oye, ya está bien Pilar! ¡no eres más que una mocosa “chiquiada” ¿qué no puedes hablar como la gente decente? ¿o tampoco sabes?

Pilar consiguió serenarse un poco. — Nno puuedo con las divisiones. . . ees que . . . es que ¡no me las habían enseñado nunca! —. Pilar volvió a hacerse un mar de llanto, me compadecí y le extendí mi pañuelo para que al menos se sonara. — ¡Pero qué barbaridad “niña”! ¿pues qué fue lo que te enseñaron entonces? ¿eh? ¡en todo andas del “perdido”! ¡Ay pero ya para la “chilleta” o te pellizco para que de veras llores por algo! ¡Uy, palabra que eres zonza, suénate de una vez y vamos a ver ¿a quién le tienes miedo burra? ¿a poco me vas a decir que a las monjas? ¡tonta! ¡si no son más que pingüinos! ¿qué te van a hacer? a ver ¿qué? ¡pues nada! ¡absolutamente nada boba! amenazan y pegan de gritos, se histerizan pero nunca cumplen lo que alegan, siempre se arrepienten a última hora y acaban diciéndote que “es la última vez que te lo pasan” ¿para qué crees que son monjas si no? y ¡ultimadamente ya he perdido un montón de tiempo contigo! ¿sabes restar verdad? a ver ¡trae acá tu cuaderno!

Afuera, en el patio de recreo empezaban a escucharse los gritos de las porras. Se iniciaba el partido semanal de volley ball, yo había salido invicta tres veces seguidas y aquel día era crucial para el triunfo de mi equipo, estuve tentada a dejar a la bobalicona provinciana con sus problemas y largarme a corretear con la pelota que tanto me gustaba, pero ¡qué rabia! ¡no pude hacerlo! ¡aquella estúpida güera regordeta con ojos de borrego a medio morir me daba lástima! si no la ayudaba yo ¿quién lo haría? Marcela era una muñeca frívola que además estaba para que la ayudaran a ella, tenía unas calificaciones pavorosas, ¡si en lo único que podría sacar dieces sería en “peinados y moñitos”. En fin, “ni modo”. Me senté a regañadientes. — Mira, las divisiones son iguales a las restas, pero fíjate y ya de una buena vez deja demoquear, cochina asquerosa ésta ¡me estás poniendo del “asco” mi pañuelo! ¡presta atención que no tengo tu tiempo! aquí tenemos una cifra de cuatro números ¿verdad? bueno pues si. . .

El anaranjado autobús del Colegio rodaba perezoso meciedo el ronquido de su afónico motor entre las avenidas desiertas de aquella mañana de finales de febrero envuelta en un tul de neblina que, a pesar de ir

acompañada de un vientecillo helado, parecía provocar la elocuencia de las chiquillas, madrugadoras a fuerzas, que se enracimaban sobre sus asientos de cuando en cuando saltarines.

— Y en la Hacienda, después de desayunar “gorditas con champurrado” y carne con chile que me preparaba mi nana Cuca, me iba con Sabás, el caballerango en mi “Pony” hasta el “Ojo de Agua” y llegando al manglar. . .

— ¡A ver si ya dejas de estar hablando como “chachalaca” de tu famosa Hacienda, y te fijas más en lo que hay aquí, frente a tus narices! . . . ¡estás en México Pilar, no soterrada en los zacates de tu rancho en Jalisco! ¡trata de metértelo en la cabezota! y luego, ¿por qué las “truenan” eh? ¡todas ustedes son una “bola” de atarantadas que no saben apreciar nada de nada! ¡miren esa torre de fierro que está allá enfrente, es el Museo de Historia Natural del Chopo! Sor Eduvigis nos estaba explicando ayer de los animales. . .

— ¡Ay sí. . . sí. . . tiene razón Ade. . . mírenlo, yo ya he ido los domingos con papá. . . hay unos animalotes “gigantísimos”, se llaman “anticortesianos” y es de “agricultura Chórrica”! Las carcajadas no se hicieron esperar a la disertación de la ingenua Cata, que abría los ojos desconcertada ante la hilaridad que había despertado su alarde de “cultura”.

Yo me volví hacia ella furibunda, tras los gruesos cristales de mis lentes, mis pequeños ojos echaban chispas y creo que si en aquél instante hubiese podido hacerlo, la hubiera fulminado, —¡A ver si se callan, sarta de estúpidas, nos van a reportar con su escándalo, de ésta, seguro que nos quitan por lo menos cinco vales! . . . ¿y a ti, Catalina?, lo único que te salva el promedio es la conducta, si te la pasas pidiendo recetas de “galletitas” y bordando “florecitas de rococó”, ¡no sé cómo no te arde la cara de vergüenza el que tus papás les estén regalando la colegiatura a las monjas! ¡eres tan burrísima que no sé ni para qué vienes tú a la escuela!, ¿sabes cómo se llama en castellano lo que haces? . . . ¡Ocio-ci-dad!

Las carcajadas de mis compañeras no hicieron sino sacarme más de quicio.

— ¡Ah! . . . y por si “remotamente” te llegara a interesar, los animales del Museo del Chopo son “antidiluvianos” y el estilo de la construcción se llama “Gótico”.

Sí, Cata era dulce, pero bobalicona ¡pobrecilla! creo que hasta miedo me tenía. . . pero me indignaba el que pareciera estar siempre en “la luna de Valencia”, muy modosita, muy “sufridita”, incapaz de una in-

corrección, con su par de trenzas restiradas y recogidas arriba de la frente con un moño impecable, llevaba en la mochila bolsitas de dulces y de panquecitos que hacía, y nos repartía, encantada de que se los alabaran, ¡y cómo me “chocaba” el que dijera que “se había estado toda la tarde haciéndolos con su “mamie”, ¡ah! . . . pero ¿la tarea?, jamás la llevaba, también le gustaba tejer a gancho y se la pasaba dibujando en clase casitas y muñequitos que luego calcaba en las pequeñas telas que bordaba a punto de cruz. Estaba muy unida a su madre, que era igual que ella, creo que de no haber sido por su papá, Cata se hubiera quedado en casa contentísima.

Mis compañeras empezaron a apapachar a Cata que empezaba a llover, ante mi exasperación. Luego comenzaron a decir lo de siempre, que era yo una gruñona insoportable. ¡Tenían razón y creo que en el fondo yo hubiera querido ser como ellas, infantiles, inconscientes, alboroterías, ¡yo siempre fui demasiado seria para mi edad! Es más, ahora que lo pienso bien, ¿tendría yo infancia?

CAPITULO II

LA MAESTRA de Biología dictaba con voz monótona y gutural. Toda la clase escribía rabiosamente tratando de seguirla y llenando de manchas de tinta los sufridos cuadernos que padecían el inclemente razgueo de los manguillos que jamás alcanzaban a llenarse. . . ¡no en balde eran nuestras primeras incursiones con los tinteros color violeta! Marcela, Lola y yo nos sentábamos atrás de la fila porque éramos las más altas. Marcela, había sacado su precioso espejito con mango de perlas, creo que siempre estuvo un poco enamorada de la imagen que le devolvía aquella pequeña luna redonda con la que, cuando no se miraba, echaba “cardillo”. De repente, mi paciencia llegó a su fin y rabiosa le susurré:

— ¡Pero es el colmo Marcela Castillo! ¿Es que te crees en el salón de belleza?, ¡guarda de una vez tu maldito espejo que ya me tiene histérica y de una vez por todas déjate en paz los “chinos”, ¡si te “cacha” la maestra te va a colocar un cero del tamaño del mundo!, ¡ya no sé si es que eres cínica o estúpida, ayer te pusieron cinco y no escarmientas!, estoy segura de que no has oído NADA del dictado, si mañana preguntan te va a ir “como en feria”!

Marcela alzó descaradamente los brazos y dio un largo bostezo ante mi terror de que la viera la maestra; por fortuna no fue así, pero luego, la muy descarada, se agachó para recoger tranquilamente de su mochila una muñeca que empezó a acariciar.

— ¡Aaay. . . ya cállate Adelaida! ¿no ves que tenía que ponerme el broche para pelo que me trajo mi “daddy” de Boston?, ¡mira que lin-

do!, además, tengo que arreglar a mi "Shirley Temple"—. Marcela llena de coquetería acercó la muñeca a su cara. (Ya desde entonces, sabía perfectamente lo bonita que era), a cada movimiento de mi compañera yo miraba angustiosamente hacia la maestra que, afortunadamente, seguía dictando.

— ¿No ves que "dicen" que se parece a mí? —dijo socarrona.

De repente, Marcela se enderezó asustada, empezaba a acometerle uno de sus acostumbrados ataques de pánico. — ¡Ihhhhh!... ¡ay Dios santo, mira Ade!, ¡está escribiendo en el pizarrón que le llevamos la tarea que dejé ayer, a su escritorio! ¡Ay Dios mío Ade! ¡yo no la hice!... ¡me va a reportar porque en todo el mes no la he hecho!... ¡Ay Ade "honey" ¿qué voy a hacer Dios mío?... ¡se va a poner como energúmeno!... ¡Ay Ade, házmela, no seas mala! ¡tú no te tardas nada... mientras recoge, me la terminas, tú escribes rapidísimo y te sabes todas las respuestas!... ¡Ay ándale Adelaidita chula!... ¡por lo que más quieras "honey"! por favorcito ¿sí?... ¿verdad que sí?... ándale... no hay que ser, ¿sí?

— ¡Tú... y tu famosa "Shirley Temple"! ¡... Hmmmpr...! ¡estoy segura de que estarías fascinada si te pusieran un moño, en una caja de cartón envuelta en papel celofán y te colocaran en un aparador del centro! ¡payasa presumida de todos los demonios! ¡ahora sí te cogen las carreras verdad? ¡A ver! ¡presta acá el papel de una buena vez! ¡no sé qué tienes en la cabeza!

Le arrebaté furiosa la hoja y empecé a escribir rápidamente.

El timbre para recreo siempre tenía un sonido melodioso, era como si nos abrieran la jaula para volar, nunca olvidaré el maravilloso sonido del correr desahogado de zapatos, los empujones, la alegría, los gritos y las risas contenidas... Lola fue la primera en salir y de inmediato empezó a desabrocharse el cinturón, su mamá la obligaba a apretárselo hasta el último agujero para que se le "fuera formando cintura".

— ¡Uffff...! ¡qué alivio! ¡ya "azotaba" de aburrición! ¡por fortuna es viernes!

Pilar tenía poco en la escuela y todavía no estaba al tanto de las cosas.

— ¿Por qué eh? ¿por qué? ¿qué pasa los viernes Lola?

— Todos los viernes vamos a la Capilla, tenemos misa y meditación, pero lo bueno de la capilla es que está atrás del convento, y hay que atravesar el colegio, todo el jardín, y luego la huerta que es "pre-cio-sa" (Lola le torció pícaramente los ojos a Pilar), llenita de manzanas y guayabas y naranjas y mandarinas!

Marcela dio un gran suspiro de satisfacción al mismo tiempo que saltaba regocijada en un pie como si estuviera jugando "avión".

— ¡Pero lo "brutal" primita es que nos dejan ir solas "so-li-ti-tas" ¡sin monja de guardespaldas! "honey"

Cata, que caminaba derechita y correcta tras de nosotros dijo entonces con solemnidad:

— ¡Claro! ¡como que se supone que vamos preparándonos para la confesión!

La mañana estaba espléndida, los pájaros y las mariposas se nos atravesaban descaradamente, al parecer, gozando con nosotras del camino de losetas bordeado de árboles frutales que Pilar ya había tenido buen cuidado de no desperdiciar, porque bien se podían seguir sus huellas por el reguero de cáscaras que dejaba, hincándole los dienteclillos golosos a cuanta fruta le salía al paso.

La bien timbrada voz de Lola no cesaba, a veces parecía como que le daban cuerda — y luego fuimos a Cinelandia, vimos unos cortos del Gordo y el Flaco únicos, la semana que entra van a pasar el estreno de "Marineros de Agua Dulce", ¡hay que ir! ¿no? Mamá me prometió llevarme porque en toda la semana, ni una sola vez me he enojado con Abel, y es un récord ¿eh?, porque es una "bigornia" mi "hermanito", con decirles que ya me dicen: "Santa Lola", ¿no se me nota la aureolita?— Marcela soltó una carcajada burlona. — ¿Qué no será "San Vito" con "cuernito"?

La risa de todas estremeció la copa de los arbustos, Marcela continuó divertida.

— No Lola, mira, para que veas, la que es "santurronsísima y mochi-lísima" es Pilar mi prima, aquí comiendo, ¡con decirles que su nana de la hacienda le decía: "Santa Teresita del Niño Jesús".

Yo fruncí las cejas moviendo la cabeza para decir secamente: ¡Pues qué "cursilada"!— Pilar casi se atragantó con el gajo de mandarina que estaba masticando, luego se detuvo para decirme escandalizada: — ¡Ay Adelaida, no digas eso! ¡Jesús te va a castigar por irreverente!, ¿no ves que es una Santita?, ¿qué no has hecho tu Primera Comunión?— Lola saltó inmediatamente con tono enojado: — ¡Claro que sí!, ¡la hizo igual que todas nosotras y ya hace mucho!, "nomás" que nunca quiere ir a la capilla!, todititos los viernes se escabulle por aquel atajo de la huerta y allí se queda hasta que salimos! ¿a poco hoy la viste adentro?, ¡se escapó como siempre!

En aquel momento me sentí acorralada y roja, no sé si de vergüenza o de coraje, grité: — ¡No seas mentirosa ni levanta falsos Dolores Antúnez!, ya no voy a la capilla es cierto, pero recuerda que yo era la primera que llegaba hasta adelante y me arriesgaba cortando de las flores del convento para llevarlas al oratorio.

Lola estaba ya que echaba chispas: — ¡Cómo eres descarada Adelaida Pérez Gómez!, ¡qué bárbara, ya ni la "amuelas"! ¡yo... yo misma te vi, con estos dos ojos!, ¡yo misma te vi quitando las flores del altar del Santísimo, sacándolas y pisoteándolas!

Sentí que me cegaba un manto negro de angustia, me sentí acorralada, descubierta, con exaltada amargura: — ¡Bueno sí!, ¡sí y qué? ¡Las quité! ¡es cierto, lo admito!, ¡pero quité solo las que yo misma había puesto!, pero ¿sabes por qué?, ¿sabes por qué, estúpida metiche? ¡pues porque NO SE LAS MERECIA!

Un velo de llanto me nublaba los ojos y entre hipando y tomando aire, porque me ahogaba, grité ya en el paroxismo. — ¡No se las merecía!, ¿lo oyes?, ¡No! ¡Jesús NO SE LAS MERECIA!

*

La noche empezaba ya a tender su sábana oscura e iba formando caprichosas figuras que se reflejaban en el ventanal, como largos brazos extendidos, una de las ramas de la araucaria, comenzó a golpear los cristales haciendo a Adelaida regresar bruscamente de su viaje retrospectivo. Se levantó a cerrar y ya se disponía a bajar para empezar a disponer la cena, cuando volvió a escuchar la música evocadora de la radio; esta vez, se trataba del armónico coro de "Los Platters". Moviéndose melancólica la cabeza de un lado a otro y sonrió con tristeza retomando otra vez a sus recuerdos infantiles, con la mirada perdida en el tiempo.

—Sí, yo era una niña rara, solitaria, huraña, introvertida, con unos desesperados deseos de cariño, de un cariño perfectamente legítimo, que sin embargo, se me negaba. Nunca me llevé bien con mamá, parecía como si hablásemos en otro idioma o estuviésemos en diferente dimensión. En aquel entonces, recuerdo que la adoraba, ¡se me hacía tan bella, tan distinguida, como una reina, como una diosa! Yo me sentía tan poca cosa y la necesitaba tanto! ¡ay! ¡y cómo trataba angustiosamente de alcanzarla, de llamar su atención, de que por lo menos se diera cuenta de mi existencia! Recuerdo que mi héroe favorito era Mandrake el Mago, leía sus aventuras con avidez, con la misma avidez con que devoraba cuanto libro caía en mis manos, en mi ingenuidad infantil creía que podría copiarle, a aquel personaje de las tiras cómicas, el arte de la transmisión de pensamiento. ¡Ay, pero mi madre, estaba tan distante!

—¿Qué me ves tanto? ¿Por qué te me quedas viendo como tonta Adelaida? ¿tengo monos en la cara o qué? ¡ay niña hasta me asustas! ¡habla de una vez! ¿qué quieres? ¡bah! ¡no sé ni cómo ando perdiendo el tiempo prestándote atención! ¡siempre con tus juegos extraños, siempre con tus cosas raras! ¡Victorino es más normal, con todo y los destrozos que hace! ¿por qué no eres como las otras niñas que juegan con sus trastecitos o con sus muñecas, eh? ¡pero mira qué facha! ¡si hasta parece que se te van a saltar los ojos criatura! ¡Ay Dios mío, Dios mío! ¿por qué me la habrás hecho tan "descongraciadita" Señor? ¡pero si pareces "monstruito"! ¡igualita a tu abuela que seguramente estará refundida en los infiernos! ¡pero ya deja de "pelarme los ojos" escuincla! ¡Ay, bueno mira, mejor ni te hago caso porque "nomás" me pongo de

malas! ¡síguele, anda sigue practicando sus "miradas"! ¡a ver si no, "además de todo" te me quedas "bizca"! ¡Ay dame paciencia Señor, dame paciencia!

*

Adelaida se quitó los lentes, estaban húmedos. Apenas perceptible, llegaba a sus oídos otra melodía de "aquéllos años felices", ¿felices?

—Mamá nunca entendió que yo quería transmitirle el mensaje que jamás me permitió expresarle verbalmente, yo quería solamente decirle que la amaba, como a nadie en el mundo, que la admiraba, que la necesitaba con desesperación, ¡que quería que me abrazara, que me besara, como a Victorino, mi hermano, ¡por lo menos que me permitiera estar cerca de ella, que no hiciera tan obvio el hecho de que la molestaba, de que casi le repugnaba mi carcañal! La realidad era que para "sentir" que yo "también" podía pronunciar la palabra: "madre" sin sentirme rechazada, tenía que ampararme en las sombras de la noche, cuando ya todos dormían, y escurrirme hasta la pizcra de su inmensa cama de latón, para allí, acurrucada en uno de los pesados faldones de su colcha de terciopelo granate, sintiendo la tibieza de su respiración acompasada, y con la seguridad de que no iba a oírme, poderle repetir quedo, muy quedito: "Mamá... mamá...".

CAPITULO III

EL AMBIENTE reberberaba en el camión de escuela, el sol bochornoso y ardiente de las dos y media de la tarde provocaba un terrible sofoco aunado al soporífero letargo que, después de la rápida comida clamaba por una siesta. Lamentablemente, las alumnas tenían que plegarse al reglamento que exigía ir sentadas, derechitas y "supuestamente" calladas. Claro que las del número tres teníamos la suerte de ir vigiladas por la señorita Salinas y Apolinar el chofer dajaba a la última de las chicas en su domicilio a la una y media y después de pasar a la gasolinera empezaba a recoger a la primera a las dos de la tarde, y para entonces la pobre se encontraba tan exhausta que cabeceaba durante todo el trayecto de regreo al Colegio. Pilar siempre llevaba de su casa lo que llamábamos: "nuestro postre", jícamas con limón y chile, membrillos con carbonato o naranjas con muchísimo "piquín" que por cierto rebanábamos en la pobre mochila de cuero de Lola y que, entre paréntesis, nos acarreo a las cinco, aquél año, una gastritis prematura.

Indefectiblemente ya casi para llegar al colegio y acribillada por las agruras, Lola era la que más se quejaba — ¡Ufff! ¡este calorón es de los cincuenta mil demonios! Apolinar debería traer en el camión uno de esos refrigeradorcitos de hielos con refrescos ¡y luego con estos unifor-

mes gordos que nos encasquetan como si viviéramos en Siberia! ¡Ay Dios mío, es un suplicio chino!, ¿cuándo se les ocurrirá a las monjas modernizarse y poner horas corridas como en el Colegio Americano que valen ya a las tres de la tarde, ¿qué maravilla no?, ¡yo regreso casi a las seis y después de la tarea, pues ya casi no queda tiempo para nada!, ¡si les digo que deberíamos sublevarnos, no es justo, no es justo!

Pilar, todavía masticando un pedazo de membrillo asintió enfáticamente —Ahmmmm. . . ¡y que lo digas Lola!, fíjate nada más las que yo pasaré después de estar acostumbrada a vagar como una ardilla, ¡además de que aquí me da una hambre!. . . ¡si les digo que ya no soporto esa dieta espeluznántica y horrenda!, ¡ese viejo infame no es más que un “hambreador”, ¡creo que soy conejo!, ¡me tiene a pura verdura! ¡pero les juro que mañana mismo que tío Evaristo me dé el domingo que me debe, me compro en la miscelánea de la esquina de la casa un tortón de queso de puerco con frijolitos y chipotle.

Marcela sonriente le dio un cariñoso manazo —No pienses en comida, Pili, piensa en lo linda que vas a ponerte estrenando el vestido que te gustó el sábado en Liverpool.

Pilar enojadísima se volteó hacia los cristales murmurando — ¡Hmm!, ¡para lo que importan los vestidos! ¡el día que me muera de hambre y “me llene de anemias” mamá y tía Eulalia y tú, se van a arrepentir, ya verán!

Todas soltamos una carcajada que estuvo a punto de despertar a la señorita Salinas. Nos callamos hasta que la volvimos a escuchar roncando.

Más pronto de lo que pensábamos, porque la verdad lo pensábamos largo, ya que las semanas y los meses nos parecían eternos, llegó el fin del primer año que estuvo Pilar con nosotros. El salón de actos estaba lleno de gladiolas y las monjas, almidonadas, y circunspectas presidían la gran mesa cubierta por un largo mantel de paño verde lleno de los diplomas enrollados con una cintilla amarilla o roja, según el caso.

La sala estaba llena de padres y hermanos expectantes, Pilar y Lola cuchicheaban — ¡Cállate Lola!... ¡y mejor que estemos aquí! ¿no ves que la mamá de Adelaida no vino?— Marcela que había estado en las filas de atrás, se acercó también al escuchar a Pilar. — ¡No vino tampoco este año?, ¿será posible?, ¡pobre Ade!, el año pasado también se sacó la banda azul de Excelencia y ¿te acuerdas Lola?, ¡se la tuvo que poner la mamá de Cata porque Doña Isaura, para “variar”, “dizque estaba indispueta”!— Lola respondió furibunda, — ¡Sí verdad?, pero haber, ¿cómo no está “indispueta” cuando es la entrega de premios del colegio de Victorino, eh? ¡yo sé que siempre es la primera en llegar y “cayéndose de catrina”, además, Abel mi hermano va en el mismo año que Victorino, que por cierto es un buen flojo, pasa de puritito “panzazo”.

Pilar estaba profundamente conmovida — ¡Ay, cómo se sentirá la pobrecita de Ade! ¿y dicen que ha sacado el primer lugar en todos los años, verdad?, ¡qué bárbara!, deveras que es un “cerebrito”, ¡me da tanto coraje que no venga su mamá!, ¡como si sacarse la Excelencia fueran enchiladas!

En aquel momento Marcela se levantó al ver llegar a Cata, que venía con su madre y la mamá de Marcela. Lola y Pilar siguieron hablando en voz baja.

—Pues sí Pilar, la verdad es el colmo de los colmos, ya ves, la mamá de Cata aplaudió hasta que casi se le cayeron las manos tan solo porque Cata sacó medalla de puntualidad! ¡y eso que la medalla se la debían de dar a ella, porque es la que la levanta en las mañanas! ¡pero es que Catita de plano no da una!

— ¿Y qué me dices de Marcela mi prima, Lola? ¡pero si pasa, por misericordia de Dios! y sin embargo, mira, allí están: mi tía Eulalia, mi mamá, y la tuya, afrontando el temporal en primera fila como las “meras buenas”, en cambio doña Isaura ¡Ufff! te voy a contar una cosa, pero prométeme que no vas a “paspaquearlo”, eh?, fíjate que yo estaba en la Dirección porque Sor Imelda me iba a entregar las listas de deportes cuando sonó el teléfono, ¡y era Doña Isaura que llamaba para disculparse!, “que no podía venir al fin de cursos porque se le había presentado un imprevisto”, ¡hasta Sor Imelda movió la cabeza enojada luego que colgó!, ¡ya ni la “amuela” deveras esa señora!

Recuerdo que ya no pude controlar por más tiempo mi rabia y me les enfrenté.

— ¡Las oí!, ¡las oí, chismosas indecentes, y además, mentirosas!

— Oye Ade, pero no te enojés, mira, es que Pilar oyó a Sor Imelda.

— ¡Pues la monja esa, también es otra mentirosa levanta falsos porque mi mamá Sí podía venir!, ¡y fui YO, yo, la que le pedí que no se presentara, para que lo sepan! ¡YO!, ¿y saben porqué?, ¡pues sencillamente porque los premios me los saqué yo!, ¡me los gané yo, y no ella! ¿lo entienden?, por eso ella no tenía a qué venir!

Era el lunes antes del martes del Carnaval y el patio era un hervidero, aquella víspera de fiesta que además coincidía con que el miércoles entrábamos a vacaciones de Semana Santa, esto nos ponía en un estado de excitación incontrolable. La voz de Sor Benedicta en el altoparlante, por fin captó nuestra dispada atención porque el anuncio lo ameritaba: —Entonces niñas, mañana sin falta TODAS van a venir con disfraces y

máscaras porque vamos a celebrar el Carnaval en el Colegio, y la que no venga así, no la vamos a dejar entrar, ¿escucharon?

Bueno, ahora sí, vamos a rezar, para que después salgan derechitas y el silencio.

La última orden desde luego no fue muy acatada, pero aquel día, las monjas estaban magnánimas y nos dejaron salir haciéndose de la vista gorda de nuestro alboroto. Era el primer carnaval en México de Pilar y era la más entusiasmada.

— ¡Qué cosa tan “brutalísima”!, ¡nos vamos a divertir como enanas!, oigan, ¿qué les pareció la monja nueva a todo esto?

— Dice Cata que su mamá la conoce, ya oyeron que se llama Sor Benedicta, parece que acaba de llegar de la casa que tienen las hermanas en Barcelona. Tiene cara de enojona.

— ¡Uy!, tiene toditita la razón Marcela, parece araña panteonera, “nomás” les digo que ayer le quitó tres vales a Cata nada más porque la “cachó” tejiendo en clase de Moral y luego como remate, me puso una “tacha” en Conducta a mí, solo porque me estaba arreglando un moño a la hora de Dibujo, y eso que está más ciega que un topo, “nomás” fíjense en los lentes de fondo de botella que se carga creo que están más gruesos que ni los tuyos Ade.

¡Por fin martes de Carnaval! El ambiente era de fiesta, se escuchaban gritos y carcajadas por todos lados, el entusiasmo era desbordante y contagioso; como siempre, las cinco estábamos juntas.

— ¡Pues parece un “Arlequín” bastante travieso Lola!, ¡te ves “vaciadísima”!

Lola no cesaba de darse vueltas gozando de nuestra admiración.

— ¡Oigan, y la que está preciosa es Cata, ¿eh?! mírenla, que chula se ve pintada de negrita y escurriéndosele toditido el betún por la cara ¡ya quítate del sol Catalinita que te nos vas a volver blanca!

— ¡Pues las primitas están lo que se dice “chéveres”, ¿verdad chicas? ¡Paso a su Alteza Serenísima la princesa Marce, de azules ojos y dorados rizos, y, ni hablar! de su parienta la “Holandesita”, aunque no le vendría mal el perder unos cuantos kilitos porque está bastante “redondita”, ¿no?

Las carcajadas estaban a la orden del día, de repente, sin embargo, Lola se puso seria.

— Oigan, pero ¿de que viene vestida Adelaida? ¿de fémur?— Todas se destornillaban de risa menos la compadecida Pilar. — ¡Ay, cómo son malas! ¿y por qué de fémur eh?

Lola torció sus hermosos ojos verdes en uno de sus simpáticos guiños llenos de picardía.

— ¡Ay, no seas burra Pilar, pues porque es el hueso más largo, ¿por qué había de ser? Cata abría sus azorados ojos ingenua como siempre.

— ¡Ay!, Pero no trae máscara, ni disfraz. Marcela arrugó la nariz despectivamente. — ¡Qué va a traer, ella siempre hace lo que se le pega la gana, es una apática y una “aguada” de marca mayor!— Súbitamente, cortando todo el alboroto de la chiquillería, la campana comenzó a sonar repetidamente, luego, en el altoparlante la monótona voz de Sor Benedicta, acompañándose de repetidas palmadas. — ¡SILENCIO! ¡Silencio niñas! ¡terminó el recreo! Todas marchando en silencio hacia sus respectivos salones de clase, pero por favor, escuchen TODAS, ¡por favor se quitan las máscaras ANTES de entrar! ¡TODAS A QUITARSE LAS MASCARAS Y LOS ANTIFACES. . .!

Luego de un alboroto general las chicas empezaron a marchar en filas, el silencio se iba adueñando poco a poco del inmenso patio que comenzaba a vaciarse. De repente, los pasos firmes de la monja fueron acercándose hacia nuestro grupo. . . la mirada de Sor Benedicta y luego el tono altanero y seco.

— ¿Eres sorda niña?

— ¡Yoooo?, no, ¿Por qué?

— ¿Tu nombre?

— Adelaida Pérez Gómez.

La monja gritó furiosa. ¿Que no oíste?, ¿quieres quedarte castigada?

— ¿Es a mí? . . . ¿por qué? ¿por qué me va a castigar a mí?

— ¡Eres una insolente y una majadera Adelaida Pérez Gómez y te va a pesar! ¿Crees que estoy pintada en la pared o qué? ¿Oíste, o no oíste mis órdenes? ¡Creo que hablo bien claro! ¿O es que no entiendes el castellano?

— Sí Sor, la escuché perfectamente.

— ¿Y no dije “con todas sus letras” que SE QUITARAN LAS MASCARAS?!

Lola entonces, sin aguantarse más y desafiando a la monja se le acercó para gritarle indignada: — ¡Adelaida no trae máscara Sor Benedicta! ¿Es que no ve usted? ¡NO TRAE MASCARA!

Recuerdo que no me moví ni pronuncié palabra, simplemente me le quedé mirando a Sor Benedicta, con una mirada profunda, abismal, una de aquellas miradas mías. . . “desde adentro”. . . taladrante y sin embargo menos fría que el hielo que se me clavaba en el alma. ¡Nadie comprendió que se debía al esfuerzo sobrehumano que estaba haciendo por aguantar el llanto! Sin embargo, creo que la religiosa solamente me vio como una alargada estatua que, precisamente por fea y mal hecha de repente se revestía de una dignidad imponente que exigía respeto.

¡Pobre Sor Benedicta, ya no sabía después cómo disculparse!

Pero. . . el daño estaba hecho. . . y era irreparable.

NUESTRA INFANCIA se evaporaba... la de mis compañeras como una nubecilla al soplo de la brisa. . . la mía... como el humo de la lava que estaba brotando en México procedente del volcán Parícutín en Michoacán.

Nuestra adolescencia era ya un hecho innegable y la disfrutábamos... o la padecíamos.

Marcela se acaba de comprar tres juegos de sweaters "pachucos" en tonos pastel, "iguaitos" a los que había sacado Lilia Michel en la película de moda: "El Pasajero Diez Mil". Nuestros cuerpos estaban cambiando igual que nuestros intereses. . .

—¿No se les hacen "divinísimos" mis "pachucos"?, no es por nada pero creo que el lila me cae muy bien, ya convencí a "daddy" de que me traiga de Nueva York unas faldas de ballerina que vi en el "Seventeen", oigan, ¿y no les he enseñado el cinturón ancho de la hebilla dozada que me compró mamie en la "Casa Izquierdo"?

—Sí Marce, sí, ya nos lo enseñaste y ya te dijimos que está "brutalísimo" y ya hasta comentamos que eran "super" para afinar la cintura, no seas tan presumida. ¿Les conté que acaba de llegar a casa la revista nueva sudamericana?, "el Leoplán", la estuve hojeando y trae unas novelas "super duper", fíjense: "La luna y seis Peniques" de Somerset Mougham que creo que es la vida del pintor Gauguin, luego "Marion" de Vicky Baum y... además "Las Descantadas", de Pierre Loti.

Pilar abrió los ojos escandalizada, y pensé en lo que se asustaría si supiera que yo ya había leído las tres novelas y no condensadas como las traía la revista sino completas y gordas, papá había dejado una biblioteca muy extensa y, mamá nunca se fijaba en lo que yo leía, ni en lo que hacía tampoco, pensándolo bien, para mamá creo que yo era algo así como un mueble estorboso. Pilar que estaba terminando su segunda "kikoleta" y con los brillantes cachetes todavía llenos. —Ghrmmp ¿y a poco te dejan leer todo esto Lolis? —Lola soltó una carcajada estruendosa, como acostumbraba. —¡Uyyy! . . . ¡brincos diera! ¡no!, ¡qué va!, estaba medio hojeándola y luego luego que me vio mamá, me dio un sopapo pegando sus grititos de cuando está enojada: "¡deje usted eso inmediatamente señorita!, ¡no son cosas de niñas!" FIJENSE EN LA CONTRADICCION ¿EH? ¡Ah! pero eso sí, me pongo a jugar trompo y luego luego salta con la cantinela de "¡ya estás muy grande para andar con eso Lolita! ¡Nomás díganme! ¿quién los entiende eh?"

Catita entonces, uniendo sus palmas y con los ojos entornados dijo suspirando: —¡Ay sí, así son! fíjense que yo me perezco por oír:

"Anita de Montemar", "Ave sin Nido" en el radio y encuentro a mamá, pañuelo en mano y los ojos rojos de llorar con la comedia, que escandalizada grita: — ¡Nunca! ¡jamás! ¡Podrías pervertirte! ¡Bahhh! creo que me moriré de viejita y sólo me dejarán oír a Cri-Cri, al tío Polito y al "Hada Alegría" ¿y de leer? ¡el Billiken y los "Cuentos Marujita" si bien me va!

Marcela movió la cabeza despreocupada, enseguida se levantó y empezó a hacernos una demostración gráfica de cómo se bailaba el tango. Pilar acababa de colocar su nuevo disco de 45 revoluciones: "Celos", todas aplaudieron, a mí, me chocó. Marcela se estaba convirtiendo en una real belleza, y porque lo sabía, le gustaba lucirse.

—¿No piensan hacer la tarea de Álgebra? ¡para eso nos reunimos! ¿no?

—¡Ay! espérate Ade, no seas aguafiestas, antes déjenme enseñarles el "Photoplay". Trae una foto de toda la plana del "mangazo" de Ricardo Montalban, mamá también se compró el "Para tí", pero esa revista me rete choca, lo único que trae bueno son los chistes de atrás, mamá la compra porque siempre trae muestras de bordados que luego me sienta a hacer ¡Uff!, no sé qué manía tiene de que "todas las mujeres tenemos que coser".

—Hablando de mamás, mañana es cumpleaños de la mía y tía Eulalia nos convidó a comer al "Tampico Club", yo quería ir al "Bellinghassen" o a "Lady Baltimore", pero como mamá decide por ser la festejada, pues ni modo.

—¡Qué suave Pili! —dijo Lola entusiasta.

—Pues les diré, ni tanto, porque primero vamos a Misa a "La Profesa" y luego. . . aquí viene lo espantoso: ¡a la CORSETERIA FRANCESA" chula! Tía Eulalia ya ni la amuela, y perdóname Marce, pero ni modo ¿creerán que a mi "linda tía" se le ocurrió recomendarle a mamá que me mandara hacer unas "fajitas completas"? Ya me imagino que voy a andar como el Conde de Montecristo.

—¿Cómo Pili?, preguntamos intrigadas y a coro.

—¡Claro! ¡prisionera y enrejada, chiquitas! —la carcajada fue general.

*

Definitivamente en aquella la época éramos lectoras, primero novelas rosas, como "Magali" de M. Dely que nos hacía empapar los pañuelos igual que "El Rosario" de Florencia Barclay, después fueron: "Impaciencia del Corazón", de Stefan Zweig, "María" de Jorge Isaacs y la inacabable retahíla de Pérez y Pérez, para seguir con "El Jorobado, Enrique de Lagardere", "Felipe Derblay", "La Historia de San Michele", de Axel Munthe y tantas y tantísimas otras.

Los libros que entonces leíamos a escondidas ahora resultarían de una blancura inmaculada, pero, claro, eran otras épocas. Además, no todo se debía a la estrechez de criterio de los padres, con frecuencia era tiempo de exámenes y había que hacer trabajos, mis amigas solían to-

mar las pruebas muy a lo trágico, yo en cambio ¡nunca tenía otra cosa que hacer, sino estudiar!

*

LA MILAGROSA PANTALLA MAGICA empezaba en la ciudad de México, todo el mundo hablaba del aparato extraordinario que reflejaba figuras y voces exactamente igual que en el cine. Naturalmente las primeras televisiones resultaban prohibitivas y solamente los potentados podían darse el lujo de poseer una, el papá de Marcela era uno de ellos. Marcela nos había invitado a comer a su casa y el alboroto era espectacular.

— ¡Qué bárbara Marce, tu televisión está “super duper archi brutalísima”!... ¡y miren muchachas, es de las redondas!

— Yo vi la de Salinas y Rocha frente a la Alameda y ¡la tenían encendida!, ¿ha de gastar miles de focos verdad?, mi mamá dice que es como cosa del diablo.

— ¡No seas zonga Catalina por favor!, ¡que cosa del diablo ni que nada!, es un invento extraordinario que probablemente solo resulte el comienzo de una era de descubrimientos... ¡a lo menos yo así lo veo, a lo mejor nuestros nietos ya van a ver esto, como nosotros vemos el teléfono, o los teodiscos, acuérdense de lo que hemos leído de Julio Verne!

— ¡Te imaginas Ade cuando a lo mejor en algunos años podamos ver películas en esto?

— En la televisión de “Syr” yo vi que estaba dentro el Cavernario Galindo en una función de Lucha Libre y se veía igualito que en el cine.

— Yo leí en el periódico que planean pasar un programa todos los días, creo que a las cinco porque es la mejor hora para la transmisión y que van a pasar Zarzuelas y hasta Operas y programas de concurso como en el radio, “La hora de los aficionados”. Oigan, este aparato está increíble eh? ¡Ay Marce préndelo! ¡préndelo a ver si se ven las rayitas atravesadas, ándale, no hay que ser!

— ¡Ay Lola, Lola, estás tan fascinada que ni te fijaste que Marcela se fue a contestar el teléfono al hall de arriba, pero de todos modos, mi tía no la deja prenderla, dice que es peligroso, son aparatos muy delicados y muy complicados, ¿te imaginas si se llega a descomponer, quién la ha de arreglar?, aparte, ya ven que parece que la imagen no sale diario y no sé si se vean las famosas rayitas luminosas siempre que se enciende, mejor ni le digas a Marcela.

— ¡Lastimal!, pero ¿qué cosas eh?, ¡ya no saben qué inventar, ¡si ya mero llegan hasta la luna!

Pilar soltó una carcajada que todos seguimos de buena gana.

— ¿A la luna?, ¡sí cómo no chiquita! Y a Marte y a Júpiter ¿no? ¡qué bárbara Lola, cómo eres de exagerada!

— Tienes razón Pilar, Lola ya se siente el Capitán Nemo de Julio Verne... Divagas Lolita, palabra de honor que divagas.

Eramos cinéfilas de corazón, nuestra generación lo fue. Estábamos al tanto de cuanto artista aparecía, cada una tenía álbumes enteros dedicados a su favorito. A mí, desde luego me gustaban, pero no llegaba a tanto. Aquel día, habíamos ido a comer a la casa de Pilar. Nos encantaba ir allí especialmente porque su mamá, además de ser muy buena persona, nos preparaba antojitos “de los que hacían en la Hacienda”. Pilar siempre estaba a dieta — “según su mamá” — pero la verdad es que, como se vivía con la idea de que la reprimían, comía más que ninguna.

— ¡Ay!, ¡ya se fue mi mamá por su medicina, pásame tu enchiladita Cata, al cabo tú ya no te la vas a comer ¿verdad?

— ¡Ay Pili, no seas bárbara!, en el recreo Lola te llevó torta de chorizo te comiste el pedazo de pay de manzana que yo llevé, Adelaida te dio su “milky way” y hace rato que te acabaste tu “dieta”, yo vi cómo pasabas a tu plato un chile relleno—.

Pilar a todo esto, ya estaba dando fin a la enchilada de Cata, con una rapidez vertiginosa. — ¡Ay qué fijada eres Marce!, ya te quisiera ver con el hambre que da la dieta, pásame los frijolitos, ¿sí? la crema también, por favor.

Todas rieron ablandadas por la simpatía desbordante de Pilar optando por no hacerle caso. De todas formas iba a hacer lo que le viniera en gana.

Lola cambió de tema para decir llena de entusiasmo: ¡Vamos a pedir permiso para ir al cine “Parisiana” chicas, pasan “Suez” de Tyrone Power!

— ¡Uy Lola, yo ne me animo! ¡Si ayer que fui con mis hermanos me armó una perorata que no veas! “que si nos íbamos a quedar ciegas con tantas “vistas”, que si no salíamos del cine, que el domingo habíamos ido a la matiné del “Balmori” y en la tarde nos habíamos ido al “Vanguardias”, que si las películas iban a manchar nuestras almas”.

— ¡Ay Pili, pero si en el “Vanguardias” no podemos estar más cuidadas!, ¡ya ven que en cuanto sale un beso en la pantalla aparece la manota negra que nos lo tapa!

— ¡Ay sí es cierto Lola, el domingo antepasado que daban “No basta ser Charro” de Negrete, hubo veces que la mano, de plano, no se quitaba de la pantalla y “armaron” una rechifla tan grande que salió uno de los Padres a decir que si no nos callábamos se suspendía la función.

— Pues sí Catita, pero ya ven como es mi mamá de anticuada, dice que vamos a quedar “bizcas”. Fíjense que el sábado nada más porque se me ocurrió decirle que después de la Misa de la Congregación Mariana, nos habíamos ido un ratito a “Cineac”. Lola soltó una sonora carcajada. — ¡Después del “atracón” de tamales en la “Flor de Lis” dirás! ¿qué se me hace que por “eso” Doña Chelo no quiere que salgas Pili? Y continuó irónica y con picardía “tortitas de Armando”, “tacos de la Poblanita”, pastel de queso de “Bondy”, “ice cream sodas de Sanborns”, ¿y la dieta, Pili?

—¡No Lola, no!, ¡palabra que no es por eso!, ¡ella dice que es mucho cine!, ¡y a veces, hasta pienso que tiene razón, no creas!, ahora que si soy comeloncita pues...

Las carcajadas se escuchaban ya por toda la casa y estoy segura de que Doña Chelo nunca pudo dormir su siesta acostumbrada. Mis amigas eran tan simples en aquella época que recuerdo una tarde en la que rieron hasta llorar tan solo porque al terminar de reírse lanzaban un largo suspiro.

Aquella tarde sin embargo, definitivamente no nos dejaron ir al cine. Cuando al fin la mamá de Pilar regresó y le suplicaron el permiso, lo negó rotundamente, y no porque fuera enojona o demasiado estricta, sino simplemente porque no le había llegado "la hojita de "clasificaciones" que repartían en la Iglesia. Esta funesta "hojita" dictaminaba nuestras películas: "A" eran aptas para todo público. "B" se podían ver siempre y cuando fuésemos acompañadas de un adulto "de criterio" para que nos indicara el momento de "agacharnos" si por casualidad aparecía alguna escena a su consideración: "no propias para adolescentes". "C" solamente para adultos de amplio criterio. Y por último "D" desclasificadas por indecentes y en contra de la moral cristiana.

Hubo en esa precisa época, una película "terrible", por supuesto con la última clasificación; su nombre "Vértigo". Hedy Lamar aparecía en una escena funesta, al final de la pantalla y entre espesa neblina "desnuda". Naturalmente que no se veía, pero podían adivinarse sus pecaminosas formas en lontananza".

*

Y llegó la Preparatoria. Marcela se había convertido en una auténtica belleza rodeada de una eterna corte de galanes que se daba el lujo de despreciar; sabía lo bonita que era y empezaba a manejar el arte de la coquetería. Era la niña de los ojos de sus padres que la mimaban en exceso, por lo que resultaba caprichosa y dominante con mis compañeras que siempre acaban haciendo lo que ella quería. Por supuesto no conmigo; pero como en realidad sus gustos y los míos diferían totalmente, yo simplemente la ignoraba. No quiero decir con esto que fuera mala, no, Marcela era sencillamente superficial.

Lola se había puesto guapa también, tenía un tipo distinguido, su voz era mesurada y baja, inteligente y centrada, se podía ya conversar con ella largo rato sin caer en vanalidades. Le interesaba el Arte y la Música y compartíamos el gusto por la lectura de los clásicos que a las demás aburría.

Cata seguía todavía muy infantil, era bastante mojigata y definitivamente odiaba el estudio. Bobalicona y tierna, sentimental y romántica. A Cata era necesario protegerla y así la vimos siempre todas, menudita, dulce, terriblemente tímida. Desde entonces, su única mira era casarse con un príncipe azul que la llevara en un caballo blanco hacia un palacio

encantado del cual jamás saldría, pero en el que se encontraría muy contenta bordando carpetitas y haciendo pasteles.

En cuanto a Pilar debo confesar que era encantadora. Sensible y cariñosa. Profundamente religiosa, ávida lectora de los místicos y se interesaba por la Filosofía. Creo que su único defecto era tener un apetito voraz que la castigaba lógicamente con una silueta más que rellenita.

Creo que Pilar era la que más se acercaba a mí, a pesar de que yo francamente era áspera con todas.

Aquella tarde estábamos en el último recreo antes de salir a empezar el fin de semana. Pilar estaba al otro extremo del patio conversando con una de las monjas seguramente sobre la vida de algún Santo. Lola y yo acabábamos de cerrar la carpeta del repaso de Griego y Lola comenzaba a hincarle el diente a su torta.

—Hmfmm, es una pena que la pobre de Pilar tenga que estar siempre a dieta, con lo antojadiza que es—.

—Pilar no es "antojadiza" Lola, Pilar es una glotona de tomo y lomo, ¡sus dietas y la carabina de Ambrosio son lo mismo!, fíjate en que las sigue medio día y luego se atiborra, claro, para enseguida lamentarse de que no entra en los vestidos.

No tiene fuerza de voluntad y ten la seguridad de que por "ósmosis" no va a adelgazar. Lola contestó riendo y con "retintín".

—¡Uy, uy, uy, Ade, desde que estamos en Prepa nada más utilizamos palabras rimbombantes, hace rato también en Latín estuviste de los más "plusecuamperfecta", amiga!

—¡No seas payasa, Lola!, lo que sucede es que yo hablo en "cas-te-lla-no" y ustedes...

¡Pehss!. . . ¡en una jergonza absurda de modismos distorsionados que no sé ni como entienden!. . . ya ves Marcela: "nice", "fine", "archi super divis", ¿qué es eso?

Lola se puso seria y con voz enojada me dijo:

—Tienes razón, Marcela es una estúpida, creída, altanera y...

Yo, inmediatamente la interrumpí furibunda.

—¡Cuidadito Dolores Antúnez, cuidadito, que estás hablando de una AMIGA!

Asombradísima vi entonces que Lola se empezaba a reír a carcajadas, después me señaló con el índice.

—¿Ya ves? ¿ya ves cómo no es el león como lo pintan Ade? Si nada más te estaba probando, ¡eres una oveja con piel de lobo!, "perro que ladra no muerde", ¡yo no sé a qué viene siempre tu pose de ogro mujer!

Cata se acercó asombrada por el escándalo que se traía Lola.

—¿De qué es la risa chicas?, ¡cuéntame el chiste Lola!, ¡ándale!, a lo mejor éste sí le entiendo, ¿sí?, ¡ándale!

—¡No hay chiste Cata! es esta boba de Lola que me estaba bromeando nada más.

—¡Ah. . . bueno!, pues entonces no interrumpo, miren, les quería ense-

ñar esta toallita que estoy bordando para llevarla a Acapulco, es para limpiarse el cold-cream en la noche, ¿verdad que me está quedando "rete" mona?

—Mira Catalina, a mí no me vengas a enseñar tus "primores" porque ya sabes que no los entiendo. . . en primer lugar de cuando acá, las chicas de nuestra edad han necesitado cold-cream, ¿eh?, lo único que vas a lograr es llenarte la cara de espinillas y barros como los míos, y en segundo lugar, se me hace tan inútil tu famoso "bordadito" en una toalla, como que le pusieras un "listoncito color de rosa" a una lagartija.

Cata empezó a apucharse como acostumbraba.

—¡Ay Ade, cómo eres!

Lola se acercó a Cata para consolarla cariñosamente.

—No, no Cata, es que Ade no entiende de eso, pero mira, tu toallita está linda—.

Y volviéndose después hacia mí me preguntó:

—Bueno y, ¿no te animas siempre a venirte con nosotras Ade?

Cata empezó a sonreír y a corroborar lo que había dicho Lola:

—¡Ay sí, Ade, va a estar precioso!, dicen que la casa que tienen en Acapulco los papás de Marcela está frente al mar y la alberca forma un delfín y es de azulejos, tienen cancha de tennis y un jardín lleno de palmeras, además, yendo todas, seguro que nos vamos a divertir "chorros y cantidades fabulosas", anímate y vente Ade, tu mamie seguro que te dará permiso.

—No, si no es por mi mamá. Soy yo la que no quiero ir. Primero porque me choca y segundo, porque sencillamente no tengo humor como para trotar con ustedes todo el santo día nada más viendo cómo hacen el ridículo coqueteando con cuanto "pachuco" se encuentran. Por otra parte, me molesta el ambiente de casa de Marcela, todos son unos estirados. Eso, aparte de que Marcela y Pilar se la pasan como en desfile de modas, cambiándose de atuendo tres veces al día solo para que todo el mundo les repita "lo lindas que están". Por último, y para que de una vez se acabe con el "temita" se me hace de lo más inconsciente ir al mar, teniendo enfrente los exámenes, si yo no sé ustedes en que piensan.

Al día siguiente Lola y yo estábamos en su casa para "ultimar" los encargos que me hacían antes de salir de viaje. La recámara de Lola estaba llena de discos y de libros.

Le acababan de comprar un tocadiscos portátil "Silvertone" en la nueva "Sears Roebuck" de Insurgentes, y estaba entusiasmada tocando una y otra vez los discos que le habían dado en oferta con la compra. "Perfidia" y "A través de las Palmas".

—¿Verdad que son un "sueño" Ade? . . . —Lola cruzó las manos sobre su pecho exhalando un largo suspiro. . . —Ahhh, con esa música me visualizo bailando con un vestido de gasa azul, en medio de un salón con pisos

de mármol y rodeado de columnas, con un muchacho guapísimo vestido de etiqueta y . . .

Yo la interrumpí fastidiada — ¡Ya, ya, Lola! En lo que estábamos por favor que yo ya me voy. . .

— ¡Ay cómo eres de aguafiestas!, bueno pues, ni modo, mira, te encargo que saques copias de los apuntes para que al regresar todas tengamos una ¿sí? Tú de todas formas siempre pasas todo a máquina así que nada más es cosa de que le pongas las cuatro hojas de papel calca y ya.

— ¡Claro!, ¡facilísimo! ¿y de "paso" no quieres que de una vez estude por ustedes?

—Andale, ándale, no me vengas con chocantadas Ade, ni te quieras hacer conmigo "el lobo feroz" que te conozco, te conozco y eres más buena que el pan "Ideal".

—Hmmm, mal anda el asunto, muy mal me huele esto de que me hagas la barba porque seguro que algo me vas a pedir.

Lola soltó otra de sus simpáticas carcajadas.

—Pues mira, sí, ¡acertaste otra vez!, quiero que me hagas el favor de comprarme un boleto para la rifa del collar de perlas que están haciendo las de Normal, ya me lo enseñaron y está precioso. Solo que. . .

—Lola su turbó apenada y agachó la cabeza.

—Pues. . . no sé cómo decirte Ade, es que con lo que me dió mamá para el viaje y el libro de Griego y. . . este pues. . . los discos de "La Patética" pues. . .

—Sí, sí, sí. No me digas más, ¿te quedaste sin un quinto verdad? ¡yo no se de veras qué hacen ustedes! Y no es el disco, te lo apuesto, ni el libro, son el montón de sandeces que compran "dizque" para la belleza, pero en fin, no te apures, te presto para el boleto, ¿qué número quieres?

Lola se levantó de un salto llena de júbilo y empezó a llenarme de apapachos y de besos que yo, medio sonriendo, trataba de sacudirme dando manotazos en el aire.

— ¡Ay, Ade de mis amores, mil y mil gracias, eres "a todo dar"!, y en cuanto al número, el que sea, ¡cómprame el que más te guste a ti!

—Te estás arriesgando Lola, yo tengo muy mala suerte.

—No, no no Ade cómprame el que se te pegue la gana, el que tú quieras y mira, yo, llegando te doy lo del boleto.

—Bueno —le contesté calmadamente— conste que tú lo quisiste ¿eh?, yo también puede que compre otro para mí, aunque estoy segura que no me sacaré nada, siempre he estado "más salada que valenciana de pescador".

Lola empezó a brincotear jubilosa a mi alrededor. — ¡Eres. . . lo más genial del mundo "jirafita", pero no seas pesimista, mira, si te sacas el collar, lo rifas para ver quien lo lleva al baile de fin de cursos, ja, ja, ja ja!

Ya molesta y en tono muy seco le respondí: no te apures Lola, si yo

me lo saco, de todas formas te lo presto para el baile, porque de ninguna manera pienso ir, me "chocan" las fiestas.

Lola se mortificó: — ¡Ay Ade, si yo solo estaba bromeando!, ¡soy una estúpida!, ¿cómo crees que iba yo a aceptar que no te lo pusieras para el baile?

— ¡Bueno! dije seca y dura cruzando los brazos — ¡pues esto sí que tiene gracia!

Hazme el favor de decirme ¿cómo diablos hay que hablarles a ustedes para que entiendan eh?, ¡ya sabes que ODIO los bailes, me CHOCAN, los abomino, no los AGUANTO!

¡SI POR MI FUERA LOS ELIMINARIA!

CAPITULO V

AL REGRESO de Acapulco tuvimos una reunión en casa de Cata y yo fui la última en llegar.

Estaba lloviendo mucho y precisamente, cuando dejaba mi paraguas me llegaron las notas del tema de la película de moda:

"Cantando bajo la lluvia". Cata salió a recibirme muy cariñosa.

— ¡Ade querida!, ya nos estabas haciendo falta, ¡qué gusto de verte!, pásate, estás empapada, ahoritita te traigo un tecito de pétalos de rosa que preparé con unas galletitas de canela que te van a caer muy bien, pásate, no vayas a resfriarte aquí hace un chiflóon queee aaaatchissss.

— ¡La que pescaste un soberano resfriado fuiste tú Catalina! Claro, primero el calorón y luego llegan aquí y, mírate nada más con ese vestido sin mangas.

Lola se acercó a darme la bienvenida sin hacer el menor caso a mis regaños.

— ¡Pásate de una vez doña Gruñidos que tenemos mil cosas que contarte!

Con toda displicencia me dejé caer en la butaquita de chintz floreado de la coqueta sala de Cata llena de carpetitas que se me hacían el colmo de la cursilería; no me quité el impermeable y casi sonreí al descubrir los angustiados ojos de Cata que miraba las gruesas gotas que chorreaba en el tapete claro, mientras a propósito arrastraba los chanclos mojados. Lola entusiasmada y haciendo aspavientos con las manos gritaba: — ¡Fábu-lo -so!, ¡palabra que estuvo "BRUTAL", ¿no ves qué quemadas venimos?

— ¡No sé ni como presumen de achicharrarse, lo que va a pasar es que un día van a pescar una erisipela! ¡mira nada más cómo vienes Dolores, pareces camarón cocido!, ¡vas a ver cómo te va ir en la noche cuando te acuestes, tu nombre te va a venir corto!

Todas reían, Lola la primera — ¡pero nos divertimos "chorros y cantidades", Ade! Aquí Marcela sacó un montón de enamorados, nosotras también conocimos un "resto" de muchachos ¡aaah!, hicimos fogatas en la playa, tocaron guitarra, cantamos, asamos salchichas, nadamos, nos subimos en deslizadores, los primos de Marce y Pili nos enseñaron a bailar rumba y...

Pilar interrumpió, ¡Pero no vayas a creer que anduvimos de "locas" ¿eh? todo fue con mi mamá y con mi tía Eulalia y con mis hermanos, en plan muy decente pero estuvo de fábula!, ¡qué lástima que no fuiste Ade, te extrañamos!

Hice un gesto de desdén olímpico. — Sí, sí, ya veo "TODO lo que me extrañaron" y les diré francamente, por toda la sarta de tonterías que me están contando que hicieron, les aseguro que me siento "felizaza: (como ustedes dicen) de haberme quedado tranquila en mi casa estudiando. A propósito Lola, te sacaste la rifa del collar.

Todas se levantaron como un resorte y empezaron a abrazarse y a gritar enloquecidas, Lola sobre todo, brincaba alborozada frente a mí. — ¡Qué maravilla Ade!, ¡esto es lo máximo chica, casi no lo puedo creer, si no lo dijeras tú, pensaría que era una broma!

¡Qué fantástico, qué "brutalísimo" Ade! Lola me levantaba en vilo.

Yo la retiré molesta — ¡deja de zarandearme! ¡Qué tontería, ponerse así por un mugroso collar, ¡mira Dolores, si no dejas de brincotear y de fastidiarme con tus apapachos no te lo doy! ¿oíste?. ¡NO TE LO DOY!

— ¡Ay no Adelaidita santa, no, no! ¡dámelo, dámelo enseguidita, no seas mala!

Yo entonces, parsimoniosamente abrí mi enorme bolsa negra en la que guardaba todo un arsenal de objetos y lentamente saqué el estuche de terciopelo alargándolo a Lola, ésta se quedó con la boca abierta primero, para luego extasiada, levantar el grueso collar para que todas lo vieran.

— ¡Está "di-vi-no", de dos hilos, y largo, largo, miren, casi me llega a la cintura, y las perlas son ENORMES, y con un oriente increíble! ¡Ay Ade, Ade, es bellísimo, jamás soñé con tener algo así, parece de las mil y una noches! ¿Verdad chicas? ¡Ay Ade, cuánto te lo agradezco!

Yo entonces respondí secamente: ¡nada de eso chiquita! ¡me debes los dos pesos del boleto! ¡mira tú qué chistosa! ¿a poco te crees que te lo voy a regalar?

Lola inmediatamente sacó los billetes de su monedero — ¡Por supuesto que no Ade! ¡Claro! ¡Naturalmente! Aquí tienes el dinero, ¡ah! Y cuando quieras, te lo presto, ya sabes, cuando quieras ¿eh?

Yo contesté desdeñosa. ¡Disfrútalo en paz! ¡Esos colgijes no van conmigo! ¡Ya parece que iba yo a estar ponéndome esas cosas, me estorbarían, se me enredarían en los lentes al sacármelo! ¡A mí no me gustan esas porquerías!

Lola clavó en mí sus asombrados ojos verdes para luego inquirir ya seria — ¿Pues qué es entonces lo que te gusta Ade?

Ridículamente doctoral respondí "Lo único que vale la pena de la vida material es la música culta, y los libros clásicos, todo lo demás es paja".

La verdad era que yo había comprado el número de la rifa de Lola al mismo tiempo que el mío propio.

Siempre fui ordenada y puse cada uno en su respectivo sobre y si bien es cierto que ganó el de Lola, solamente yo conocía el número y me hubiese podido quedar con el collar sin problemas. Sin embargo nunca llegó a ocurrírseme aquella falta de honradez. Debo confesar que yo tenía deseos de poseer aquella joya, pero no por el collar mismo, que definitivamente iba en desacuerdo con mi personalidad, sino precisamente para reponerle a mi madre otro, igual de hermoso que mi padre le había regalado en un día de su Santo y que ella acababa de perder en una mesa de póker.

*

Una tarde en la que por haber tenido ensayo de canto, salíamos a la una cuarenta y cinco esperábamos en la puerta del Colegio.

—Este merengero va a cabar con nuestros ahorros ¿eh? Pilar. . . pero mira Marce, allí llega ya tu chofer, apúrense muchachas, ándale Cata, ¡cómo eres lenta! ¡vente ya Adelaida!, ¡métese tú primero Pilar!

"Una tras otra fuimos entrando, en el elegante Cadillac negro de Marcela. Pilar aventó su mochila al piso al lado de las otras, echó los brazos hacia atrás entre Lola y Cata y exhalando un profundo y cómico suspiro exclamó:

— ¡Ahhh. . . esto es vida muchachas! ¡Qué rico no tener que volver en la tarde!

Pilar había insistido en que nos detuviéramos para tomar una horchata de chufas en la calle de Salamanca.

—Gracias por la convidada Marce, ¡Uff!, ¡qué tráfico! ¿eh? Ya llevamos como seis minutos entre los cuatro altos, esto ya es el colmo ¿no?, fíjense que el otro día, fuimos mamá y yo a la modista, luego a la "Gran Sedería" después un ratito a casa de tía Conchis y ¿creerán que en eso "nada más" se nos fue la tarde? Si les cuento que llegamos a la casa ya casi anocheciendo, y eso que salimos despuesito de comer y en casa de la tía apenas si estuvimos como una hora a lo sumo, ¡no sé a dónde iremos a parar!

—Tienes razón Pilar, ya no se puede vivir en esta endiablada ciudad.

— ¡Ay, miren muchachas, ya están anunciando el pan de muerto en el Globo, vamos comprando uno grande de esos de a tostón ¿sí? . . . ¡ándale Marce!,

Yo intervine con firmeza: —No Pilar, no! ¡estás a dieta rigurosa para que te quede el vestido de graduación y ya te tomaste una horchata, ¿quieres parecer piñata?, ¡por otra parte los pesos no se dan en maceta, es un dineral, fíjate que es carísimo, date cuenta lo que vas a pagar por un pan, aunque sea enorme, piensa que por un peso puedes com-

prar un abono para andar por todo México en tranvía una semana completa y todavía sobra para ir a una matinée.

Lola respondió burlona. —Te aseguro que con lo "del tranvía" no la convenciste Adelaida ¡si te digo que piensas como viejita de treinta años!

Cata interrumpió. —Oigan muchachas, ¿les conté que conseguí la receta para hacer los chongos zamoranos? Es facilísima, sólo se necesitan pastillitas de cuajada y canela y Pilar puso cara compungida y juntando las palmas suplicó cómicamente: — ¡Ay, no sigas, no sigas Catita de mi alma que me desmayo de hambre y. . . sucumbo. . . sucumbo a la tentación porque. . . como dijo Shakespeare: "comer. . . o no comer, es el dilema, la existencia propone y el hambre exige"!

Las carcajadas estaban a la orden del día. El auto seguía su ruta dirigido por las hábiles manos de Eleuterio que manejaba circunspecto sin que se le moviera un músculo de aquel rostro impenetrable de ídolo azteca.

Lola de repente lanzó un prolongado suspiro: — ¡Ahhh! miren nada más aquel "barco" ¡pero si está "so-ñá-do", "so-ñá-do"!

Lola no despegabla la frente de la ventanilla, parecía alelada. Pilar se volvió hacia donde Lola señalaba y gritó entusiasmada: —Qué barco ni qué nada, ¡es un trasatlántico de lujo! ¡el "Queen Mary" le viene chiquito!

Marcela casi se echó encima de Cata para ver: ¡Qué bárbaro, es un "mangazo" de veras!, ¡se parece como a Luis Aldás. . . o a alguien conocido, claro, mucho más joven, debe tener como unos veinte ¿no? —Cata pegó un grito, su voz nunca era muy alta.

— ¡Está guapísimo!, ¡miren qué lindo su copetito!, oigan, como que se parece a. . . Lola la interrumpió gritando: ¡Claro!, es igualito a Victorino tu hermano Ade.

Yo repliqué molesta. — ¡Cómo serán zonzas de veras. Victorino está en la Universidad, no iba a ir a la casa en todo el día, tiene clases hasta las siete de la noche! Las carcajadas fueron generales, yo estaba roja, terriblemente sofocada. Lola gritaba alborotada: Pues miren al "estudiosito" ¿eh? . . . ¡aventándole besos a Marcela, y también a nuestra dulce Catita!, mírenlo. . . si casi se echa encima del coche, Pilar entró en la algarabía martillándome en los oídos: — ¡Ahora también a mí, mírenlo, y estoy segura de que no nos reconoció! ¡Si en lugar de Victorino se debería llamar "Don Juan Tenorio"! De repente, Pilar se volvió hacia mí, y al ver mi rostro contrariado, inmediatamente dijo: — ¡Ay Ade!, ¡pero no te enojas! ¡si así son todos los hermanos mujer. . . si no tiene importancia caramba!

El coche arrancó, al fin habían puesto aquel "SIGA" que a mí me había resultado eterno y Cata cambió la conversación preguntando: —Bueno muchachas, pero a todo esto, ¿en qué quedamos para lo del viernes? — Lola dijo entonces apaciguadora: Pues que se vienen todas a dormir a mi casa y así preparamos el examen de Latín.

El lunes siguiente después del famoso examen, nos reunimos en casa de Cata porque teníamos que terminar unas láminas para la prueba final de Laboratorio. Cata nos había llenado la mesita auxiliar de sus galletitas de naranja que Pilar devoraba con glotonería y tomábamos el famoso té de pétalos de rosa, a pesar de mis ruegos de empezar con las láminas nadie me hacía caso. Pilar hablaba hasta por los codos: . . . ¡Y oyeron el episodio de anoche de Carlos Lacroix? ¡si les digo que yo estaba tan nerviosa que me comí medio kilo de chocolates, de los de "recortes" de Larín! Lola estremeciéndose continuó: ¡Uyyy!, si fue terrible, cuando ya iba a pescar al asesino enmascarado y gritó: "Dispare Margot, dispare!", yo pegué un salto que casi tumbo mi buró. Catita dijo abrazándose y como temblando de miedo: — ¡Uy! ¡Yo no sé cómo aguantan oír esas cosas en la noche!

Lola replicó molesta ante la gazmoñería de nuestra amiga: — ¡Ay Cata, ya pareces "Cuca la telefonista"! — Luego imitándola exageradamente gangosa: — ¡Aaaaay queee flojera! Pilar entonces, haciéndose la muy experimentada: — Yo en cambio, quisiera que "nuuunca terminara" la "Hora Azul" de Agustín Lara. . . es taaan romántica. ¡Aaaaah!

Lola soltó una carcajada mordaz: — ¡A ti lo que te da coraje es que no te la dejan oír "gordita chula" y paperísima"! ¿crees que voy a creer que te dejen estar oyendo radio hasta las diez de la noche?, sí, sí, ¡cómo no! — Marcela entonces suspiró: — Ahhh. . . la mártir soy yo, para que vean, los domingos se va mi "daddy" al club con sus "amigotes" soy "yo", la que me tengo que "soplar" to-di-ti-ta la tarde la comedia de Doña Pura Córdoba que oye mamie, y es letal, "te-rro-rí-fi-co" el aburrimiento!

— ¡Ay Marce — saltó Pilar — no te quejes, siempre que tío Evaristo llega del Club, las lleva a cenar y al cine, acuérdate! — Qué diera yo por ir todos los domingos a conocer restaurantes caros: "el Ambassadeurs". "Le Escargot", "El Regis". ¡Ahhh!

Cata intervino suavemente: — No Pili, tú engordarías muchísimo en esas cenas, y les diré que yo sí sufro con papá los domingos que se la pasa oyendo las corridas de toros—. Lola interrumpió riendo. — Te ha de pasar lo que a mí, que ya tengo al mentado "Manolete hasta el "birrete". — Viendo que la plática de mis amigas no tenía para cuando acabar, me levanté molesta. — Bueno muchachas, en vista de que ustedes de plano no tienen para cuando, yo me voy a empezar las láminas, ¿me permites irme aquí al lado al cuartito de costura de tu mamá Cata. cuando acaben me hablan ¿eh?, ya me cansé de estar perdiendo el tiempo, y si las truenan. . . allá ustedes.

Me dirigí hacia el cuarto contiguo y empecé de inmediato a preparar mis cartulinas. Mis amigas siguieron hablando sin prestar atención. Noté que bajaban la voz, aunque no tanto como creían hacerlo, Lola susurró:

— ¡Pssst! . . . oigan, ¿se acuerdan el viernes que se quedaron a dormir

en mi casa? . . . pues ¿qué creen?, Abel mi hermano me contó. . . ¡la "pata" del siglo!, parece que Adelaida se levantó casi a media noche al baño, ¿se acuerdan que traía dolor de garganta y que se amarró una mascada en la cabeza "dizque" para no enfriarse?. pues Abel me platicó que él se desveló oyendo un capítulo del "Monje Loco", dice que era escalofriante, uno de los "miedosísimos", dice que aparecía una bruja espantosa en una casona abandonada, y que estaba terrorífico. Abel que acababa de apagar el radio de la sala y se dirigía a su recámara, el doblar el pasillo, le va saliendo Adelaida con su larga bata blanca, la mascada, y el pobre Abel dice que creyó que se moría de susto. . . ¡"nomás" imaginan el cuadro!. . . Luego dice que "pegó" un alarido espantoso y ¡cuál no sería su ataque al ver que Ade corría tras él para ver qué le pasaba! — Las carcajadas atronaban escandalosas y despreocupadas, luego sin embargo, Lola reflexionó y volvió a susurrar.

— Cuando Adelaida lo alcanzó, dice Abel que estuvo a punto de desmayarse y al darse cuenta de que era "la Jirafa" al bárbaro se le salió confesarle que la había confundido con "el Monje Loco".

CAPITULO VI

ERA UN VIERNES en la noche, salíamos del cine Parisiana y caminábamos hacia las calles de Lucerna en donde nos esperaba la mamá de Cata, para llevarnos a cenar a "La Fonda del Sureste" unos tacos de "cochinilita pibil" que le encantaban a Pilar. Marcela estaba muy linda, estrenando una falda de ballerina de satín azul eléctrico con un "bolero" haciendo juego. Llevaba en el cabello una cinta del mismo tono y los dorados rizos aureoleaban su rostro en el que destacaban las luces de sus enormes ojos azules, sonreía en aquel momento despidiéndose elocuente, aunque en silencio, de un par de guapos cadetes del colegio militar que le echaban miradas lánguidas. Pilar caminaba a su lado totalmente ajena al coqueteo de su prima. . . ¡Ay Marce!, a mí, me emociona Cornel Wilde, es taaan tierno, te digo que desde mañana, le voy a pedir a mamá que vuelva el profesor de piano, voy a intentar empezar a componer vales, como los de Chopin. . . ¡Ahhh. . . qué guapo era Chopin, nunca lo imaginé! — Yo intervine enojada: — ¡y la semana pasada estabas empeñada en aprender violín cuando vimos la vida de Nicolo Paganini!. . . ¡pero a ti no te entusiasman los músicos chula, lo que pasa es que te vuelven loca los artistas, ojalá y no logres engatuzar a tu pobre madre para lo de las clases de piano porque te va a durar un día el entusiasmo!

Lola se acercaba con Cata enfundadas ambas en gabardinas a cuadros con bufandas haciendo juego y que habían comprado en Salinas y Rocha porque resultaban igualitas a las que sacaban en la película "Tres Palabritas". Hablaban sobre otra película.

—No Cata si no te lo niego, “Las Viudas del Jazz” tiene una música preciosa pero ya le hemos visto tres veces y además, ya es muy vieja, en cambio en ésta que te digo tocan el concierto número dos de Rachmaninoff, que te deja sin respiración.

Nos reunimos todas y empezamos a caminar juntas, Marcela dijo: —Pues yo prefiero películas del tipo de “Mamá nos quita los Novios”, me choca “chillar” como Cata o como tú Pili que desde que empiezan ya estás preparada con el pañuelo, por cierto dicen que la semana entrante estrenan en el cine Diana un peliculón, se llama: “Duelo al Sol” y es de Gregory Peck, con unos colores brutalísimos. . . — Pilar intervino. — ¡Ay Marce. . . pero acuérdate que nos dijeron que está en “C”, prohibidísima! . . . —

Lola volteó los ojos pícaramente para decir en voz baja: —“mejor que mejor”, y ya Marcela y yo decidimos que nos vamos a escapar el viernes en la tarde del colegio para ir a verla. —Lola juntó los labios agachándose y frotándose las manos haciendo ruidos jubilosos y extraños. Cata se tapó la boca con las manos, horrorizada y Pilar lanzó un grito de sincero espanto. . . — ¡lhhlhhhh. . . ay Dios Santo!

Marcela entonces en tono desenfadado: — ¡Ay mira “honey” si empiezas a hacer aspavientos y vas a empezar a andar de “soplona”, de una vez dímelo para saber a qué atenerme! — ¡Ay no prima! ¿Cómo crees? lo que pasa es que me da “muchísimo miedo que las “cachan” y las vayan a expulsar.— Lola entonces siguió displicente y con aires de mujer experimentada: —Ni que fuéramos tan tontas, ¿verdad Marcela?, todo lo tenemos perfectamente planeado, nos vamos a salir por el hueco que hay detrás del Laboratorio de Química, ya vimos que da a la callecita por donde entran los camiones. . . llevaremos abrigo para disimular los uniformes, bien tapadas, tomaremos un camión Roma Mérida que nos deja a tres cuadras del cine, desde allí correremos hasta llegar para no perder tiempo porque la película empieza a las cuatro y veinte, entraremos con los cuellos del abrigo hasta las orejas para no correr el riesgo de que alguien nos reconozca y nos sentaremos en las filas de más atrás. . . — Lola hizo una pausa de suspenso y Marcela continuó suspirando emocionada: —. . . y veremos toditita la escena del beso— Lola siguió excitada. . . Abel ya me dijo exactamente a la hora en que pasa. . . —Pilar angustiada y azoradísima exclamó: — ¡Dios Santísimo, y todo ese “jelengue” nada más para ver un beso!— Marcela replicó desenfadada y mirando compadecida a su prima: — ¡Ay “honey”, de veras que nunca dejarás de ser una simple chiquilla provinciana!

Pilar rezongó amoscada: —Pues “nomás” te digo que si las “cachan” a la hora en que nos formamos para subirnos a los camiones de regreso, no quiero ni pensarlo. . . si te llegan a expulsar, tío Evaristo es capaz de cumplirte la amenaza que te hizo de meterte con las Madres del Colegio de San Luis Potosí de interna, acuérdate que cuando te pescaron poniéndole “pica-pica” a la toca de Sor Teresa, te dijo muy en

serio que ya no estaba dispuesto a consentir ni una sola más de tus travesuras ni mucho menos otro cero en conducta, ya no sé ni cuántos llevas— Cata asintió añadiendo —Y tú no te quedas muy atrás Lolita, acuérdate por las que pasaron el día en el que tú y Marcela empezaron a pasar el papelito doblado por toda la clase exasperando a Sor Anunziata. . . que por cierto, la verdad sea dicha, se moría de curiosidad.

Lola ahogada de risa siguió: —Y se lo merecía, ¿a poco no? se lo rete que merecía por “figona”, ¡juy!, no se me olvidará la cara que puso al leerlo, “la curiosidad es la madre de todos los vicios”, ¡yo les aseguro que jamás volverá a recoger papelitos! . . .

*

Me habían sacado de quicio y yo estaba sermoneándolas seriamente desde mi papelera que estaba en la parte de más atrás del salón, desde luego cuchicheaba, porque la clase todavía no terminaba. . . — ¡Son unas inconscientes!, ¡claro!, hacen sus estupideces y luego viene el llorar y el crujir de dientes, pero esto ya pasa de azul celeste. . . y resulta el colmo de los colmos el que lo hicieran justamente cuando acaban de nombrar Directora a Sor Benedicta. . . y ya dejen de “moquear”, para eso sí son buenas ¿no? ¡y luego las calificaciones de conducta que tienen!, sobre todo tú Marcela, porque a Lola siquiera la salvan los promedios de las materias, ¿pero tú?, puros cinco sobre ceros, si ya hasta creo que vas a emparejarte con Cata, ella al menos tiene buena conducta. . . ¡qué bárbaras son de veras!. ¡y una expulsión a estas alturas y. . . “adiós año”! En aquel momento dejamos de respirar, la maestra se levantaba como impulsada por un resorte lo mismo que nosotras, entraba la austera figura de Sor Benedicta con un gesto realmente amenazador, el salón entero estaba en ascuas, no se oía más que el acelerado palpitar de nuestros corazones. . . —Buenos días señoritas, sentadas por favor. Me permito interrumpir su clase señorita Pineda, por causa de fuerza mayor. Señoritas educandas: como Directora de este plantel en el cual sus señores padres nos han dejado la responsabilidad de su educación, no puedo pasar por alto un hecho, que no solamente nos ha sorprendido, sino que nos ha dejado profundamente consternadas. . . señoritas, la educación implica. . . — Sor Benedicta siguió su largo discurso en la misma tónica tan conocida ya por nosotras, aunque bien distinguíamos que se trataba de algo muy “gordo”. Después de casi quince minutos, Sor Benedicta llegó al punto clave. —Por tanto y en vista de que resultaría ya innegable el hecho de que la maestra Ortega “vio” con sus propios ojos, la figura de una de las alumnas “es-ca-pán-do-se” el viernes en la tarde del Colegio, ¡yo las conmino para que DE INMEDIATO se ponga de pie “la” o “las” culpables de este acto vergonzoso e injustificable que pone en desdoro el prestigio de esta Institución. ¡Les advierto señoritas que tenemos la plena seguridad de que “la” o “las” autoras de la fechoría, pertenecen precisamente a este salón de clase pues ustedes fueron las únicas que tuvieron Laboratorio de Química!

En ese preciso momento hubo conmoción en toda la clase. . . yo me había levantado. —Yo fui Sor Benedicta. Yo soy la única culpable y asumo toda la responsabilidad. . .

Yo sabía que tenía un promedio excelente por lo que no podrían expulsarme. Por otra parte un cero en Conducta no iba a ser más que un manchón entre mi línea diáfana de dieces. En cambio, en la boleta de calificaciones de Marcela, o hasta en la de Lola en aquel entonces, hubiera significado quizás, un año reprobado. Tarde comprendí que mi acto que pretendió ser altruista, encontró muy poca respuesta en el ánimo de mi madre que me aplicó el más severo castigo que podría imponerse en aquellos años. . . la prohibición absoluta de asistir al cine o de escuchar radio por el larguísimo periodo de tres meses. Aquello me dolió, porque era la primera vez en mi vida que yo llevaba una mala nota a casa, Victorino mi hermano en cambio, las sacaba siempre y. . . que yo recuerde, jamás sufrió un castigo.

*

Prudencia Griffel y Virginia Fábregas eran las dos actrices de carácter más famosas. Xavier Villaurrutia acaba de publicar en el "Excelsior" su famoso epigrama que las describía; él había escrito: "Prudencia tarda en entrar, a lo que Virginia en salir", refiriéndose por supuesto a sus diferencias anatómicas, puesto que la una era ancha de cadera mientras la otra abundante de pechos. Villaurrutia hablaba también de los escenarios.

La fiebre del teatro nos invadía, hubiéramos querido asistir a todas las funciones. La mamá de Marcela era una "dilettante" y gustaba de invitarnos porque a Don Evaristo le regalaban palcos enteros. Ya habíamos ido a ver declamar a Bertha Singerman en Bellas Artes, nos había emocionado con sus velos y su temperamento en los versos de Juana de Ibarborou, de Alfonsina Storni y de Gabriela Mistral. Habíamos ido también a ver los cuadros de baile español de la fogosa María Antinea y. . . aquél día, en casa de Marcela. —¡Miren chicas!, un palco para el teatro Ideal, va a actuar nada menos que Doña María Teresa Montoya, y ¿su compañera?. . . la eximia Doña Virginia Fábregas.— Pilar aplaudía alborotada y todas mirábamos a nuestra amiga con ojos brillantes. —¡Ay Marce, qué fabuloso!, oye, pero qué raro que no salgan las hermanas Blanch—.

—Sí salen Pili, sólo que aceptaron no ser las figuras principales, tienen un elenco "super duper", fíjate, presentan: "La Enemiga" de Darío Nicodemi, dice mamá que es un drama formidable, trata de dos hijos, el preferido de la madre es el chico y al mayor, ella lo odia porque le corresponde toda la herencia del padre por ser el mayorazgo. . . —Pilar gritó horrorizada tapándose los ojos. . . —¡Ay Jesús, María y José, qué espantó!, ¡una madre que odie a su hijo!. . . ¿estás segura de que

la podemos ver?— Cata casi lloraba cuando dijo: —¡Ah sí Marce!, qué cosa más horrenda, se me pone carne de gallina solo de imaginar eso de que una madre pueda odiar a su hijo. . . es de a "mentis" ¿verdad muchachas?

Lola se puso seria y me lanzó una rápida mirada que trataba de pasar inadvertida. luego musitó: —Quién sabe Cata, quién sabe. . . — Marcela se rió en cambio amenazando a Pilar y a Cata con su manicurado dedo: —¡No sean mojigatas Pilar y Catalina!, ya no estamos en kinder "darlings", además, dejen de estar dando la lata con tonteras que hay cosas más importantes, fíjense: "Daddy" nos va a comprar abono para "todas" porque con ésta empieza una temporada de teatro apta para toda la familia. ¿Director y actor principal?, adivinen ¡Don José María Linares Rivas! que, además tendrá en muchas ocasiones de actor invitado a Enrique Rambal! —La ovación era general, estábamos en el paroxismo del entusiasmo, Pilar gritó: —¿El Rambal del Mártir del Calvario?

—Sí Pili, ¡sí. . . ! ¿verdad que es lindo mi "daddy"?, mi mamá y la tuya nos acompañarán a todas las funciones, seguro que las dejan ir ¿verdad muchachas?— Lola respondió.

—¡Claro que sí Marce!, pero nos da hasta pena, qué bárbaro tu papá, que "puntadón" ¿estás segura de que nos invita a todas?

—¡Por supuesto! "honey", es más, ahora, mamá a su regreso de Kamchatcka (fue a llevar a refrescar su abrigo de martas) dijo que pasaría a la oficina de "daddy" por los boletos.

Efectivamente, fuimos todas a la función de "La Enemiga" y a mí, precisamente a mí, que tenía fama de "fría", de "incommovible", me afectó. Al finalizar el dramático segundo acto, exactamente en el punto en el que la madre confiesa al hijo mayor que lo aborrece, me desmayé.

Marcela me abanicaba asustadísima mientras Lola trataba de desabrocharme el cuello del abrigo, Pilar me bañaba la cara con colonia y la pobre de Cata cruzaba angustiada las manos a punto de llorar.— ¡Dénle aire!, ¡pobrecita!. . . ¡Es que está flaquísima, casi no quiere comer, por eso pasan estas cosas. . . ! Todas se atropellaban hablando.

—¡Ade. . . ! ¡Ade. . . ! ¡Adelaida. . . ! ¡Vaya por fin. . . ya abre los ojos. . . ! ¡estás muy pálida! ¿te sientes mejorcita. . . ? ¿qué sucedió Ade. . . ? ¡te desmayaste. . . ! ¡apóyate en mí. . . ! ven. . . vamos afuera a que te dé el aire, ¿puedes. . . ? ¡ven, despacito!

Las muchachas me sacaban ya de la fila de asientos, cuando Doña Chelo y Doña Eulalia me tomaron una de cada brazo para llevarme al tocador y echarme un poco de agua.

—¡Pobrecita Ade!, decía Pilar, yo nunca jamás la había visto llorar.

Lola replicaba no lloró ni en: "Lágrimas de una Madre" ni en "Corazón Diario de un niño" ni en "Intermezzo"—. Marcela continuó: —Yo no puedo explicarme cómo Ade, de todas, pudo llegar a emocionarse tanto así con esto.

— ¡A lo mejor se desmayó de hambre!

— ¡Ay Pilar... por favor! —rezongó Marcela, Lola la interrumpió:

—No muchachas, creo que lo que pasó es que el tema de la obra le llegó muy hondo y... yo creo saber por qué.

CAPITULO VII

CURIOSAMENTE todas tomábamos el “Insurgentes Bellas Artes” porque a todas nos dejaba en casa. Marcela ya manejaba para entonces y tenía un pequeño “M. G.” deportivo rojo primoroso, lo malo era que lo chocaba constantemente porque solía manejar rapidísimo e infringiendo todas las reglas de tránsito, con lo que el hermoso carrito se pasaba la mitad del tiempo en el taller de reparaciones. Pilar y Lola acababan de subirse al camión en donde ya íbamos Cata, Marcela y yo. Pilar jadeaba y caminaba dando tumbos hasta que al fin, se desplomó en el asiento. — ¡Uff...! si te digo que necesito ponerme a dieta, y eso que ya bajé a sesenta y cinco kilos, venía corriendo para alcanzarlo, pero no me acordaba bien en qué número habían dicho que se iban a subir.

—Pero este era, mira, allá están atrás Marcela y Cata y Adelaida acá, de este otro lado, yo no me senté con ellas porque como los asientos son dobles en estos camiones nuevos pues... — Pilar contestó riendo socarrona, ¡Mmmm...! ¡a mí no me la pegas Lola, después del “gallo” que te llevó el desconocido, ya no me fio de “Aquéllos ojos veeverdes”— Pilar comenzó a canturrear cómicamente— Lola trató de enojarse consiguiendo solamente aguantar la risa—. ¡Cómo eres burra Pilar!

—Sí, sí, muy burra pero que se me hace que venías “conchavándote” al chico güero ese que se bajó en la parada ¿eh...? — Lola frunció el ceño agachando la cabeza y señalándose exageradamente el pecho bromeando como siempre. — ¡Yooooo?, ¡ay cómo crees! Yo entonces me levanté de mi asiento con pasos no muy firmes para acercarme al par de locas... — ¡Pero es el colmo con ustedes caramba!, ¡se oyen sus risas hasta atrás! ¡no la hacen a una ganar para vergüenzas, a ver si se comportan como señoritas decentes, parece que vienen de la “Lagunilla”!

Después de espetarles mi filípica, recuerdo que regresé a mi lugar dignamente, para luego, desde allí, seguirlas escuchando, porque jamás me hicieron caso.

Pilar estaba enojada y frunciendo las cejas le dijo a Lola. — ¡Uy! ¿“Pos this one”? como diría mi “pochísima prima”.

—No le hagas caso, está “neuras”, pero acuérdate que “perro que ladra no muerde”, oye pero si ya nos tenemos que bajar, mira, allí está ya el Palacio de Bellas Artes.

Efectivamente era nuestra parada. Habíamos adquirido la costumbre de ir, por lo menos cada diez días a comprar libros a la enorme librería

que estaba junto a la Alameda, bueno, para ser exacta YO iba a la librería, mis compañeras se instalaban en la cafetería que se encontraba arriba y que dicho sea de paso, es preciso reconocer que tenía una vista bellísima con todos los árboles por un lado, y por el otro, ¡la imponente entrada a Bellas Artes con sus hermosos pegasos. Ellas sin embargo dudo que alguna vez se hubieran detenido a admirar el paisaje. Se trataba del lugar de moda para escuchar música de la época, tomar helados y por supuesto, encontrar a chicos conocidos. Aquél día, Lola estaba más guapa que de costumbre, alta, estilizada, con los negros cabellos recogidos hacia atrás, una falda de tweed y un sweater verde con las mangas jaladas hacia el codo como se usaban y destacando aquel color uva pelada de sus ojos. Ya un par de muchachos se le habían declarado, pero ella decía que no quería tener novio todavía. Cata parecía una muñeca, pequeñita y delicada. Ya hacía meses que la seguía un españolito vecino que no le disgustaba pero a quien le tenía miedo. Cata siempre fue muy tímida.

Usaba vestidos añilados siempre en tonos pastel y nunca la vi en aquellos años, sin su ballerina color de rosa sobre el rubio cabello hasta los hombros. La mirada de sus ojos castaños era tan dulce que provocaba protegerla. Cata era además, de una ingenuidad encantadora o exasperante.

Pilar en cambio era toda vitalidad y risa. Tenía mucha gracia para contar chistes. Exuberante, pero no desproporcionada, Pilar era también añilada y tenía una cara bonita. Llevaba el cabello abundante en un dorado cobrizo partido a la mitad con dos cintas y el conjunto era gustador. Y si bien carecía de la belleza espectacular de su prima Marcela, poseía una simpatía desbordante. Aquél día, el grupo de mis amigas llamaba la atención porque resultaba el prototipo de la juventud despreocupada y sana. Lola respiraba profundamente en una forma ruidosa. ¡No chiquitas, ni se rían, insisto en que el ambiente aquí arriba tiene que ser más puro! ¿no se ven divinos esos árboles de la Alameda? y está tan claro que podemos ver hasta el Paseo de la Reforma... ¡México entero a nuestros pies y toda la vida por delante! ¿no es “brutal”?

— ¡Brutalísimo, hay que venir más seguido, al cabo en los camiones nuevos que recorren “toditito” Insurgentes vamos a todo México, ¡llegan hasta a las “afueras”, hasta el “pueblo” en el que vives Marce!

— ¡Luego luego con la agresión Pilar! ¡y San Angel no es ningún pueblo!, bien sabes que desde hace seis meses que nos cambiamos ya han edificado tres casas, hay muchos llanos, es cierto, pero papá, que tiene mucha “visión” dice que va a ser una zona muy exclusiva en unos años—. Lola soltó burlona: — ¡Sí... sí... una zona muy “exclusiva” para excursionistas con pasamontañas!

— ¡Ay muchachas! — dijo Pilar con la boca llena de helado — ¡ya dejen el pleito! Ghmps, mejor habían de probar esta “nieve”. Hmmm, está de “rechupete”.

Marcela se volvió rápidamente y al ver las tres bolas en una cama de nueces picadas, bañadas con crema y con una cereza, porque la cuarta bola adornada ya estaba por desaparecer, gritó escandalizada y deteniéndole a Pilar la cuchara en el aire — ¡hhhhh!, ¡detente insensata “tragaldabas”!, ¡vergüenza te había de dar!, ¿no que nada más ibas a tomar un tecito, glotona? ¡pero si eso es el Parícutín encima del volcán de Colima!

Pilar tragó con rapidez vertiginosa y haciéndose luego la desentendida. —Ay no seas “exagerativa” Marce, y mejor cuéntales a las muchachas que ayer recibiste la cuarta declaración del mes. Tu primito Andrés, hasta se le hincó, Cata.

Lola alzó los hombros. — ¡Vaya novedad!, Marcela tiene enamorados como para adoquinar la carretera de Acapulco, si estamos ya por cambiarle el nombre por el de “Mata-Hari”, ¿verdad muchachas?— Pilar entonces se creyó en obligación de salir en defensa de su prima. —Mira Lolita, mejor no hablemos ¿eh?, que contarles los “pretensos” a Marce, a ti y a la “mátalas callando de Catita”. como decía mi nana, es más difícil, que “desojar” angulas o “descular” hormigas.— Las carcajadas llegaron hasta las mesas de junto que se mostraban divertidísimas con la conversacion de nuestra mesa. ¡Ni digas sinvergüenza!, que tú tampoco eres “hermanita de la caridad”, ya comprobamos que las “redonditas” también tienen su buen “pegue”, Abel mi hermano, sin ir más lejos, anda “como canica en lavadora” por una miradita de tus “ojos garzos” Pilarica, y ya me contó que tú nada más lo ignoras haciéndote como que la Virgen te habla.— La alegría era definitivamente contagiosa. Marcela continuó casi ahogándose y con las mejillas arreboladas. Mira, ¿para qué nos “hacemos”, ahorita a todas se nos pegan los galanes como si fuéramos “ice cream sodas”, ¡si nos los espantamos como moscas! Lola se puso repentinamente seria y preocupada: —Bueno muchachas, a todas, lo que se dice “a todas”, no— Marcela replicó entonces realmente mortificada. —Sí, “honey”, está “brusco” conseguirle pareja para la Graduación, y el tiempo se nos viene encima. Lola intervino:

—Yo le había dicho a Néstor mi primo, y ya había dicho que sí, cuando, con tan “mala pata” estando él en casa, ¡que va llegando Adelaida con el material de Modelado!, pues Néstor enseguidita se echó para atrás.

Cata dijo entonces apesadumbrada — ¡Chispas!, ¡deveras es andar de malas!, si la hubiera conocido hasta el momento del baile pues, no le habría quedado más remedio pero enfrentársela así, en frío, de “sope-tón”.

Marcela siguió en tono conspirador. —Oye Cata y ¿el amigo de tu vecino el español?, ¡sí mujer, acuérdate!, ¡aquel greñudo espinillento, el altote feo!

— ¡Ah sí! dijo Pilar— ya me acordé de cuál es, ¡el gangoso, Cata!

—Sí “honey”— siguió Marcela ¡hay que “conchavárselo”, total, cualquier cosa es buena a estas alturas!, porque si no conseguimos a

ese, está en chino lograrle un “date”, a lo mejor si le ofreciéramos algo. . . un bat de “beis”, boletos para los toros, en fin, aunque nos cueste “darling”, ¡lo que sea!

Estaban tan metidas en sus elucubraciones que no se habían dado cuenta de que yo, habiendo ya recorrido la librería, entraba en la cafetería, todas, sin excepción, gritaron al verme parada a su lado.

¡hhhh! . . . ¡Aaaaay! . . . ¡Ade.je. . .je. . .noteoí, . . .je. . .je. . .no te escuchamos llegar!, ¿dónde andabas eh?

—No me extraña, si andan en las nubes, cuando no están riéndose como oligofrénicas están “papando moscas” o pensando en la “inmortalidad del cangrejo en la Patagonia”.

Lola vió una puerta para cambiar de conversacion. —Oigan, a propósito de la Patagonia me olvidaba contarles que vinieron mis primos de Pátzcuaro, estarán solo este fin de semana y nos invitan a todas el sábado a patinar en hielo y el domingo al té Danzante del Riviera. — Los gritos de entusiasmo no se hicieron esperar, Cata aplaudía.

— ¡Ay Lolis, Lolis!, ¡esto es un sueño!, yo no le había dicho a nadie, pero me “moría” por ir, pero ¡estaban los boletos tan caros!, ¡dónde le iba yo a decir a mamá que me diera los diez pesos de la entrada!

Marcela dio una entusiasta manazo en la mesa. —Vámonos poniendo todas de acuerdo para llevar nuestras faldas de ballerina con los cinturones anchos elásticos, de metal dorado, y todas con “boleros” y guantes blancos largos ¿ok?

Yo di un golpe todavía más fuerte en la mesa para decir muy seca, — ¡Pues yo, quiero que sepan que no cuentan conmigo! Y ya ni me anden invitando. Sépanselo de una buena vez que sus “diversiones” ni me entretienen, ni me gustan, ni me interesan.

*

Estábamos en casa de Marcela. En el sótano, había una pista de baile que utilizaban cuando había reuniones, el disco del “Tico-Tico” se tocaba una y otra vez, estábamos aprendiendo a bailar. . . Marcela daba vueltas contoneándose graciosamente.

— ¡No seas zonza Lola, si son nomás dos pasitos chicos para adelante y luego dos para atrás como cayéndote. . . pero mejor practiquemos el “Mambo”!

Cata y Pilar se acercaban bailando tomadas de los hombros “El alacrán cran cran el alacrán cran cran ¡Ay! me va a picar”. El mozo entraba con una charola llena de naranjadas. Todas se fueron dejando caer en los sillones de los lados mientras bebían con fruición el sabroso líquido. —Oigan dijo Marcela a propósito de “mambos” hizo un guiño picaresco. —¿Les conté lo que le pasó a Quico mi hermano? Se “voló la barda” el muy bárbaro.

—Cuéntanos., cuéntanos— respondieron entusiasmadas las demás. Marcela entonces con aire de conspiradora y bajando un poco la voz apretó una mano sobre otra para comentar regocijada. —Pues nada chi-

cas, que el muy vago, se fue con su "bola" de amigos a un salón de bailes de esos de gran barriada, "el California" creo que se llama, pero es de "rompe y rasga" ¿eh?, pues que se meten estos locos y que se mezclan con el "peladaje" y ¿qué creen?, ¡pues que van ganando el concurso de Mambo! ¡esa es la copa!

Las carcajadas se hicieron generales, pero yo indignada, las corté en seco.

— ¡Sí!, ¡qué gran chiste!, ¡menudo trofeo!, ¡muy orgullosos deben estar de su "puntada" de "niños bien"!, ¡qué fabuloso el despojar al "peladaje"!— Yo estaba roja de furia y mi voz iba "in crescendo". — Pero da la casualidad de que "el pe-la-da-je" es de muchachos y muchachas de "nuestra edad", con nuestros mismos anhelos e inquietudes y con los mismos deseos de diversión, solamente que ellos se encuentran en "su casa", en "su" propio centro de reunión, y para poderse dar el lujo de descansar han trabajado ¿escuchan?, "tra-ba-ja-do" muy probablemente desde la madrugada en faenas duras, tal vez hasta sin comer. Ellos se encuentran en "su" territorio, no están molestando a nadie y "tu hermanito" y sus amigos, que no son nada más que unos "pachucos" adinerados y holgazanes sin más oficio ni beneficio que deambular por los Kikos en sus convertibles molestando a todo bicho viviente con la prepotencia de sus bocinazos y creyéndose que traen al rey de las orejas y que son dueños del mundo solamente porque "papy" les dio una billetera bien gorda, arbitrariamente invaden el salón en donde con todo el derecho del mundo, van a pasar una hora bailando esos, que tan despectivamente llaman "pelados". Y la parvada de zánganos ricachones como tu hermano llegan no solo a burlarse de ellos, sino a quitarles la ilusión del modesto trofeo al que tienen derecho ¡Mira nada más esa pobre copa de latón!, ¡qué vergüenza Marcela!, ¡Federico la puso allí solamente para hacer mofa de su hazaña!, ¡es el colmo hasta que hables de ello!

CAPITULO VIII

ESTABAMOS en vísperas de la graduación, Sor Clara nos había llevado a la fotografía, necesitábamos cuatro retratos con la toga y el birrete para los certificados. En la antesala alfombrada había varios mullidos sillones y espejos por todos lados, una gran mesa con álbumes llenos de fotografías la mayoría de artistas del cine mexicano. Sor Clara se había dormido en uno de los sofás con el rosario en la mano. La pobre seguramente estaba levantada desde las cinco de la mañana y la espera había resultado excesiva. Nosotras en cambio estábamos sobreexcitadas, Lola, con la boca llena de pasadores se arreglaba frente a un espejo redondo.

—Pues ahora sí que la estoy viendo "de a de veras" muchachas, este es el primer paso.— Empezó a cepillarse vigorosamente el cabello.—Hmm. ¿a ver?, por favor Pilar, présteme bien este pasador para recogerme el pelo de este lado, ¡ajá!, sí, creo que así me queda mejor ¿verdad?, ¡pásame tantito "rouge" Marce, ¿sí?!

Pilar rezongó asustada echando una furtiva mirada hacia el sillón en donde Sor Clara roncaba ya con la cabeza sobre el pecho. — ¡Ay no seas bárbara Lola, si te ve Sor Clara se nos "arma"!, ¡ya ves el otro día que "cachó" a la pobre de Cata con "tantito brillo color de rosa en las uñas! . . . y ese "rouge" está más rojo que el que se pone la Marlene Dietrich— Pilar movía las manos sobre sus regordetas mejillas inflándolas cómicamente.

Cata que estaba en otro de los espejos se acercó al nuestro. —Oigan chicas, ¿que no se les hace que me queda un poco grande el birrete?

Lola soltó otra de sus famosas carcajadas con la inmediata mirada asustada de Pilar hacia donde estaba nuestra cuidadora quien, por supuesto, no hizo sino ronronear como un gatito en medio de su sueño, Lola dijo entonces a Cata hablando como yucateca: — ¡No "bosh", la que te queda chica es la cabeza "ca-ba-llo"!— Con Lola no había más remedio que reír, tenía una gracia muy especial. Marcela se acercó también, lucía espléndida con el dorado cabello flotando sobre la larga túnica blanca.— ¡Ay ya dejen de estar payaseando y ayúdenme!, ¡miren cómo me arrastra la toga de este lado! Mientras yo me agachaba para prender unos alfileres en el ruedo de la toga de Marcela, mis amigas descubrieron álbumes de fotografías y empezaron a hojearlos con visible deleite. Pilar aplaudía encantada.— ¡Miren nada más muchachas!, ¡Emilio Tuero!, está como para merendárselo, ¿a poco no?. ¡Uy! y aquí Crox Alvarado con su bigotito hermoso, y Rafael Baledón, ¡miren "nomás" al muñequito de cocoa, Abel Salazar—Pilar suspiró profundamente y Lola siguió extasiada. — ¡Mira ésta de Ramón Gay y ésta otra de mi "charrazo" de puro mango de Manila!— Cata estaba ya hincada sobre la mesa lanzando sus clásicos gritos de máximo alborozo. — ¡Ay, ay, ay, ésta de José Cibrián está "di-vi-na"!

Lola casi casi abrazaba el álbum. Marcela se puso también en cuclillas olvidándose de su toga. ¡Ay "sweetie pies", ¡pero si estos no son "barcos" muchachas, son "dream-boats" "tra-sa-tlán-ti-cos" de super lujo!, ¡miren a Rubén Rojo!, ¡y a Arturo De Córdoba!

Pilar lanzó otro suspiro para luego preguntar. —¿Oigan muchachas y ustedes creen que "Yazbeck" de veras ha fotografiado a todos éstos? Marcela se apresuró a contestar: —Pues mira más vale creerlo que averiguarlo "darling" y total, qué nos importa ¿honey?, fíjense— empezó a contar con los dedos— primero, nos escapamos de las clases de la tarde, segundo, la foto nos la va a tomar nada menos que el árabe más guapo de México, tercero, Sor Clara está en el quinto sueño. La puerta del estudio se abrió y salió una señorita para decirnos que podían entrar las

señoritas Catalina Vergara y Adelaida Pérez Gómez. Después de unos minutos salió Cata. Yo estaba terminando de arreglarme adentro, pero desde luego la puerta era delgada y escuché los comentarios de mis amigas con Cata. La voz de Lola predominaba.

— ¡Estás monísima Catalina, palabra!, bueno, la verdad es que ninguna estamos "tirada a la calle" ¿eh?, el fotógrafo se va a dar una "agasajada de ojo" que... ¡Puff!— Pilar continuó más seria.— A la pobre Ade no le quedaban bien ni la toga ni el birrete, se veía pues "rarita" ¿no?— Lola volvió a decir, también con voz grave.— Sí, desgraciadamente, a la pobre no le queda bien nada, y eso que dicen que no hay graduada fea, pero es tan altota y tan flaca que se veía como... —Marcela soltó una risotada— ¡como Fumanchú!— Todas rieron tratando de taparse la boca. Después salí. Todas callaron un rato y siguieron entrando por turno. La última fue Pilar, quien llegó con la mirada perdida y como atontada. Mientras nos quitábamos las túnicas, Cata comentó: — ¡Qué lástima que ya acabamos!, si fuera por mí, la vida entera me pasaría frente a ese hombre.— Lola soltó otra carcajada burlona.— Ya vuelve en ti Catalina y tú también Pilar, se quedaron como "mensas", están en éxtasis, no es para tanto. ¡Apúrense "caray", a ver si saliendo del Colegio nos vamos a tomar una "kikoleta" ¿no?, ya hay que despertar a Sor Clara, se la echó larga ¿eh? ¡joye Ade, tú eres ya la única que faltas de quitarte la toga, y mira nada más, si no te la alzas te vas a tropezar mujer!— Yo estaba terriblemente molesta. — ¡Déjame en paz Dolores! yo llevo la toga como se me da la gana— Lola entonces conciliadora me alcanzó. ¡Ay Ade, siquiera este día ponte de buenas!, ¿a poco me vas a decir que no te gustó Yazbeck?, ¿y qué tal es de piropeador, eh?, ¡si no se le va una, al maldito!— Yo entonces, zafándome bruscamente del brazo cariñoso que Lola me había pasado por los hombros escupí amargada: ¡Pues conmigo "se le fue", porque no me dirigió la palabra!, pero más le valió ¿eh?, porque si ese tipo fatuo me hubiera dicho algo, hasta aquí se hubiera escuchado el cachetadón que se lleva, ¡nada más eso me faltaba, a mí se me respeta, yo no soy como ustedes que se exponen poniéndole caras de borrego a medio morir, sí, no me veas con esos ojos de estúpida, ustedes son las que hacen a esos sujetos creerse el "non plus ultra" justificándoles lo "coscolinos".

La radio del ostentoso "cadillac" de Marcela ondulaba con los matices de la voz de André Toffel que cantaba "Vous qui passes sans me voir" mientras el nuevo chofer uniformado manejaba inmovible ante las risas ahogadas de mis amigas, que se apretujaban en la parte trasera, elegantísimas las cuatro, cada una con traje sastré en distinto tono de azul. Yo iba sentada delante, y por supuesto todas, llevábamos guantes blancos. Esperé a que terminara la canción, que me gustaba y después, ya no pude controlarme, me volví hacia ellas y les espeté: ¿Se quieren callar?, ¡parecen cotorras!— No me hicieron el menor caso. Lola recordaba una de las escenas que acabábamos de vivir aquella

tarde.— Y se me ocurrió lo de "Haile Selassie" pues... porque como nos visita en México y está tan de moda,— Cata siguió con voz tipluda.— ¡Ay! sí, todo el mundo habla del famoso rey de "utopía".— La interrumpí enojada: — ¡Cómo eres ignorante Catalina! Haile Selassie es el emperador de "E-tio-pía".— La risa era muy fácil para mis amigas en aquel entonces y creo que las envidiaba. Pilar suspiró romántica.— ¡Aaaaay!, yo todavía vengo emocionada con la segunda película: "Intermezzo", ¡qué elegantemente guapo estaba Leslie Howard, y cómo sufría, Ahhh! Lola no se quedó atrás y suspiró también, indudablemente la redonda luna de aquel octubre tibio les estaba afectando.— A mí me gustó más "El Gran Caruso" —Ay sí Lola— dijo entonces Cata— a mí, nada más de acordarme se me pone la carne de gallina con los napolitanos... ¡Ahhh!... si les digo que hasta hoy he comprendido que mi destino es ¡ser cantante de ópera! Lola se volvió riendo hacia Pilar — ¡Vaya!,... pues ya vamos a tener dos Musas, porque aquí Pilarica antier que fuimos a ver "Tres Palabritas" de Fred Astaire aseguró que se "iniciaría en el arte de Terpsícore" y se haría émula de Cyd Charisse, Cata rezongó fastidiada... — ¡Ay Lola, cuando te poner a hablar en ese idioma, yo nomás no te entiendo.— Las carcajadas eran ya tan fuertes que tuvimos que subir los vidrios para no escandalizar a las personas que estaban junto al Alto, en el automóvil de junto. Marcela después, pícara y socarrona empezó a decirme: —Oye pero la que te portaste hoy "medio pillina" fuiste tú Ade ¿eh?, ¡mira que fumar una cajetilla entera de "Belmont" y justo cuando acababan de poner en el cine el letrero de "Prohibido Fumar". Si ya te nos andabas poniendo de color de semáforo en "Siga" "honey"! a no ser por Tony, que te dio a oler de su colonia para que revivieras y aplacó al policía ese que te regañaba, pues... .

Yo sentí entonces que casi se me saltaban los ojos de los anteojos y exclamé iracunda: —Mira Marcela, mejor... mejor ni hablemos ¿quieres? Lola luego, del todo hipócrita dijo en tono melifluo: — ¡Ay Adelaida!... pero ¿por qué?, ¿eh?, ¿por qué?... — Todas rieron y yo enfurecí más aún.— Escucha bien Dolores, de mí no se burla NADIE... ¿entiendes?, NADIE y si tienen muchas ganas de reírse, van y se ríen ¡de su abuela!, ¡sarta de zonzas y atado de retrasadas mentales con cerebro de mosca!, a todas, les voy a aclarar de una vez y para siempre, que ya me tienen harta, ¿oyeron bien?, ¡HARTA!, en primer lugar les informé que toda la vida habían permitido fumar en la parte de arriba del cine Olimpia y de "todos" los cines de México. En segundo lugar, ¿qué demonios querían que hiciera en la sala para entretenerme eh?, ¿qué sugieren?, ¡me llevan en calidad de "chaperona". ¡Ah!, ¡pero "por supuesto", sin que se me informe el cargo a que se me destinaba. Ustedes salieron de sus respectivas casas hipócritamente y como blancas palomas incapaces de romper una taza... ¿yo?, ¡en Babia, como de costumbre! Llegamos al cine y ¿qué pasó? pues que a mis "inocentes amiguitas" ya las estaban esperando cuatro pseudo galanes, CUATRO, muy peripuestos y

por supuesto, previamente advertidos del "encuentro" y que ¡claro!, esperaban a las "niñas" con ojos de vaca preñada y riguroso copete bien embarrado de "ondulina Bertini", ¡monigotes payasos!— Yo ya gritaba y Marcela súbitamente mortificada empezó a rogarme: — ¡Psst!... ¡Cállate Ade, por favor, no seas mala, va a oírnos Simón el chofer y es bien capaz de ir con el chisme!— Marcela susurraba y yo efectivamente bajé la voz pero continué igual de enojada. — ¡Pues que oiga!, ¡merecido se lo tienen, punta de cónicas desvergonzadas!— Cata imploró apurada con las manos juntas. — ¡Cálmate Ade, te va a crecer el hígado!— Yo seguí en el encarnizado pleito. — ¡A mí no me calmas como si fuera tu minino Catalina, si no fue ninguna "chistosada" lo que me hicieron! Entramos al cine, mis "amiguitas" se sientan POR SUPUESTO por "lindas parejas" y bien "agarraditas" de la mano de los copetones a los que "sueltan" única y exclusivamente para soplar el sudor de las palmas y como cada media hora, ¡cochinas! Pilar se me sienta a un lado y en los pocos momentos en que se zafa de la peluda "diestra" del gordo pelirrojo con cara de cangrejo que la acompaña, resoplando como un búfalo, ¿qué hace "Pilarcita"? ¡pues se atranca de muérganos tronándomelos en las orejas!— Ante el furioso discurso, mis amigas verdaderamente se retorcián de risa. Sin prestarles atención con creciente ira, seguí reclamándoles sin detenerme. Marcela al poco tiempo quiso cambiarme el tema o evitar que nos siguiera escuchando su chofer (que, como todos los anteriores que había tenido, asumía el papel de verdadero mártir cada vez que tenía que cargar con nosotras) y nos convidó a tomar un refresco en "María Bárbara". Sin embargo ni siquiera allí, entre "sundays" de chocolate y "banana Splits" pudieron hacerme callar. — ¡Y si creen que por convidarme un mugre helado voy a dejar de cantarles sus verdades, están "mafufas" ¿eh?, ¡ahora me oyen quieran o no!— Marcela conciliadora y dulce empezó a tratar de calmarme. — ¡Ay Ade... pero si te repito que "deveras" no lo pensamos "darling", ¡palabra!

— ¡Uy... mira nada más qué novedad!, no chiquita, ni creas que me calmas y ¿tú? . . . tú menos que nadie fijate. El tipo que andaba contigo era el peor, ¡pedante perdonavidas ridículo! ¡En pleno calor y "de gazné"... ¿qué o quién se creía eh?, ¿Robert Taylor o Alan Ladd? ¡para colmo, la quintaescencia de la cursilería y de la "taradez" DIEZ Y SIETE VECES. . . ¿se fijan?, diez y siete, ¡se las conté!, te repitió gangoosamente que "te adoraba con pasión in-dó-mi-ta", así, como lo oyeron, "indómita", ¡Ufff, qué tipo, deveras!

Lola intervino tímidamente. — Ay Ade pero mira.

— Tú cállate Dolores, vergüenza te había de dar. El que estaba contigo se daba también aires de Tyrone Power y no llegaba el pobre ni a primo lejano de Tin Tan, ¡No y no te rías, desvergonzada, ¿crees que no me di cuenta de que te pasaste toda la función recibíndole "bastante regocijada por cierto", sus "besitos tronados"? Mis cuatro amigas se retorcián ahogadas ante los ojos azorados de los pocos parroquianos que estaban

en las mesas vecinas. Yo continué. — ¡Mucha risa verdad?, ¡chistosas!

Cata dijo entonces dulcemente. — Ay Ade... ya que se te olvide, ¿no?

Hiriente le contesté. — ¡Ah!... ¡pero si también sale a relucir la tierna y dulce Catita!, ¿creíste que te escapabas de ésta, verdad "chulita"?, ¡mosca muerta que el diablo confunda!, ¿saben que "ésta" no me dejó oír ABSOLUTAMENTE NADA de ninguna de las DOS películas?, ¿Y saben por qué?, ¡pues porque formó el más espeluznante duo de "románticos suspiros" con el orangután ese con cabeza de azotador que parecía el eslabón perdido de Kant.— Mis cuatro amigas se habían ya echado sobre la mesa sin poder detener las carcajadas, pero yo continué sin hacerles caso. — ¿Y entonces?, ¿qué querían que hiciera eh?, ¿a ver?, ¡pues fumar!, ¡si no me quedaba otra!, total, que con el humo llega el cuidador, yo me enojo y le digo que se vaya por donde había venido, el imbécil tipo se enfurece, trae al policía y cuando le pregunta mi nombre a Lola, a ésta se le ocurre decirle que me llamo: "Haile Selassie", el "brillante" policía pregunta entonces que ¿cómo se escribe? Los vecinos reían ya también pendientes de mi relato. Yo seguía imperturbable e indiferente. — Saca su libretita y lo apunta, yo me empiezo a marear y el famoso "Tony" casi me provoca un desmayo poniéndome sobre la nariz un pañuelo impregnado con su horrenda loción que con toda seguridad era "Siete Machos" y... .

CAPITULO IX

MIS CUATRO amigas habían descubierto que existían muchachos y estaban verdaderamente enloquecidas con ellos. Cata sobre todo, que era asediada por Felipe, su vecino español. Aquello me parecía sumamente chocante porque empezaba a vislumbrar que pronto empezarían con estupideces de novios y yo consideraba que no iba con nuestra edad. Una cosa diferente había sido el que nos sintiésemos atraídas hacia los artistas de cine. Aquél día estábamos las cinco en casa de Marcela y conspiraban una salida. A mí me molestaba sobremanera que hicieran planes de los que no podía escaparme por la sencilla razón de que no me atrevía a dejarlas solas, consideraba que corrían peligro porque se creían muy experimentadas y eran solamente unas chiquillas locas.

La recámara de Marcela era hermosa y muy grande, tenía un recibidor que casi era una sala. Los muebles muy claros y había profusión de almohadones sobre los que estaban tiradas Lola y Pilar, Cata probaba un tubo de labios y Marcela, para variar, se cepillaba el pelo frente al espejo dorado. Yo me había sentado ante el coqueto secretaire en donde dibujaba distraída moviendo la cabeza desaprobatoriamente de cuando en cuando, ante las tonterías que decían. Un disco giraba vertiginoso

sobre la pequeña consola blanca y la aflautada voz de Luis Arcaraz cantaba "Viajera".

Lola hablaba animadamente haciendo aspavientos con las manos y con los verdes ojos brillantados por el entusiasmo. — El lugar se llama: "Las Catacumbas" y es "in-creí-ble"— Yo intervine secamente — ¡pues, será, pero me parece totalmente incorrecto ir a escondidas! Cata dejó de delinearse los labios para volverse hacia donde yo estaba y decirme en suave queja: — ¡Ay Adel!, pero si no vamos a escondidas, ¿tú crees que nos dejarían ir a un lugar que abre solamente por las noches?— Pilar, que estaba mordisqueando una pera añadió, mientras arrojaba al cesto de basura un par de semillas: — Además, vamos con Felipe Tamez, el vecino de Cata y con dos españolitos que son amigos de él y que conocimos en la Romería de Covadonga el domingo, ¡todos son "de-cen-tí-simos", te aseguro que con ellos no corremos el más mínimo peligro de nada!

Marcela entonces, sin dejar de cepillarse el cabello y con dos pasadores en la boca dijo displicente y fastidiada. — ¡Ay, no seas gruñona Adelaida, palabra que eres nefasta, "honey", y te diré, que si tú no vas con el chisme, no nos pescan ni con "chochos", daddy está creidísimo que vamos a ir a una cena con las profesoras!

Me levanté ya muy molesta — ¡eso es, precisamente, lo que encuentro fatal!, la mentira. Nunca es bueno hacer cosas que parezcan malas. Pilar despreocupada se acercó bailando hacia el tocadiscos para quitar el disco y colocar otro de Ramón Armengol, empezó a tararear "Nochecita" antes aún de que comenzara a hacerlo el cantante y rezongó. ¡Uy... uy... uy... ¡pero si ya te dijimos que no hay nada de malo!, ya fueron a ese lugar las Mendiola, las Brito y mis primas las Vega y dicen que es como ir al circo, como ver una película de miedo, y ultimadamente ¡tú vas a venir con nosotros y te darás cuenta! Lola entonces se desesperó con flojera y ahogando un bostezo. ¡Ay sí Adelaida, qué latosa eres ya estás peor que nuestros papás!, ¡parece como si tuvieras treinta años! Marcela se empezó a probar una falda tableada, se dio una vuelta en redondo frente a mí y — ¡Va a estar "pipiris-nice" baby!, ya verás, ya verán "darlings", los meseros están vestidos de monjes, a la entrada hay una hilera de momias, de las de Guanajuato ¿eh?, las luces son veladoras amarillas, los bolillos que te sirven en la cena chillan como ratones cuando los aprietas, del techo caen arañas peludas que te saltan en la cara y a los músicos les ponen una luz especial que dicen que se ven como esqueletos!

Pilar entró la última al famoso club nocturno de las calles de Dolores, la acompañaba un mocetón rubio y fornido de cara bonachona y amplia sonrisa que parecía encantado de llevarla del brazo: Paco Artesa. La oscuridad apenas esclarecida por una esfumada lucecilla amarillenta daba al lugar un tenebroso aspecto. Pilar pisó la tarima que daba acceso

al salón de baile y — ¡Ay, ay, ay!, ¡pero si esto está "truculentísimo", qué horror!... ¡Ay, ay!, ¡Paco, no me vayas a soltar ¿eh?, ¡Uyyyy! Pilar dio un alarido tras las carcajadas de las que ya estábamos dentro. Al apoyar el tacón en una duela saltó un chorro de aire impresionante que hizo volar las anchas faldas de tafeta. Tratando desesperadamente de bajárselas, Pilar mortificadísima corrió hacia donde estábamos. — ¡Ayyy!, ¡perdón Paco, qué pena!, es que con esta falda tan ancha y el "airón" que me echaron pues... y no te rías ¿eh?, ¡qué se me hace que estos descastados lo hacen a propósito! ¡Ay, muchachas, qué bueno que ya estamos juntas!, ¡condenadas cómo no me advirtieron!, ¡Ay Santo Señor de Chalma, pero si esto está como boca de lobo, que espanto! Paco reía coreado por nosotros mientras cortésmente sostenía a Pilar de los hombros caminando tras ella. Pronto nos reuníamos todos en la mesa que nos habían asignado. Yo asustada, aunque queriendo disimularlo, cuando decidieron pararse a bailar y me invitaron a seguirlos a pesar de estar sin pareja, contra mi costumbre accedí a acompañarlos con el pretexto de "curiosear" la pista. Seguí pues a las parejas al lado de Cata y de Felipe Tamez a quien conocía por haberlo visto en casa con mi hermano Victorino. Las luces eran efectivamente blancas y de verdad los músicos a sus reflejos parecían esqueletos. Me paré en un lado para dejarlos bailar, un poco efectivamente por resquemor a quedarme sola en la alejada mesa y otro mucho por mantener a mis amigas bajo mi vigilancia. Los muchachos parecían efectivamente decentes, pero había que verlos.

Las parejas giraban suavemente por el encerado al compás de la orquesta que interpretaba "El Continental". Pilar, con las mejillas rojas de indignación susurraba entrecortadamente: — ¡Qué bárbaro!, ¡pero, qué bárbaro eres de veras Paco!, ¡es el colmo de los colmos!, ¡imperdonable te digo, imperdonable!— Paco bajaba la cabeza abochornado tartamudeando. — Per-perdón nena, de veras, mil... mil dis... disculpas... yo... yo... no... — ¡No hay perdón que valga Artesa!, ¡esto se pasó de la "raya"!, ¡mira que confundirla con momia!, ¡pues ni que fueras topo "carambas"!— Casi junto, Felipe y Cata trataban de seguir el ritmo mecánicamente. Cata regañaba también a Felipe indignadísima.

— ¡Se pasaron ¿eh?... te juro que se "pasaron" Felipe!, esto no nos lo va a perdonar en su vida, ¿lo oyes?, ¡en su vida!, y ¡apenas si hará bien!— Felipe movía la cabeza afligido mientras con su vozarrón que trataba de bajar en vano, decía: — Catita linda, pero si es que, como es tan feíta, y la luz es tan mala...

— ¡No tienen perdón de Dios ustedes de veras!... ¡eres un "barbaján de lo peor!... ¡y una cosa es que esté "feíta" y otra cosa muy diferente que un par de ciegos como ustedes lleguen a confundirla con "calaca"!, ¡lo que pasa es que tanto tú como Paco son unos irrespetuosos y unos

majaderos de siete suelas!— Lola discutía también con su pareja que en verdad ofrecía un aspecto cómico con su altura y corpulencia, casi hundiendo el rostro entre los hombros como aguantando una lluvia y tratando de seguir al mismo tiempo el paso. —Sí, sí. . . mucho “me parto el alma con cualquiera”, mucho campeón de fut—ball americano, y mucho “soy muy hombre”, pero el alarido que pegaste fue muy valiente ¿no?

Cata y Felipe estaban casi juntos y Cata aprovechó para hacer dúo con Pilar aunque sin dejar de bailar. — ¡Ustedes los hombres se vuelven puras excusas!, “muy machos, muy machos” y son los primeros que gritan, ¡qué vergüenza con Adelaida! — ¡Tiene toda la razón Catita!, ¡qué pena, de veras!— Paco volvió a tartamudear mortificado —Pe. . . pero Nena. . . pa. . . palabra que no lo hice con intención!

— ¡Sí. . . sí. . . ¡de excusas está empedrado el camino del infierno Paco!, pero el caso es que heriste la susceptibilidad de mi amiga y está furiosa y a mí se me cae la cara de vergüenza, miren, mejor vámonos a sentar ¿eh?, ya vénganse ustedes también Cata ¿sí?

*

Yo había reunido a mis amigas en casa, recuerdo que mamá había accedido por aquella única vez porque tenía una jugada de póker. Yo me fui a la cocina a esperar que estuviera el té y cerré la puerta de comunicación al comedor donde ellas estaban. Sin embargo a los pocos momentos quise ir por una charola de la vitrina y al entreabrir la puerta nuevamente no pude evitar escuchar lo que hablaban. Marcela soltaba una carcajada. — ¡Y “thank God” que Adelaida no se quedó a dormir en la casa ¿eh?, porque yo creo que no hubiéramos podido aguantarnos la risa!— Yo escuché mi nombre y dejé estreabierto.

Lola continuó en plena hilaridad. Es la mejor “puntada” que le conozco a la “jirafa” ¡es que tú no le viste la cara a Paco, Pilar, era comiquísimo, el pobre pasaba del rojo al amarillo, se aflojaba el cuello! Marcela siguió — ¡a la hora en que Adelaida le vació la cubeta de hielos en la espalda, les juro, les juro que hasta el copete se la bajó al pobre Paco!—. Lola casi ahogada y retorciéndose comentó, pero no, si lo genial fue que Ade, tranquila y seria, le dijo muy circunspecta que como la había confundido con una momia de las que estaban a los lados de la pista, le aseguraba que los hielos eran la mejor receta para el astigmatismo.

Yo entré en aquel momento con la charola de tazas, ellas callaron por supuesto, y les comencé a servir. Rompió el silencio Victorino mi hermano que entraba alborotando.

— Muchachitas primorosas, pero ¿qué veo? las más bellas princesas danzarinas anoche, hoy lánguidamente recostadas sobre la mesa. . . ¿pero qué es eso niñas?, ¡quién las viera y quién las ve!, ya supe de su odisea por las Catacumbas. . . Felipe me platicó, ¡ay no!, pero ya no se asusten “querubinas”, mi silencio será de tumba egipcia pero otra vez inviten, ¡no hay que ser!, Oye Adelaida, ¿qué les diste en el tecito eh? ¡miren nada más qué bostezotes!, ¡si bien dicen que las chicas llegan a

las fiestas como “apache en guerra”!. Mis amigas reían ya de las ocurrencias de mi hermano, . . . —llegan “partiendo plaza” y como diciendo. . . “échenme al león que yo se los hago corderito” ¿no? ¡Ahh pero eso sí, terminan el “fandango” como “arañas fumigadas. . .” y ¡claro!, al día siguiente, pues están como “león de sala”, sin ofender a las bellezas presentes ¿eh. . . ?

— ¡Ah Victorino! — rió Pilar —deveras que no te soportas, pero dime nada más, ¿de dónde te sacaron a tí?, ¡eres una calamidad!, ¿cuándo vas a sentar cabeza eh. . . ?

— ¡Ahhh Pilarín, Pilarín, pues cuando me haga caso una muchachita “hacendosa y casera”!

Ah bueno, entonces ya “mero”, porque tenemos muchas. Pilar se ahogaba de risa.

— Mira primor, yo por cualquiera de ustedes me iba a escarbar hasta la tumba de Tutankamon pero ¡ustedes no me hacen caso!, ¡y todo por que aquí “Doña Perfecta” seguro que les ha estado calentando las cabezitas con “infundios catedráticos”, ¡no, yo necesito una chica que, la “mera” verdad, no me conozca “muchote” que digamos y ¡claro!, que tenga “haciendas y casas” para que podamos vivir de sus rentas. . . ¡Ja. . . ja. . . ja. . . ja!

Marcela estaba ya llorando y entre carcajadas. — ¡Pero qué rete sinvergüencísimo eres!— Tienes todos los agravantes: cínico, parrandero, simpático, ocurrente. . . !—

Victorino se levantó para arrodillarse cómicamente ante Marcela y con un suspiro exagerado y las manos sobre el pecho. — ¡Ya párale Marcelita bonita y “requetepreciosa”, es cierto. ¡Ahhh!, soy un desastre, pero por tus desdenes, ingrata!, ¡si te he repetido en todos los idiomas que te quiero, que te adoro, que por ti no como, que por ti no bebo, que por ti estoy flaco, como un “plumero”! —Luego, medio en serio. —He suspirando tanto, por esos ojazos color de cielo, por ese pelo dorado como el trigo, por esa cara maravillosa de Madonna de Rubens, que después de ti, todo se me vuelve hastío, porque. . . “El hastío es pavorreal, que se mueeere de luz en la taaarde”.

El alboboto era ya escandaloso y Victorino seguía. — No, no, si les digo, hermosuras de mi vida, que no hay nada mejor — Cantando— “para ceestas noches de frío, de duro cierzo invernal!!!” (claro. . . y también para las asoleadas cuatro de la tarde) — Victorino empezó a servirse un refresco de moda — que un delicioso y reconfortante “Spur” ¿verdad. . . ? y por cierto que también me le declaré a Pilarín. . . — Tomó un trago y se chupó los labios. La chicas bonitas, llenitas, gorditas, redonditas, ¡Ahhhh!. . . me vuelven loco!

Cata riendo exclamó divertida — ¡Maaas?— Victorino entonces se apresuró a ponerse a los pies de Cata. . . — ¡Tú también en mi contra Catita guapisísima!, Catita carita de porcelana francesa, chaparrita de uva, bomboncito de “rechupete”. ¡Ay. . . si me voltearas a ver siquie-

— ¡Sí, sí Marcela, pero, por caridad vete más despacio que ya traigo los calcetines en la garaganta!

— Bueno, bueno, ¡cómo son cobardonas deveras! y además, hace “añales” que desapareció era horrenda prenda de nuestro armario, no seas payasa Lola! . . . y no me cambies de tema “honey”, ¡desembucha!

— Pues sí, me ha llevado “gallos” y, es muy mono conmigo, ha sido muy amigo de Felipe y Paco desde niños, ya ven que son vecinos, solo que a Armando le ha tocado mala suerte, murieron sus padres estando muy chico y ha tenido que sacar adelante a sus hermanos porque es el mayor. Por eso es que casi no se le ve, ha trabajado muy duro siempre, sale noche y dice que ya no le quedan ánimos de fiestas. Si vieran, es muy serio, para su edad digo, pero es sensato, maduro. Lee mucho y se ha ido cultivando solo. Dice que si todo le sale bien, el semestre entrante entra a la Facultad de Leyes, me pidió que lo ayudara porque pues. . . ya hace tres años que terminó la Prepa y dice que se le ha olvidado mucho—.

— Y tú, ni corta ni perezosa le dijiste que “sí” a todo, ¿no Lolis? . . . ¡con lo que te encanta a ti hacerla de samaritana! ¿eh “honey”?

— No seas vïbora Marce. . . todas sabemos que de “samaritana” no tengo nada, para eso apenas “Sor Pilar” de las Merceditas”.

— Pues mira, aunque se burlen, ese muchacho tiene que ser muy bueno Lola, yo lo he visto los sábados en la Congregación y es muy comulgador, y si ha sido capaz de sacrificarse por sus hermanos, yo digo que vale la pena.

— ¡El amor es lo más maravilloso que existe, ahhh! . . . y yo opino Lolis que si Armando te “hace tilín” en el corazón, no lo pienses y le des el “sí”. Yo son taaan feliz desde que me hice novia de mi Felipe, con él, me siento en las nubes, nada más me habla y yo estoy ya como flotando. . . ¡es taan guapo!

— ¡Qué guapo ni qué nada! Felipe es un gritón con complejo de chapparro, y está echadísimo a perder con la sarta de hermanas que tiene, que le velan el pensamiento al niño.

— Si sigues con la “mensada” de quererte casar con él, te va hacer la vida de cuadrillos Catalina, Felipe es el clásico “macho” de “nomás mis chicharrones truenan”.

— Ayy, cómo eres Ade. Si mi Felipe es un santo, un sol, un encanto que me vela el pensamiento. . . yo nada más estoy soñando en el día en que nos casemos y pueda hacerle su “fabadita” y su pastel de nueces que tanto le encanta, ya me veo con mi delantal de encaje poniendo flores en la mesa para esperar a que llegue mi amor.

— ¡Zácatelas! ¡eso es cursilería y no otra cosa! Pues ándale chiquita. . . con tus “pastelitos” te lo comas, y que te indigeste, luego vas a saber lo que es canela, ya, ya verás. Lola gritó:

— ¡Ay no le hagas caso a esta amargada, Cata! . . . ¡Tú disfruta tu

romance y “quíquiri”! total. . . ¿y qué, si te trae Felipe como “rebozo de borracha” muy tu gusto no?

Marcela se sacudió el cabello frívolamente —Pues yo no permitiría que un hombre me alzara la voz, ¡eso sí que “never in the life jamás”, a mí me tienen que rendir y que agasajar y desde que fui a Europa con “daddy” en vacaciones, les diré que yo no nací ni para pobre ni para sacrificada. Estoy estudiando idiomas porque pienso viajar y conocer todo el mundo. . . ¡Ah, pero no en clase turista! . . . y conmigo, el que quiera azul celeste, que le cueste.

— ¡Pues tú Dolores, eres una vulgar, y tú Marcela, una “snob” y una presumida infumable y para que veas que no hay nada secreto bajo el sol, supe que anda tras de ti Carlos Montesinos, y que has estado saliendo varias veces con él, y déjame que te diga una cosa. —Marcela se volvió hacia atrás, donde yo estaba y me disparó una mirada fulminante.— ¡No te dejes que me digas nada! . . . y si Carlos se me declara, que no tarda. . . le voy a dar un “Sí” del tamaño del mundo porque me “en-can-ta”, para que lo sepas!

—Pues a pesar de todo te diré que . . . yo que tú. . . me pensaría muchísimo antes de hacerme novia de Montesinos! —Marcela entonces detuvo el carro, estaba furiosa.

—¿Tú? . . . ¿Tú Adelaida Pérez Gómez? . . . ¡tú no lo pensabas ni un segundo fíjate! ¡darías de saltos de aquí a la luna “darling”!, ¡y para que Carlos Montesinos “siquiera te volteara a ver”, se necesitaría que estuviera. . .

Lola calló imperativamente a Marcela. — ¡Marcela!, ¡fíjate bien en lo que vas a decir y ten cuidado, hay cosas que no aguantamos ¿eh?

CAPITULO X

TRESMESES después, Cata nos anunció formalmente su matrimonio con Felipe Tamez. Recuerdo que mis amigas se volvieron locas de alegría y empezaron a organizarle despedidas de soltera y a ayudarla a los preparativos de aquella boda que a mí me parecía un infanticidio. En vano resultaron mis consejos y advertencias para Cata, ella no pensaba ya en otra cosa que no fuera su futuro enlace. A Felipe le faltaban aún tres años para terminar la carrera pero estaban tan enamorados que las dos familias decidieron que les ayudarían a salir adelante.

Cata se casó en una capillita pequeña pero muy hermosa y su boda fue sencilla: sin embargo creo que nunca he visto novios más felices.

Pasaron semanas para que la euforia del acontecimiento bajara y pudiésemos reanudar nuestras actividades normales. La desaparición de Cata en la Universidad favoreció el estudio y terminó aquel año sin mayores acontecimientos. . . y pasó otro más.

Nuestra carrera era solamente de tres años en aquel entonces, el servicio social lo hacíamos por las mañanas ya que la Universidad era solamente por las tardes. Nuestra camaradería se acrecentaba, éramos inseparables. De cuando en cuando Cata nos invitaba a tomar, en su departamento, el famoso té de pétalos de rosa y debo confesar que la dulce Cata se había convertido en el clásico ejemplo de las amas de casa descritas por las revistas femeninas. Como lo predije, Felipe tenía un carácter fuerte y autoritario y nos molestaba a todas la forma brusca con la que trataba a nuestra amiga, que seguía pareciendo una chiquilla a pesar de su ya próxima maternidad; pero también es justo reconocer que el muchacho trabajaba y estudiaba sin cansancio y a pesar de sus exigencias y gritos era recto y sin lugar a dudas amaba a Catalina. . . y ella permanecía en éxtasis y continua adoración por él.

Aquel era ya nuestro último año de carrera. La situación en mi casa era ya casi insostenible, Victorino estaba acabando con las poquísimas cosas de valor que conservábamos; las joyas de mi madre habían ya desaparecido y estoy segura de que el camafeo de mi abuela paterna que casi formaba parte de ella —puesto que lo llevaba siempre— era ya lo único que conservaba de la gran cantidad de alhajas que le había comprado mi padre pensando tal vez también en la pequeña de 8 años en quien dejara un recuerdo imborrable. De él recibí quizás, el único cariño. Victorino no era malo, era. . . desamorado, despreocupado, mi madre lo echó a perder porque yo la avergonzaba a ella.

Recuerdo en una ocasión, estábamos muy chicos y ándabamos de tiendas. . .

—¿Ya te conté Victorino de cuando fui “reina” de las fiestas de primavera en Jalapa? no es por nada, pero decían que yo había sido la más hermosa, desde que se organizaron. Tu padre no se cansaba nunca de alabar mi cutis, y mi rostro, y no es que sea presumida, pero creo que ninguna de las chicas que actualmente están consideradas como bellas tuviera nada que ver conmigo en aquel entonces. Ahora, claro, ya me ven grande y llena de mortificaciones, pero quisiera que me hubieran visto entonces. . . ¡con decirles que me decían “magnolia”, por el cutis tan maravilloso que tenía!

— Todavía lo tienes mamita preciosa, tienes una piel suavecita y linda, linda.

— ¡Ay gracias mi amor!, eres un muchachito encantador, tu hermana debía aprender, allí nomás siguiéndonos como palo de escoba, más muda que nada. . . ¡ay!, por cierto, esperen, quiero comprar unas cremitas de Klytia, hay que cuidarse, hay que cuidarse.

— Oye mamá, a propósito, ya ves que el papá de Lola es dermatólogo, me vio y dice que puede darme un tratamiento para que se me quiten las cicatrices de viruela y que. . .

— Ay mira niña, cuando necesite tu opinión, o la de un doctor, la pe-

diré, mientras tanto, “agua y jabón”, no tienes edad de más cosas en la cara.

— Si ya bastante “amoladita” la tienes hermana, no vayas a quedarte peor y. . .

— Bueno, bueno, además te voy a decir una cosa Adelaida, no estamos en posibilidad de hacer más gastos superfluos, sobre todo ahora que Victorino quiere sus clases de trompeta y puede llegar a ser un virtuoso.

— Pero mamá, si mi hermano es un caprichoso, ya ves, hizo que le compraras acordeón y lo botó, luego violín y. . .

— ¡Cállate la boca, envidiosa!

— Mira Victorino, ¿por qué no te vas a ver los juegos de química hijito, se me hace que te aburres con cosas de mujeres mi amor, ve, ve hijito, ahorita te alcanzamos.

— ¡Mamá, estás echando a perder a Victorino, hace lo que se le da su real gana!

— ¡Tú no eres nadie para juzgar lo que yo hago Adelaida!, eres una insolente, y además, tu hermano es hombre y será bienvenido todo lo que quiera aprender ¿entiendes?

— ¿Entonces, me dejarías a mí tomar clases de guitarra mamá?

— ¡Ya te dije que “no”! ¡No! Sería un desperdicio, tú no tienes ni voz ni talento niña. ¡Aviada estaría yo si te cumpliera todos tus exóticos caprichos, ya bastante pago de tus libretos!, ¡no faltaría más!

— Bueno, ¿oye mamá, mira, aquellas señoras se acercan a saludar, verdad?

— ¡Ay sí! . . . ¡Son las Pineda!, fueron amigas de la infancia en Jalapa, mira, mira Adelaida ¿por qué no vas a comprarme unos cierres eh?, ¡anda, no te quedes ahí parada como tonta, despáblate niña!, ¡toma, toma el dinero y ve, pero rápido!

— ¿Pero, pero de cuáles quieres mamá, de qué largo, de qué color?

— ¡Ay, ay, niña, cómo eres densa! Azules, dos, para falda, pero vete de una vez.

Desgraciadamente aquello se repetía con frecuencia, cada vez que mi madre se encontraba a alguien de Jalapa me enviaba lejos de su lado. Aquel día, aprovechando que ni siquiera volteaba a verme, simplemente me volví de espaldas, pero no me moví de su lado.

— ¡Tina!, ¡Carmelita!, ¡qué gusto tan grande verlas!, ¡pero sí están igualitas!, ¡qué maravilla encontrarnos!, ¿vinieron por muchos días?

— Sí Isaura, pero nos vamos ya esta tarde en el “pullman”, no sabíamos tu teléfono, por eso no te buscamos, pero te recordamos siempre, ¿cómo estás?, ¡pero ya, ya vemos que hermosa como siempre Isaura!, ¡y elegantísima!, oye, supimos de la muerte de tu marido ¿verdad Tina?, lo sentimos muchísimo, tan bueno que era el pobrecito, claro

que te llevaba como veinte años pero aún era joven para morir... bueno, pero, ya vemos que pasó tu luto Isaura querida, ¡qué bueno!, ya los lutos eternos solamente se llevan en provincia ¿verdad?, aquí son otros usos, oye ¿y tus hijitos?, sabemos que tienes un varoncito y una nena ¿verdad?, han de estar igual de hermosos que la madre, ¿están aquí?, ¿vienen contigo Isaura?

— Sí, sí, miren, ¿ven aquel chico de cabello negro y ensortijado que está allí, en juguetería?, sí, sí Carmelita, el de los ojos grandes, aquél muy blanco, el del pantalón café con camisa blanca...

— ¡Ay sí!, ¡está precioso tu muchacho!, ¡qué guapísimo es! ¿verdad Carmelita?, ¡uy, si es el vivo retrato de tu padre, Isaura!, es un chico encantador... ¿oye? ¿y tu nena?

Mi madre enrojeció mortificada, yo me volví junto a ella y alcé los ojos esperando. Mi madre entonces bajó la voz señalando unas bolsas de mano que estaban atrás.

— ¿Ya vieron qué lindas estas bolsas de barata, parecen legítimas de piel ¿verdad?

— Sí, sí, están lindas, ya compramos una, pero dinos de tu chica, ¿viene contigo, está aquí?

— Bueno pues... mira, no, ella se quedó en casa porque tenía mucho que estudiar, pero dime Tina, ¿qué me cuentas de las González?

*

La cadena de recuerdos seguían sucediéndose como "flashazos" arrullados por las melancólicas notas de las viejas melodías que se hilvanaban encajando sus pequeñas y punzantes agujas en el alma. Esta vez era la orquesta de Paul Weston tocando "Pobre Mariposa".

Estábamos sentadas en uno de los pasillos de la Universidad. Pilar había adelgazado algunos kilos y se veía muy bien. Lola se había peinado de "chongo" y aunque aparentaba más edad, había adquirido un tipo interesante y atractivo. En realidad cualquier cosa que Lola se pusiera le sentaba bien, porque tenía buen gusto y una figura alta y estilizada. Aquel día llevaba un sweater de cuello de tortuga en un tono verde Nilo contrastante a su falda azul marina. Marcela no había llegado aún, siempre llegaba tarde.

— Pues muchachas: no voy a terminar la carrera. Estoy decidida y no hay nada que pueda hacerme cambiar de opinión. Lo he pensado mucho y ya decidí que voy a entrar a Derecho. No, no Ade, deja de mirarme así... definitivamente me gusta. He estudiado con Armando y me he dado cuenta que las Leyes me apasionan. Ya, ya sé que tengo buen promedio y que en unos meses más acabaría mi licenciatura, pero no me pienso dedicar a la Historia y sería perder más tiempo. Me revalidan varias materias y creo que puedo hasta alcanzar a Armando.

— Tienes inteligencia suficiente como para "pasarle" y lo sabes, pero

creo que vas a hacer una tontería Lola. Francamente sospecho que lo que intentas simplemente es...

— Lo que intento Ade, es, sencillamente enmendar un error antes de que sea demasiado tarde. Yo sería una historiadora mediocre pudiendo ser una buena abogada, y ya me inscribí, de modo que no hay más que hablar. No por esto va a menguar nuestra amistad, estaremos nada más en distintas aulas, eso es todo.

— ¡Ay Lola!, ¿pero entonces, hasta cuándo te vas a poder casar?

— ¡Pero si parece que ustedes tienen obsesión por esa palabra? "Casarse, casarse", no hablan nunca de otra cosa, todo les gira alrededor de ella, ¡qué manía caramba!, ¡desde que Catalina lo hizo esto parece epidemia!... ¡Pilar, que quiere hacerlo tres días después de la graduación, sin tesis ni examen profesional, ni nada, Marcela, idiotizada con el tipo ese que se da más ínfulas que un pavo real y que es más tenorio que el tal Porfirio Roviroso, y tú Lola, tú también, no te "hagas", te cambias de carrera para estar bebiéndole los alientos a tu famoso Armando, "que muy bueno, que muy atractivo, que con mucha personalidad", y yo no veo más que un mono peludo que se peina a lo "queso de Oaxaca", porque le auguro un año, antes de quedarse calvo.

— ¡Ya deja de "sermonear" Ade y fíjense nada más en ese "carrazo", ¡es el más lindo y sofisticado convertible blanco que yo haya visto, qué bárbaro!, y vean nada más qué "mangazo" el que lo maneja, y se está bajando, ¡Uy!, ¡pero si es Carlos Montesinos, y... sí, viene con él Marcela! —Dijo Pilar.

— ¡Andale, "si vas"!... ¡besote y en la boca y en plena Universidad!, ¡no se miden!, ¡"zácatelas"! ya se va y qué "arranconazo", ¿eh? —Lola se llevó las manos a la boca.

Marcela se encaminaba hacia nosotras con aquel andar cadencioso que volvía locos a nuestros compañeros. Estaba posiblemente más hermosa que nunca, los ojos le brillaban llenos de picardía.

— Hola "pandilla", ¿no me preguntan cómo estoy?

— ¿Para qué?, ¡si basta verte, sinvergüenza!, ¡nos tenías como en sala de cine!

— ¡A ver si no te expulsan por descarada!

— ¡No nos tengas en ascuas, suéltalo ya o revientas prima!, ¡"desembucha"!

Marcela simplemente extendió una mano perfectamente manicurada, mientras hacía girar los dedos suavemente, a fin de que percibiéramos los destellos de un brillante del tamaño de un garbanzo que lucía en el anular.

Pilar bajó el volumen de su pequeño radio de pilas que tocaba: "Todo lo que tengo es tuyo". Efectivamente Marcela nos había dejado atónitas. ¡Se casaba también!

Una dulzura amarga me envolvió, los ojos se me llenaban de lágrimas y me soné ruidosamente, simulando un estornudo para que no me lo

notaran. Nuestro grupo seguía desbaratándose y no podía hacer nada por impedirlo. Ya no volvería nunca más nuestra comunicación cotidiana... mis amigas... mis hermanas... iban alejándose poco a poco y, sin embargo, Marcela se veía tan feliz, tan profundamente enamorada, desde el fondo de mi alma yo anhelé que nunca, nunca la defraudara Carlos, mientras un irreprimible estremecimiento temeroso me recorría por dentro.

*

La "Sagrada Familia" estaba a reventar aquel mediodía caluroso. Pilar estaba muy linda con su vestido de satén y encaje de larga cola. Paco se veía atractivo en el sobrio frac. Lola lucía bella y distinguida de madrina de lazo. A mí me había invitado Pilar por compromiso, a sabiendas de que jamás aceptaría formar parte de un cortejo. Marcela seguía de luna de miel en Europa, ya tenía tres meses y pasaría en el extranjero tres más. Cata había dado a luz un par de hermosas gemelitas y se las había ingeniado aquel día para dejarlas con su familia política.

Yo había llegado con la ceremonia empezada pero había logrado un lugar cerca de mis amigas y del Altar. Tenía muy mala vista pero no sé si para bien o para mal, el oído se me había agudizado en una forma muy poco común, nadie se imaginaba que pudiese escuchar aún las conversaciones más silenciosas.

— ¿Te sientes bien Cata?, ¿no te ha mareado el olor de las velas?, estás muy pálida.

Cata sonrió dulcemente, con aquella sonrisa tierna e ingenua que jamás perdió.

— Sí, sí Lola, no te preocupes. Si ya pasaron los cuarenta días. Lo que sucede es que... ¿sabes?, no logro dormir muy bien que digamos. Las gemelas pues... dan un poquito de guerra por las noches y como Felipe tiene que estudiar hasta tarde pues, no quiero molestarlo y...

— ¡Ay Cata, Cata!, ¡te pasas de buena!, ya me imagino, ya, y eres muy capaz hasta de despertar al desconsiderado de tu marido con "juguito de naranja y hot-cakes" en la cama, ¡mira nada más las ojotas que traes!, pero te advierto que como me entere que esa bestia peluda de Felipe te trate mal, soy capaz de lincharlo...

Los ojos de Lola se hacían transparentes de rabia mientras fruncía la boca enojada. Cata volvió a sonreír tiernamente. — No, no Lola, te equivocas, Felipe es muy bueno conmigo. Tiene sus arranques, pero es que el pobrecito trabaja mucho, es un poco arrebatado y algo brusco pero es muy recto, muy lindo, fue el único hombre entre cinco hermanas y pues está acostumbrado a que lo atiendan, pero soy muy feliz con él, te lo juro y nos queremos muchísimo.

— ¡Te vas a ir al cielo con todo y zapatos! ¡Oye, pero mira qué linda está Pilar, nunca la he visto más hermosa!, qué lástima que falte Marcela... recibí ayer una postal de ella de Venecia, ¡bendito dinero, ese par

están viviendo como príncipes de las Mil y una Noches! Oye, la que tiene una cara de ogro que no puede con ella es la suegra de Pilar. Me late que le va a dar malos ratos. ¡Es más metiche... con decirte que ella le escogió el vestido, decidió sobre las madrinas, les arregló el itinerario de la luna de miel y poco le faltó para acompañarlos, es una vieja insoportable... yo me alegro que haya terminado aquí la danza de la boda porque ya la traía atravesada en el "chongo"!

— ¡Mira Lola, mira, allá está Adelaida!

— ¡Madre Santa!, ¡pero qué bárbara!, ¡mira nada más qué facha!, ¡Dios bendito pero si parece monja!, mírala, mírala, larga larga como un pabito, más flaca que nunca y gris, gris, gris.

*

La fiebre de matrimonio les había llegado a todas mis amigas, y Lola, mi querida Lola no se quedaba atrás. Yo le había preparado una sencilla despedida de soltera y Cata había estado ayudándome a adornar la casa con corazoncitos y pastelitos y qué sé yo cuántas "cursiladas" más, en las que Catita era experta. Estaba ya esperando a mis amigas de un momento a otro cuando apareció mi madre enojadísima.

— ¡Vaya!, pues sí que has cogido buena tarea Adelaida, ¡otra despedida de soltera!, ¡si los tiempos no están para despilfarros niña!, ¡bah!, sobre todo tomando en cuenta que son fiestas que "nunca" te van a corresponder, porque... la verdad está muy "verde" que te salga a ti un pretendiente.

— Yo no lo hago porque me lo "devuelvan" mamá, lo hago porque se me da la real gana ofrecerlo, y en segundo lugar "todo", ¿oíste?, "todo", lo he comprado "yo", con mi dinero, el que gano con "mi trabajo".

Victorino entró dando el consabido portazo y hecho unas pascuas como siempre.

— ¡Hola reina madre y "brujita primogénita", espero que no se vayan a pelear delante de su "muñeco segundogénito" ¿verdad?

— Ay Victorino, Victorino, no tienes remedio mi hijito guapo... "segundogénito", sólo a ti se te ocurre.

— No creces hermano, siempre con tus payasadas, ¿de modo que ahora resultado más grande que tú eh?, ¡bonito está!, y además, traes alienato alcohólico, ¿has estado bebiendo verdad?, y no son ni las cinco de la tarde.

— Ay qué genio "jirafita", si vengo de la universidad, fue un pequeño brindis de despedida a un maestro que no tiene nada de malo, ¿verdad mamita bonita?, a ver, a ver, déjeme arreglarle su precioso camafeo, que lo trae un poquito chuequito, a ver...

El timbre de la puerta empezó a sonar y fui a abrir, eran mis amigas a quienes ya mi hermano se les hincaba enfrente. — ¡Ay... ay... ay... sol radiante, me deslumbras, Lolita, estás IMPONENTE, Pilarica, guapísima, Catita, un malvavisco, todas de "rechupete".

Marcela y Pilar se veían con más frecuencia lógicamente y aunque a Paco le disgustaba salir mucho de su casa, de cuando en cuando accedían a acompañar a los Montesinos. Aquella noche habían ido al "Capri" a celebrar el cumpleaños de Pilar. Marcela bebía su cuarta copa y lucía, como siempre, esplendorosa.

— ¡No hay como el "savoir faire" te digo!, yo simplemente no podría vivir sin caviar o pathé de "foi grass" o simplemente sin mi "Dom Perignon".— Definitivamente naciste para millonaria, primita, Dios quiera que nunca te falte el dinero.

—Hay cosas más importantes que los billetes Pilar, ¿oye, no ves a Carlos?, hace rato que no lo encuentro, y mira, esa rubia platinada que viene con los Dexter ha estado coqueteándole descaradamente toda la noche, no me extrañaría que ya hubieran hecho alguna cita.

— ¡Vaya por Dios Marce, qué imaginación!, ¿ya no te acuerdas que fué con Paco al guardarropa para sacar nuestras capas?, ¡oye, mira, mira quienes andan bailando allá, sí, de aquel lado del salón, y muy acaramelados por cierto!

—Oye sí, qué bárbaros, mira el topetazo que se dieron con esa palmera simulada por bailar con los ojos cerrados.

—Oye, y qué bonita pareja hacen ¿verdad?, son muy atractivos los dos, con mucha personalidad, tienen lo que se llama "clase".

—Pues la que más vale es Lola, es muy brillante, siempre lo ha sido, Carlos es amigo de Armando desde hace mucho, tú lo sabes, y lo aprecia, sé que se corrieron varias buenas juergas juntos, no creas, pero hasta Carlos que lo estima tanto dice que Lola es mejor como abogado que él. Ella lo ayudó muchísimo cuando estaban en la carrera.

—Pues yo no sé de eso Marce pero lo que sí te digo es que hacen una pareja hermosa, y están muy enamorados, qué bien bailan, ya quisiera que Paco bailara así, pero mi pobre gordito tiene la gracia de un oso polar con reumatismo.

Victorino se acercó en aquel momento, llevaba ya muchas copas encima.

—Hola, princesas primorosas, ¿me convidan una copita?, ¡hmmm, riquísimo! este es el cuarto lugar que me cobija, saben?, estuve en el "Río Rosa", en el "San Susi", en el "Turkos".

—Uy, uy, uy, Victorino, pues sí que tienes una resistencia bárbara, y todavía tienes mucha cuerda ¿eh?, ¡sí te viera Adelaida!

—Ay, Pilarín de mi alma. . . ni me la nombres, cruz, cruz, nomás de pensar en que me pescara, ya me veo como vil guajolote descabezado.

Cata sufrió mucho después de la muerte de su pequeña cuatita pero poco tiempo después nació Marthita y dos años más tarde Rocío. Como en realidad fueron muy seguidas, Marthita ocupó el lugar de la cuatita y eran unas niñas encantadoras. Todo el mundo las conocía como "Las Patitas Tamez", Felipe sin embargo y a pesar de que indudablemente

adoraba a sus hijas renegaba constantemente porque Cata no le había dado ningún varón.

Armando Rovira era un hombre alto, corpulento, muy blanco, de espesas cejas y calvicie prematura, hablar pausado y maneras finas en un conjunto bastante atractivo y de quien Lola vivía profundamente enamorada y, por fortuna, gracias a su inteligencia, correspondida. Se habían casado en una ceremonia sencilla después de haberse recibido ambos de abogados. No quisieron poner juntos un bufete, pero alquilaron dos despachos modestos, aunque decorosos, que arreglaron con sencillez, pero también con el buen gusto característico de Lola y que se encontraban en distintos pisos de un mismo edificio. El resultado fue que, mientras Lola tenía al tope su libro de citas y su salita de espera, el bufete de Armando estaba siempre tan vacío como construcción en lunes. Meses iban y venían y todo se hacía con el dinero de Lola, quien a pesar de lo mucho que se esforzaba por disimular, no dejaba de percibir la angustia y frustración de su desafortunado marido.

El día en que Lola se dio cuenta de que la situación estaba ya causando problemas serios en sus relaciones matrimoniales, sin pensarlo dos veces habló con Armando para decirle que francamente ella no se había casado para seguir trabajando, que deseaba descansar una temporada y acabó por convencerlo para que ambos olvidaran por un tiempo la aridez del Derecho.

—Mira Armando —le dijo—, vamos mandando a las Leyes de vacaciones por unos meses, fíjate que me acaban de ofrecer una tiendita de timbres postales aquí, a la vuelta de la casa. A ti siempre te han gustado, sabes bastante de eso, me enseñas, no ha de ser tan complicado y te aseguro que nos divertiremos. Todavía somos jóvenes y hemos vivido estudiando, tú además, ¿cuántos años te mataste trabajando para sostener a tus hermanos hasta que se casaron y pudiste entrar a la Facultad? Es justo que descansemos los dos un poco. . . ¡Vámonos dando el gusto mi amor! Mira, tenemos suficiente dinerito en el banco como para vivir hasta con desahogo unos seis meses, ¿nos arriesgamos? ¿Qué dices?

Armando aceptó y no solamente salvó su matrimonio sino logró que Lola se enamorara de la filatelia, que en parte, la volvía a acercar a la Historia.

Poco tiempo después nació Gerardo, su único hijo, curiosamente al mismo tiempo que el Luisito de Pilar, porque ella y Paco tardaron en ser padres. Ninguna de las dos pudo después incrementar su respectiva familia.

*

Pasó el tiempo y otro día me encontré con Pilar y Marcela en el "Palacio de Hierro". Pilar estaba atareada en las telas y me acerqué a saludarla.

—Póngame tres metros de la tela lila y uno y medio de gasa blanca por favor, ¡ah!, y se me olvidaba, una docena de botones de nácar, oye Ade, estoy sentida contigo ¿eh?, no fuiste al bautizo de Luisito y ahora tampoco a su primera comunión, sabes que no puedo ya tener más hijos y mira cómo eres conmigo.

—No he asistido a ninguna ceremonia de ninguno de sus hijos, ni tuyo, ni de nadie, porque ya sabes que me molesta la gente, no soporto los chismes ni las idioteces de sociedad.

—Hmm, lo que pasa es que Marcela tiene razón, tú no quieres a nuestros chicos. . .

—Te equivocas, Pilar, y miente Marcela, a sus hijos los veo como una prolongación de ustedes, pero ya sabes que no soy expresiva.

—Podrías haber ido siquiera a la Misa.

—Mira Pilar. . . a mí esas pantomimas no, yo no soy de golpe de pecho y lo sabes, lo que se siente, se siente adentro y la gente no tiene por qué verlo, además, no tienen nada que reprocharme, siempre he cumplido con ustedes y he mandado regalos.

—Eres odiosa Adelaida Pérez Gómez, y además de odiosa, un erizo, un erizo gigante.

Marcela elegantísima y a la última moda se acercó rodeándonos de un perfume de rosas. —Pude escuchar lo que decías, "my dear cousin", y comparto la opinión.

—Pues se equivocan las dos, ayer en el colegio estuve platicando con tu "Milo", Marcela y te felicito, es un chico sensato, inteligente, y raro, pero a pesar de ser tu hijo lo encontré profundo y centrado.

—Eres una grosera Adelaida.

—No Marcela, simplemente veraz, ¿cuándo has sido tú profunda o centrada, a ver? si eres de una frivolidad espectacular, si hasta parece que lo de "vanidad de vanidades" hubiera sido escrito especialmente para ti.

—Ay, mira, Adelaida, mejor ni te hago caso porque cuando me preocupó frunzo el ceño y ya me dijo mi maquillista que es lo peor para el cutis. ¡Ay, hola Teté!, qué gusto saludarte "darling", oye, ¿tu vestido es de los de Cocó Chanel verdad?

Unos meses después. . . nos encontrábamos paradójicamente en una capilla ardiente. Pilar lloraba conmovida. ¡Fue terrible, espantoso, un golpe horrendo para Cata y para Felipe, claro!

—No me lo explico, de veras, todavía en el cumpleaños de Carlitos estuvo con sus gemelitas, estaban preciosas las dos, idénticas como dos gotas de agua.

—¡Sí, en verdad es tremendo!, no me explico por qué tuvieron que ser Felipe y Catalina ¿y quién se quedó con Marthita? porque la que murió fue Catita, ¿verdad?

—Sí Adelaida, por desgracia. Y se quedaron con ella las hermanas de Felipe, era imposible que la trajeran, pobre criatura.

—Oye Adelaida, pero, ¿a dónde vas?

—Con Catalina, ¿no ven que se está desmayando?, ¡hay que sacarla de aquí!, hay demasiada gente y muchos cirios, es una imprudencia, mírenla cómo está de pálida, segura estoy de que no ha probado bocado, quién sabe desde cuándo y el tal Felipe ni cuenta se da, ¡Voy a llevármela de aquí lo quiera o no!

*

Nunca olvidaré aquella tarde de octubre; hacía frío y me había quedado en casa. Había estado todo el tiempo en mi recámara porque desde la noche anterior me sentía resfriada. Necesité unas tijeras y entré al cuarto de mi madre por ellas. Ante mi asombro la encontré rodeada de maletas y terminando de llenar la más grande con objetos de adorno. Al empezar a preguntarle, tuvimos una acalorada discusión que duró largo rato, al final.

—¿Pero qué es lo que dices?, ¿definitivamente no te entiendo mamá! Ella seguía en su tarea, y autosuficiente y despectiva, determinó:

—¡No niña!, si no te estoy pidiendo ni tu opinión ni tu permiso, ¡nada más eso me faltaba que permitiera que "los patos estuvieran tirándoles a las escopetas"! no, no Adelaida, te informo y basta.

—Bueno pero a mí Victorino no me había dicho nada, no me explico.

—A Victorino le acaban de ofrecer el empleo en Veracruz y es una buena oportunidad de que siente cabeza, pero tiene que salir mañana mismo, además este señor que lo contrata tiene caballos de carreras en dos o tres hipódromos, es multimillonario y Victorino tendrá oportunidad de viajar, todo eso le encanta a tu hermano y es tan apesurado que anda arreglando todo, apenas tiene tiempo. Y en cuanto a mí, ya te expliqué de tu tía Amelia, es mi prima hermana por parte de mi padre, siempre nos hemos querido, desde chicas, me he estado carteando con ella desde hace mucho, como ya te dije, enviudó, su marido era riquísimo, su casa es una verdadera mansión en las afueras de Querétaro, con decirte que tiene en puras huertas cerca de cinco hectáreas, tiene además un verdadero ejército de criados y como no tuvo hijos se siente muy sola. Ella y yo estuvimos juntas en el colegio en Jalapa. Bueno y no sé ni para qué me tomo la molestia de decirte todo esto si tú siempre has vivido enterrada en libros como en otro mundo, ¿cuándo te has preocupado de frecuentar a la familia?, ¡nunca!

—Mamá, pero si tú has sido la que nunca has querido presentarme con nadie, tal parece como si siempre hubieses estado avergonzada de mí.

—¡Tonteras, puras tonteras dices Adelaida!, en fin, para qué discutir ya, Amelia tuvo la gentileza de invitarme a vivir con ella. Amelia frecuenta la sociedad, le gustan las "jugaditas" como a mí, y en fin, creo

que resultaría una buena oportunidad para hacer una última obra de caridad y acompañarla. Pobrecilla, me ha dicho que me necesita mucho. En fin, Adelaida, que me voy a vivir con ella. Por ti ya no me preocupo, francamente; tienes una carrera, tienes trabajo, eres una señorita seria y mayor y puedes perfectamente vivir sola. Ni siquiera te digo que vengas conmigo porque sé bien que tu mundo se encierra en los libros y en las bibliotecas, por otra parte, Amelia ni te mencionó, como jamás te has preocupado por hacerte querer de nadie, pues. . .

—No, ni te disculpes mamá, ya veo que te preocupas mucho de mi vida. . .

—¡De ninguna manera me estoy disculpando, faltaría más!, ¡deveras que eres la "pesadez" personificada Adelaida, la terrible diferencia entre nosotros es que tú "vegetas" y Victorino y yo VI-VI-MOS, palabra que tú desconoces desde que naciste, está enterrada en vida igualita que tu insoportable y horrorosa abuela Adela, mi espantosa suegra que seguramente estará achicharrándose en los infiernos.

Siempre que se tocaba el punto de mi abuela paterna yo me sentía invadida de una insoportable indignación y aquella vez ocurrió lo mismo, recuerdo que mi respuesta estuvo cargada de ironía. — ¡Madre!, no digas esas cosas, ¿no que eres tan caritativa?, ¿no que eres tan "mocha"?

— ¡Atca desvergonzada!, ¡no sé cómo me controlo para no abofearte por insolente!

Yo caminé lentamente hacia mi recámara para regresar casi enseguida con un paquetito, alargándose luego con una sonrisa burlona. —No te descompongas mamá, no vayas a arrugarte, y no vale la pena, por cierto, ya que te vas, quiero entregarte el camafeo del que según tú, "nunca te has separado", pero para tu información rescaté del empeño la semana pasada junto con mis aretes de zafiros, por supuesto "también" de mi querida abuelita Adela.

Mi madre se turbó, recogió apresuradamente el paquete sin abrirlo y nerviosa lo arrojó sobre la maleta tartamudeando. —Mmmira niña, no estás para saberlo pero tuve compromisos, pero te hago la salvedad de que no tengo nada que agradecerte, ¡nada! Por demás está el decir que tú siempre andas como monja, no tienes ni el más leve ásono de coquetería, los aretes me los llevo, naturalmente, tú ni te los pondrías, y francamente, ni sabrías lucirlos, de modo que para nada los necesitas, yo sí, porque seguramente Amelia tendrá reuniones en su casa, y a mí siempre me ha gustado andar bien arreglada, además, yo ya he sacrificado todas mis joyas para sacarlos adelante a ti y a tu hermano y. . .

—¿Perdón?, ¿has sacrificado qué?, mejor dicho "has jugado" cuanto nos dejó mi pobre padre, entre tú y Victorino se han acabado todo.

Mi madre estaba ya exaltadísima y gritó descompuesta. — ¡No mientas Adelaida!, ¡ese era ya el único defecto que te faltaba! — Luego trató de dulcificarse.

—Mira, aunque no lo creas, he sido previsora, tienes una pequeña

pensión en el Banco que te ayudará, si no a pagar una renta alta o extravagancias de libretes, sí de utilidad para vivir con el decoro necesario, sensatamente y con la sobriedad correspondiente a una señorita "grande" soltera. No me preocupo por el hecho de que te vayan a faltar al respeto porque nunca se te ha acercado, ni se te acercará ningún hombre, pero tú desde siempre, has estado con vocación al celibato, tus costumbres son sobrias y así, podrás vivir decentemente.

CAPITULO XII

TODAVIA no hacía un año que mi madre se había ido a vivir a Querétaro, cuando me dieron fecha para mi examen profesional. No la había vuelto a ver, aunque de cuando en cuando, me llamaba por teléfono (por supuesto por cobrar), y para pedirme que le girara algún dinero para medicinas, porque había empezado con mal de Parkinson. En alguna ocasión, hice el intento de decir que iría a verlas, pero de inmediato me desalentaba llena de pretextos, así que no volví a insistir.

Recuerdo que envié una carta con la invitación para aquel evento que significaba tanto para mí y a los pocos días, vino el consabido telefonema de mi madre; aunque esta vez no pidió dinero, simplemente se disculpó amablemente por no poder asistir ni ella ni mi tía Amelia porque "se habían comprometido organizando un té de la Cruz Roja para esa fecha".

El tiempo seguía su marcha inexorable, y yo en realidad vivía ocupada, estaba terminando mi doctorado y me di cuenta de los años que habían pasado, cuando un día me encontré a Susana como alumna del primero de secundaria. Intenté llamar a Marcela, pero siempre estaba fuera de su casa. Por supuesto tomé interés en aquella criatura, y la encontré muy alocada, muy libre, todavía no cumplía los trece años y ya manejaba un auto deportivo y el grupo de chicos y chicas con los que andaba, tenían mucho dinero, sí, pero no me gustaban. Logré hablar con ella en varias ocasiones, era una chica inteligente pero se desvelaba mucho, iba a demasiadas fiestas, traté de aconsejarla, le dije que necesitaba estudiar más porque sus calificaciones eran muy bajas para su coeficiente intelectual, le pedí que se acercara a su madre, que hablara con ella, y con tristeza escuché que la chiquilla confesaba que no contaba para nada con Marcela puesto que casi nunca la veía. Ella estaba siempre demasiado ocupada en sus cosas de sociedad, en el club o "cuidando a su padre". Aquella frase me alarmó e insistí comprobando que mis pronósticos acerca de Carlos Montesinos se habían cumplido. No se necesitó mucho para que la pobre criatura me confesara que había sorprendido a su padre besando a su maestra de piano en su propia casa.

Yo no sabía qué hacer, el conflicto psicológico de Susana me preocupaba enormemente, tenía un poco más de confianza con Armando Rovira, sabía que era muy amigo de Carlos, y me decidí a ir a verlo a su despacho de abogados. No quise involucrar a ninguna de mis amigas en aquello. Armando comprendió de inmediato y fue a ver a Montesinos.

—Pues sí Armando, de plano soy débil, me pierden las faldas, qué quieres “mano”, todos tenemos algún defectito, si lo malo es que ni siquiera puedo decirte que me enamoro, simplemente me atraen, viejo y es como un vicio que no puedo quitarme, reconozco que Marcela es la más guapa, pero no puedo controlarme.

—Sí Carlos, sí, pero necesitas cordura, esto no puede ser, ya el hecho de que Susana te viera con su maestra es pésimo, hubiera sido mil veces preferible que te sorprendiera Marcela, ella mal que bien, ya está acostumbrada a tus calaveradas, y pues, sabe que son cosas pasajeras, ¿pero tu hija “mano”?

—Bueno Armando pero ¿cómo lo supiste?. ¿quién te lo contó?

—No insistas Carlos, que ya bastante grave es lo que has hecho, lo supe y basta.

—Esta bien hombre, está bien, pero al grano, ¿qué me aconsejas?, ¿estoy muerto de susto de que se entere Marcela!

—¡Por favor, Carlos, no seas inmaduro!, te repito que eso sería ya lo de menos, es la deformidad de tu imagen ante la niña lo que cuenta.

—Bueno pero dime, ¿qué hago?, ¿qué puedo hacer ya?

—Mira Carlos, mándala fuera de México, tu mujer y tú de plano, nunca están con sus hijos, viven con demasiadas actividades fuera de casa, mándala, mándala al extranjero, un buen internado le servirá mucho más. Tú no tienes remedio y es preferible que no te arriesgues a que te sigan viendo tus chicos.

En cuanto Susana supo que la enviaban a uno de los mejores colegios de Suiza donde iba a practicar deportes de invierno, y conocería muchos países, se volvió loquita de gusto y se olvidó por completo del estudio. Parecía odiar especialmente las dos materias que yo daba: Español e Historia. Un día, la encontré en Chapultepec con sus amigos mientras sus compañeras estaban en clases. Intenté hablarle, pero todo fue inútil. Busqué a Marcela, desde luego no pensaba contarle lo de Carlos, pero era necesario que aquella criatura tuviera más acercamiento con su madre, y era necesario también que, por disciplina, la chica estudiara para pasar los exámenes. Fue imposible, estuve varias veces en su casa, pero nunca estaba.

Se llegó el momento de los exámenes y en vista de los pésimos papeles que me presentó Susana, me vi obligada a reprobarla. Me decidí a escribirle una nota a Marcela pero cometí el error de enviársela con la niña. Ella, después lo comprendí, nunca se la entregó, porque al poco

tiempo recibí a mi vez una escueta nota de Marcela que decía simplemente: “Te agradezco el favor de reprobarme a mi hija”.

*

Llovía, llovía desafortadamente, el pequeño estudio se iluminaba fantasmagóricamente con los relámpagos, se fué la luz, y el sonido del agua torrencial cayendo furiosa sobre el techo, Adelaida no se movió de su escritorio. Con la mirada perdida, maquinalmente se quitó los lentes que chorreaban, sí, Adelaida emulaba la tormenta llorando, primero triste, y luego al fin estallando en sollozos que la hicieron caer sobre sus papeles, recordaba una etapa de su vida que nunca hubiera querido revivir. Su mente sin embargo, la obligaba a retroceder, a insistir y ya no se sintió con fuerzas para resistir.

Victorino le enviaba de cuando en cuando postales de diversas partes de Europa en donde parecía darse vida de millonario. El hombre para el cual trabajaba, estaba metido en varios negocios no muy claros, y el dinero le llovía. Adelaida le escribió largas cartas llenas de advertencias y recomendaciones, pero el muchacho nunca dio señales de haberlas recibido. Jugaba fuerte, tanto su dinero como el de su patrón quien aparentemente le tenía plena confianza.

Su madre vivía contenta con su tía Amelia, con la salvedad de que Doña Isaura había convencido a su prima de que Adelaida era prácticamente un monstruo de maldad con quien jamás había contado para nada; su infame hija no solamente se había negado a vivir con ella, sino que ni siquiera había tenido la delicadeza de participarle su recepción profesional a pesar de “todos los desvelos y sinsabores” por los que la “pobre” Doña Isaura había tenido que pasar para sostenerle ya no solo la carrera, sino sus innumerables caprichos y exigencias. La tía Amelia estaba en fin, plenamente convencida de que su prima era una extraordinaria mujer víctima de su espantosa hija y más la admiraba cuando tras insinuaciones de su sufrimiento, Doña Isaura siempre “trataba de justificar la conducta de Adelaida”.

—Seguramente está tan abrumada con sus estudios que no ha tenido tiempo de convidarnos a acompañarla en su examen profesional, pobrecita de mi Adelaida, trabaja tanto.

—No Amelia, no he sabido de Adelaida, pero la pobre tiene tantos entendederes con sus estudios y las clases que no es posible se ocupe de cosas tan simples como de mi salud, y no quiero decirle que estoy mal, ¿para qué preocuparla?

—Sí, sí Amelia querida, la he invitado docenas de veces a que venga pero, ya sabes, cómo son los jóvenes de ahora, tiene ocupaciones, compromisos, la verdad se aburriría aquí en el campo, ella es ciudadana, pero te aseguro que si pudiera, vendría.

—Ay Amelia, me mortifica tanto estar molestándote hasta para mis medicinas, pero es que las veces que le he llamado a Adelaida insinuán-

dole que me gire algo del dinerito que tengo en México, aparte de su pensión y el dinero y alhajas que le dejé a ella, claro, pues, como que se ha molestado un poquito ¿sabes?, y es que la pobrecita tiene muchos gastos, tiene que ir a la sinfónica, al teatro, los libros que estudia son muy caros y pues, a la pobre no le alcanza, si pudiera, seguro que no tendría yo que andar molestándote hasta con eso, te aseguro que Adelaida es generosa y buena hija.

—¿A la Misa para mi cumpleaños?, ¿Adelaida?, ¡ay no Amelia querida!, no me atrevería a importunar a mi hija para eso, ¿sabes?, ella no es muy religiosa que digamos, mira, francamente, después de todos esos libracos que ha leído se ha vuelto. . . pues casi atea, por otra parte, es un poquito biliosa ¿sabes?, y cuando se molesta pues, la verdad yo le tiemblo. No es culpa de ella, claro, se le ha agriado su carácter porque es muy solitaria, pero ella es muy buena en el fondo.

Un día helado de invierno Adelaida recibió un telefonema de su tía Amelia, instándola casi imperativamente, a que fuera enseguida a Querétaro. Doña Isaura, la noche anterior había bajado a la biblioteca por un libro y habiéndose acercado demasiado al calentador que permanecía encendido toda la noche se había incendiado.

La tía Amelia le había regalado una elegante bata de seda cuya orilla se pegó al aparato y en un momento las llamas la envolvieron toda. Los sirvientes y la propia tía Amelia habían acudido de inmediato a los alaridos tratando de apagar el fuego que ya recorría la alfombra y algunos muebles, atendieron como pudieron a Doña Isaura y estaba viva, aunque con terribles quemaduras, sobre todo en el rostro.

Adelaida corrió a Querétaro, la situación era grave porque además de las quemaduras, Doña Isaura estaba afectada del corazón. La tía Amelia la tenía rodeada de cuidados, dos médicos estaban ya atendiéndola y conociendo su vanidad, habían dado orden terminante de que no se le llevase ningún espejo, porque el hermoso rostro de Doña Isaura estaba espantosamente deformado.

Adelaida insistió en quedarse al lado de su madre, y durante casi diez días, no se movió de su cabecera mas que por las noches cuando la atendía la enfermera que casi la mantenía drogada, porque los dolores eran intensos así como las curaciones diurnas. Cuando Doña Isaura empezó a darse cuenta de la presencia de su hija, se notó evidentemente incómoda, y empezó con indirectas, a tratar de alejarla. Pasaron los días y la situación empeoraba, porque Doña Isaura empezaba definitivamente a voltear la cara para no ver la de Adelaida. Ella sin embargo resistió el antagonismo y permaneció junto a ella solícita.

El ambiente cada vez era más tenso, al grado de que Doña Isaura, se negaba a comer o a hablar estando su hija. Adelaida sin embargo no se movió y llegó el momento en que Doña Isaura no pudo más y le dijo a Adelaida que la perdonara pero que no podía estar a su lado ni un

minuto más, que por favor permitiera que la atendiera la enfermera sola.

—Perdóname hija— le dijo con voz débil, pero definitivamente no está en mí, ya no logro controlarme, nunca he podido tolerar lo anties-tético, lo feo, me. . . me repugna, ¡qué quieres!

—No sabía que me encontrabas “repulsiva” siempre he cuidado esmeradamente de mi aseo personal y te consta. . .

—Sí, sí, pero eres. . . demasiado fea, no lo puedo soportar, ¡no puedo Adelaida!

—¿No puedes tolerar mi fealdad, aunque tú misma la hayas creado madre? —dijo Adelaida con ironía.

—Yo siempre he sido hermosa, he sido considerada como bella desde muy niña, yo hice el favor de casarme con tu anciano padre a sabiendas de que yo era muy superior a él, y el pobre siempre vivió perdidamente enamorado de mí.

—¡Mi padre era un hombre bueno, recto, honrado, trabajador, un hombre que consagró lo que le quedaba de vida a adorarte, te tenía como a una reina cumpliendo hasta tus menores caprichos!

—Tu padre era muy poquita cosa Adelaida, yo era quien le daba prestigio, yo era la que lo hacía resaltar, la sociedad admiraba en él a la mujer que lucía. . .

—No madre, te equivocas, siempre fuiste hermosa, sí, pero mi padre era todo un señor, un caballero digno y respetado que además tenía un magnífico capital, y eso, eso precisamente fue lo que te inclinó a aceptarlo como marido, él te sacó de San Luis en donde eras solamente una provincianita agraciada, para hacerte una dama de sociedad, por él, entraste a los mejores círculos, y gracias a él, brillaste. Mi padre te amaba tanto, que fue capaz hasta de alejarse de su madre, haciendo caso a tus insidias. . . mi padre fue el hombre generoso y tierno que tú te dedicaste a explotar, tú lo dejaste casi en la ruina con tus extravagancias y tus lujos inadecuados, y no conforme con esto, te has gastado hasta la parte de herencia que nos correspondía a Victorino y a mí, a gastar tanto y tan tontamente que mira a lo que has llegado, a vivir de la caridad de una prima rica.

—Yo era muy jovencita cuando me casé con tu padre, y él era ya un viejo. . .

—Mira madre, no trates de cambiar las cosas, tú te casaste por dinero, mi padre murió cuando yo era muy niña sí, pero lo recuerdo perfectamente, era tierno, cariñoso, amable, y tú, tú lo mataste con tus exigencias y tus caprichos, ¿crees que no recuerdo que papá estaba en cama con un resfriado muy serio cuando tú llegaste a exigirle que te llevara al baile de las terrazas del Castillo de Chapultepec aquel nefasto 15 de septiembre?, papá accedió, porque no sabía negarte nada y eso le causó la pulmonía fulminante que lo llevó a la tumba cinco días después. ¡Tú, tú misma nos dejaste huérfanos a Victorino y a mí!

— ¡Cállate estúpida horrorosa, cállate y vete, no te soporto, lárgate, mejor hubiera sido que viniera mi Voctorinito!

—Pues “tu Victorinito” —dijo Adelaida irónica— “no ha querido venir contigo”. ¡Para que lo sepas de una vez! Hablé con él dos veces, DOS, el “angelito” está en Florencia “desplumando” a una inglesa cuarentona que tiene pasión por el “póker”. Me dijo que: “estaba demasiado lejos y demasiado ocupado para hacer el viaje hasta México y que si tú te morías, pues “qué mala suerte”, pero que en realidad consideraba que tú ya habías tenido tu ración de vida y que ahora y hoy era su turno a vivirla plenamente”. ¡ah!, pero eso sí, me encargó que te diera un beso de su parte. Adelaida sonriendo sarcásticamente hizo el intento de acercarse a la cabeza vendada de Doña Isaura para besarla, pero ésta, a pesar de los dolores, torciendo la desfigurada boca se hizo bruscamente a un lado para evitarlo.

— ¡Quítate infeliz, no te me acerques, no te atrevas a acercárteme!, y ¡cállate, cállate de una vez si no quie. . . si no quieres que me arranque estas vendas y a pesar de mis heridas te abofeteo como mereces, por mentirosa, porque eso eres, una mentirosa calumniadora, lo que pasa, lo que pasa es que tú siempre has envidiado mi belleza, mi cuerpo, mi gracia, siempre me has odiado por mi hermosura y eso, eso es lo que nunca has podido perdonarme.

—Te equivocas madre —dijo Adelaida calmada y tristemente— lo que nunca, efectivamente, he podido perdonarte, es que jamás hayas sido una madre para mí, el que nunca te hayas tomado siquiera la molestia de tratar de comprender cuánto y hasta qué punto te necesitaba, y lo hambrienta que estaba de tu cariño, de tu ternura, una caricia, óyelo, una pequeña caricia hubiera bastado para dejarme un recuerdo imborrable, ¡pero es que no recuerdo ninguna!, ¿lo oyes? ¡NINGUNA!

—Adelaida, es que tú no entiendes, es que ha sido superior a mis fuerzas, Dios me castigó haciéndote igualita a tu abuela Adela, tu abuela a la que odié con todas las fuerzas de mi alma, a la que nunca pude tolerar, a la que si hubiera podido ¡hubiera matado!, sí ¡hasta matado!

—A la que odiaste —contestó Adelaida casi en voz baja— porque quiso que pusieras los pies en la tierra, la única que se te enfrentó sin gritos y sin alteraciones para tratar de que dejaras de ser una muñeca frívola, para encararte a tus responsabilidades, mi abuela Adela era una mujer sensata y buena, jamás se entrometió en tu matrimonio, nunca le habló a papá mal de ti, trató siempre de ayudarte, pero tú, desgraciadamente, no le hiciste el menor caso. Yo recuerdo bien la tarde en que le gritaste que saliera de la casa, para después decirle a papá que “ella había estado a punto de pegarte”, yo estaba allí madre, a tu lado, y como siempre, sin que me vieras, pero fui testigo de aquella escena. Tres meses después la abuela murió y papá no logró perdonarse la debilidad de creerte. Yo adoraba a mi abuela, los recuerdos de ella y de papá son los únicos dulces y amables de toda mi vida. La abuela era fea, sí, pero de físico, nunca

de alma, y yo hubiera preferido el afecto de una abuela fea que el rechazo eterno de una belleza como tú, a quién nunca logré darle el título de “madre”, porque ese título, por si no lo sabías, se “gana”.

— ¡Quítate!— gritó descompuesta Doña Isaura ¡quítate de mi vista Adelaida!, ¡no te aguanto!, no te soporto!, ¡nunca he tolerado tu cara llena de cicatrices, tus espantosas cicatrices de acné y de viruela!

Adelaida respondió calmadamente. —Mis cicatrices de viruela que tú provocaste madre, ¿o es que ya no te acuerdas que me dejabas sola y encerrada en mi cuarto días enteros mientras tu salías a comprarte ropa o a jugar con tus amigas?, ¿ya no recuerdas las advertencias del médico sobre las curaciones que tenías que hacerme y que NUNCA me hiciste cuando enferma?, y después, de adolescente, ¿ya se te olvidó cómo te rogaba el papá de Lola que me llevaras a su consultorio para que me diera un tratamiento para el acné y nunca lo hiciste ni te tomaste la menor molestia para ayudarme?, ¡qué mala memoria tienes madre!

— ¡Ya cállate! —gritaba Doña Isaura— ¡Cállate!, y quítame de los ojos tu espantoso cutis que me asquea, no tolero tu piel, ni tu estatura grotesca, ni tus lentes de fondo de botella, ni nada, ni nada tuyo, ¡salte Adelaida, libérame de tu presencia ya!

— ¡Qué estúpida vanidad la tuya madre!, ¡entiende de una vez que no es el físico lo que importa!, ¡es el interior lo que cuenta!

— ¡No! ¡No! —gritaba ya histérica Doña Isaura— ¡No!, la belleza, la estética, es lo único que vale en el mundo, es. . . es tu carta de presentación, tu. . . tu pasaporte a la vida. . . a la sociedad!

Adelaida soltó una carcajada hiriente. ¿Y tú te dices católica madre?, ¡qué pobre concepto tienes de la humanidad! —Adelaida suspiró tristemente—. ¡Qué incorrecta tu jerarquización de valores!

— ¡Déjate de hablarme con palabrejas, atea del demonio!, a mí tus títulos y tus rimbombancias no me impresionan, estúpida rata de biblioteca, ¡pobre idiota tratando de asombrarme con unos estudios que únicamente te han servido para hacerte más odiosa!, ¡estudiaste porque no te quedó más remedio Adelaida!, ¡estudiaste para justificar solamente la vocación de solterona amargada que has tenido casi desde que naciste, ¡si parecías un renacuajo!, ¡siempre me dió vergüenza presentarte!, para que lo sepas, ¡yo sabía que jamás podrías conquistar a un hombre, muchísimo menos casarte!, ¡tú nunca gustarás a nadie porque no eres fea, eres HO—RRO—ROSA, quizá hasta más, que tu horrenda abuela Adela!, ¡tampoco podrás ser nunca nada en sociedad, nadie podría soportarte, monstruo! ¡Doña Isaura empezó a dar carcajadas de loca repitiendo sordamente ¡Ja. . . Ja. . . Fea. . .! Ja. . . ja. . . ja. . . FEA!. . . ¡Fea. . . fea. . . fea!

Adelaida lívida y tambaleante se levantó lentamente, se acercó al tocador y sacó de él un espejo dorado, sonreía diabólicamente, paso a paso se acercaba al lecho mientras roncamente decía, ¿eso crees?, ¿eso

piensas?, Adelaida súbitamente, con rabia, con agresividad le plantó frente a la cara la redonda luna mientras decía sarcásticamente:

— ¡Pues mírate tú!

Doña Isaura soltó un espantoso aullido para después llevándose las vendadas manos hacia los irritados ojos gritar espantada. . . ¡No. . . No. . . no. . . ¡peeer. . . perrdón. . . peerdoón!

La tía Amelia había acudido sin que Doña Isaura ni Adelaida se percataran de su presencia justamente en el momento en que Adelaida le presentó el espejo, se acercó a la enferma aterrorizada por lo que había visto, y considerando lo que veía como la infamia máxima de aquella hija desnaturalizada, casi al mismo tiempo que recibía la exánime cabeza de su prima sobre los brazos víctima de un paro cardíaco, le gritó indignada a su sobrina, ¡que saliera inmediatamente de su casa!

Seis meses después, la tía Amelia murió también a causa de una antigua afección en un riñón, dejando toda su fortuna a su sobrino Victorino. Victorino empezó a gastar y a divertirse como loco, jugando desafortunadamente de casino en casino. Sus francachelas salían en las revistas sociales de varios países, Adelaida no volvió a saber de él hasta que una tarde, regresando de la biblioteca nacional, Adelaida recibió un pequeño paquete con una carta procedente de Santiago de Chile.

Se trataba sí, de una carta de su hermano quien en forma patética le contaba cómo fue entrampándose en negocios sucios y cómo, poco a poco, fue desapareciendo aquella fortuna que parecía inacabable. Victorino había recorrido medio mundo sin ver más que casinos y clubs nocturnos, la historia de sus amorfíos llenarían un libro. Por fin, un día viéndose perdido, lleno de deudas y de enemigos, decidió jugarse lo que quedaba en el casino de Viña Del Mar, lo perdió todo y, viéndose desesperado, carente de fe y hundido, Victorino, se quitó la vida después de escribir aquella carta para su única hermana pidiéndole perdón.

Le enviaba el camafeo que siempre había llevado Doña Isaura en el cuello, creyendo que en él, Adelaida atesoraría recuerdos de su madre.

Adelaida sinceramente lamentó la muerte injustificable de su hermano que, a pesar de todas sus calaveras la había querido; pero el camafeo no quiso conservarlo, se lo llevó a Pilar rogándole que lo aceptara, puesto que ella no lo usaría nunca. Pilar creyó que esto era un sacrificio de Adelaida, y tras mucha insistencia aceptó no quedárselo ni usarlo, sino "guardárselo" por el tiempo que ella determinase.

CAPITULO XIII

LA ARAUCARIA se había convertido en una masa de sombras que como un encaje negro formaban el faldón de una luna redonda y brillante

frente al ventanal en donde, tras el secretaire de caoba, seguía acodada Adelaida suspirando largamente.

— ¡Ay! . . . toda una vida, toda una época, cuánto, cuánto hemos pasado desde entonces. . . pero no, no me arrepiento de nada.

Adelaida se sacó los anteojos para limpiarlos maquinalmente con la mirada perdida. . .

— ¡El México de mi juventud! . . . Glenn Miller, Luis Alcaraz, "Café Concierto", los "Kikos", Agustín Lara, las matinés del Balmori, los Thés danzantes del Riviera, los "Churumbeles", el ciclindrero, el ropavejero, el afilador, el merengero, el peso por veinte bolillos con su "pilón", los "pajaritos de la suerte" en los parques, la "pista de hielo, los "libres" y luego los "cocodrilos", el "mambo", ¡qué bonito era todo! . . . mis amigas, sí, sí, definitivamente y a pesar de todo "mis amigas".

Adelaida empezó a hurgar entre los papeles de su escritorio, metió la mano hasta adentro y sacó un largo sobre de papel manila, lo abrió y fue sacando papeles y objetos. . .

— Un boleto de tranvía, la foto de graduación, un programa de "Bandera Negra" con Rambal, la boda de Cata, ¡qué chiquilla era!, Pilar con Luisito, Marcela en su primer carro, Lola en un baile con Armando, Victorino, ¡cuántos recuerdos! . . . y qué bien decía Pascal aquello de que "la razón del corazón, no la entiende la razón".

Adelaida empezó a volver a guardar todo lentamente, de repente hizo la cabeza hacia un lado interrogante y murmuró para sí medio sonriendo. — Aunque también dijo Pascal que: "escribir es el arte de recordar, con ayuda de la imaginación". Hmmm, ¡claro! ¿y por qué no? ¡Vale la pena intentarlo! Adelaida tomó una hoja de papel en blanco y rápidamente la metió en la máquina de escribir. — ¡Lo escribiré! Pero. . . ¿todo? ¡Sí, todo! Será dulce y amargo, alegre y triste, pero ¡no importa!, recordando volveré a vivirlo.

¿Sufriré igual?, seguramente, pero ¡lo haré!, vale la pena, sin embargo, ¿por dónde empiezo? — Adelaida se detuvo un rato y luego furiosamente empezó a teclear y mientras lo hacía, en voz alta ¡Eso es!, ¡claro!, y ¿se llamará?. . . Hmmm, pues sí, ¡tiene que ser!. . . "Historia de un complejo".

* * *

— Oye Pilar recibí una nota de Adelaida invitándonos a tomar el té en su casa el próximo jueves, hace años que no sabía nada de ella.

— Pues yo apenas hace dos meses me enteré que regresó de Inglaterra, pero me dijeron que ya tenía tiempo aquí en México. Recuerdo que en la última reunión que tuvimos, nos dijeron que se iba con otra beca en Historia para Oxford, probablemente nos va a querer contar sus experiencias de estos años, ¿no crees?

— ¡No mujer, qué experiencias ni qué nada!, Adelaida es un hurón y nunca nos ha tomado en cuenta para nada. "You should know her by now", además, ésta es como la quinta beca que recibe, si ya tiene maes-

trías y doctorados y no sé que tanto, y va y viene por medio mundo y...

—No, no Marcela, ella vive entre sus libros, en ellos se ha refugiado y...

—No la disculpes "darling", Adelaida siempre ha vivido como en otro mundo con sus papelotes y sus bibliotecas polvorizadas!

—¡Cómo eres Marce!, es cierto que la pobre es aburridona pero, como saber, sabe, ni me digas, ya lleva no sé cuantos premios y de diplomas podría tapizar su casa.

—Sí, sí, sabe Historia antigua, moderna, contemporánea, se tiene al dedillo la muerte de Napoleón y el siglo en el que vivió Calígula, pero lo que es VIVIR, ¡nada!, a la pobre nunca le pasará algo, ya no digamos interesante, ni siquiera divertido. Pero debo confesar que estoy intrigada por la invitación, ¡es la primera vez en muchos años que convida a algo!, ¡y en su departamento, que derroche!

—Pues mira sí, la verdad es extraño, creo que la única vez que estuve con ella fue cuando Lola y yo la ayudamos en el cambio del departamento anterior, pero ya debe hacer lo menos diez años de eso. Definitivamente nuestra amiga es un poco rara.

—¿Rara?, ¡es marciana!, claro que debe afectar ser la única soltera del grupo, soltera y sin la más remota esperanza, si tiene razón el sinvergüenza de Carlos que dice que la "Jirafa" nació "cotorra, virgen y mártir".

—Pues, bien sabes Marce que no apoyo tus burlas, pero admito que Adelaida, come aparte.

Nunca fue muy agraciada que digamos, su físico y su modo pues... no la han ayudado...

—¡Oh "my God" con tu prudencia prima!, eres una moralista de hueso colorado, de veras.

Pero si Adelaida siempre ha sido un esperpento, sin embargo, y no obstante las poquísimas simpatías que tiene, y las críticas que le hagamos, la queremos y la toleramos, ¡si creo que las únicas amigas que ha tenido hemos sido: Lola, Cata, Tú y yo, que estuvimos con ella desde Primaria hasta la Universidad... ¡y no te hagas!... ¡las únicas que le hemos aguantado sus "rarezas" y su gesto perenne de "no te me acerques".

—Bueno, ¿qué quieres que te diga?, la pobrecilla ha estado siempre tan sola, a su padre creo que casi no lo conoció, su madre, ¿te acuerdas?, murió en Querétaro de un accidente, y nunca se llevó bien con ella, luego Victorino se suicidó en Sud América, y ni siquiera le ha quedado el recurso de la Religión a la pobre ¡siempre me dio tanta lástima que se vanagloriara de su ateísmo! Dios siempre es un inmenso consuelo y a ella nunca la trató bien la vida, jamás tuvo novio, ¡ni siquiera pretendiente!

—Es cierto, recuerdo que ni por sus triunfos tenía simpatías; sus diéces, sus primeros lugares terminaban en la banda azul de Excelencia, los aplausos de "nuestros" padres, porque los de ella nunca asistían y... san se acabó ¡No en balde se convirtió en un erizo!

—¿Te acuerdas de todos los "descolones" que nos ha dado?

—Es verdad Marce, pero así ha sido Adelaida desde que yo tengo memoria: seria, adusta, estricta. ¡ah!, pero recta y honrada como la que más, incapaz de una dulzura o de una caricia, pero en el fondo con unos sentimientos y una calidad humana formidables. Y su capacidad intelectual es admirable. Ade está considerada como una potencia en Historia, ¿supiste que le premiaron en la Universidad de Navarra su último libro sobre Notarías de la época de la Colonia?

—No, no lo sabía, pero lo que nunca se me olvidó fue que me "tronó" a Marcelita cuando le tocó de maestra en primero de Secundaria.

—Sí, así es Ade, pero hay que aceptarla sin grandes exigencias, y tratar de comprenderla, Marcela, mira, es la que menos tiene de las cinco, todas nosotras nos hemos casado, hemos tenido hijos, bueno Cata ya hasta nietecita, y Adelaida sigue igual.

—Pues para que veas, en eso tienes razón "darling", ahora, lo que dices de que ya una de nosotras es abuela, no lo propagues, nos van a echar más años encima y la verdad yo todavía me siento muy bien con mis floridos cuarenta "bis", ¡lo que pasa es que Marthita se casó como de dieciséis años, si fue un infanticidio!

—¡Ay Marce... Marce... eres incorregible!... pero en realidad debo decirte que lucas maravillosamente, estoy segura de que en la calle pasas tranquilamente por treintona, además, lo que sea de cada quien... sabes llevar la ropa y tienes una figura envidiable... casi podría jurar que de lejos te pueden confundir con Susana.

—¡Dios me favorezca "honey", yo sería incapaz de andar en las horrendas fachas de mi hija! Susie parece hippie, la última vez que la visitamos en Suiza casi me desmayé de la impresión, si te digo que esa muchachita va a acabar llenándose de canas verdes, y en cambio Milo está de lo más formal, es hasta demasiado serio, yo no sé a quién saldría ese chico, aunque ahora que lo pienso pues, como que empiezo a ver que salió igualito a ti de santurrón, a ver si no acabamos Carlos y yo con un curita en la familia... ¡y eso sí que sería el colmo, ¿eh?

—Pues permíteme que te diga que sería una bendición Marcela, no te bures, Emilio es un muchacho muy valioso y tanto tú como Carlos lo han tenido muy abandonado.

—¡Ay! no vayas a empezar otra vez con tus sermones "cousin", ¡y qué abandonados ni qué nada!, a ese par, mi "Morci" y yo les hemos dado hasta la risa: los mejores colegios en el extranjero, viajes, ropa, coches, lo que se les ha dado su "regalada" gana, lo que es tu sobrinita Susana me saca todo lo que se le antoja, ¿te acuerdas de aquella maravillosa cruz de platino con granates que mi "Morci" me regaló en desagravio de la vez que se me fue al Caribe con la patinadora del "Hollyday on ice", ¡sí mujer, acuérdate, te la enseñé, recuerda que te conté que "Morci" la consiguió en un bazar de Toledo y que le aseguraron que había pertenecido a Alfonso XII y que "dizque" tenía la historia de una maldición y

no sé cuántas "zarandajas", ¿ya te acordaste verdad?, ¡ah!, pues Susi me la "birló" y tranquilamente se la llevó a Suiza en las últimas vacaciones que estuvo aquí, la muy majadera tuvo la desfachatez de escribirme, "informándome" que se la había llevado porque le quedaba bien con un "huipil" oaxaqueño que se compró en el mercado de artesanías, ¿se te hace justo?, ¡es el colmo, de veras!

—Pues mira Marcela, dispénsame pero ese es el resultado de la educación que Carlos y tú les han dado, Luis es de la edad de Susana y ya vez, ha trabajado desde los...

—¡Ay Pili de mi corazón!, "Im sorry darling", pero tengo que colgar, es tardísimo y quedé de verme en el Hípico con Carlos y los Farías para comer, oye ¿paso por ti el jueves, o vienes por mí?

—Mira, mejor ven tú porque mi carro anda mal desde el rozón que me le dió Luisito la semana pasada, ya te contaré, pero no te entretengo, ¡Ah!, una última cosa, ¿Lola se irá con Cata?

—Sí, Sí, Lola me dijo que llegarían juntas, ella cree que Adelaida nos va a contar o que se sacó la lotería, o que va a sacar un nuevo libro, o algo...

—Bueno pues, ya lo sabremos ¿no crees? te confieso que me muero de curiosidad, pero ahora sí me despido, saluda a Carlos y hasta el jueves, no llegues tarde, ¿eh?

*

Adelaida nunca llamaba a sus amigas, eran ellas las que tenían que buscarla, y cuando la localizaban solía ser cortante y brusca; pero a pesar de todo, las cuatro la querían, su adolescencia y su temprana juventud estaba llena de recuerdos. Sentían por Adelaida una especie de ternura, por no decir lástima, ya que era difícil aceptar un sentimiento así hacia una persona que profesionalmente había triunfado. La reconocida historiadora difícilmente podría pasar inadvertida. Alcanzaba el metro ochenta y tres de estatura, obviamente no se ponía tacones. Usaba un modelo austero de mocasines siempre café oscuros o negros; las faldas solía usarlas demasiado largas y su ropa, pues era limpia, decente, casi constantemente oscura y de una sobriedad espartana. Adelaida olía a jabón, pero nunca había intentado en el rostro el menor retoque de artificio. Tenía muy mal cutis porque de pequeña había padecido viruelas y éstas le habían dejado marcas que se agravaron con las de un terrible acné ya desaparecido. Era esquelética, la ropa parecía quedarle siempre mal, a causa de una especie de joroba que se le había formado por caminar agachada, tal vez tratando así de parecer más baja. Su cabello era francamente ralo, lacio y normalmente lo usaba con un corte tipo "príncipe valiente", nada favorecedor para su carita pequeña. Adelaida padecía además de una avanzada miopía que la obligaba a llevar lentes con cristales de bastante graduación. Justo es decir también

que Adelaida poseía unos dientes blanquísimos y casi perfectos, por lo mismo, era poseedora de una muy agradable sonrisa, desgraciadamente que casi nunca utilizaba porque su carácter dejaba mucho qué desear. Adelaida había sido una joven llena de complejos y éstos no se habían quedado estáticos en su madurez.

*

Cata, Lola, Marcela y Pilar habían continuado la amistad que las había unido desde chiquillas; se reunían periódicamente a desayunar; primero en el Sanborn's de Madero, luego en el de Lafragua y hacía algunos años, en el de San Angel. Pilar decía, que en "ninguna otra parte hacían igual las enchiladas suizas", y Lola afirmaba que el café era excelente allí. Durante algunos años Adelaida fue notificada oportunamente de las reuniones, pero jamás se presentó. En el último desayuno (como en casi todos los demás) se habían hecho recuerdos de ella porque, a pesar de su indiferencia todas guardaban para ella un sentimiento de afecto y hasta ternura. Aquel día, Pilar hizo un comentario inusitado.

—Sí, fíjense que un día, hace ya tiempo, Adelaida llegó de visita a la casa, me dejó extrañadísima; en el rato que estuvo, para no variar la que platiqué fui yo. La noté más seria que de costumbre, y también, exageradamente delgada; me comentó que estaba en una dieta macrobiótica que le habían recomendado unos yoguis para su cutis pero que no le había resultado. Como de costumbre me regañó por mi exceso de peso y a pesar de su consuetudinaria aspereza, comprendí que casi era cariñosa conmigo. La noté desalentada, triste... Luisito estaba chiquillo, y llegó a enseñarle un avión que estaba armando y aunque casi no habló, sentí que lo miraba con dulzura y vi cómo lo seguía con los ojos cuando se despidió. Yo acababa de recibir una hermosísima imagen de la Guadalupana en un lienzo del siglo XVII, herencia de mi padre, y restos de la Hacienda que como saben perteneciera a mi familia en un tiempo. Adelaida, conocedora y amante del Arte, recuerdo que se quedó admirando el enorme cuadro arrobada.

—¡Qué bella! —me dijo— y qué bonito debe ser el sentir que tiene el poder de ayudarte, eres afortunada en tenerla Pilar, sí, en tenerla y en creer en ella.

—Aproveché el momento anímico y empecé a sugerirle que me acompañara a escuchar las conferencias bíblicas que impartía el Padre Pereira en el antiguo colegio de las Damas del Sagrado Corazón. Yo pensaba que tal vez era la oportunidad para encontrar la rendija por la cual pudiera colársele un rayito de Fe. Empecé a hablarle sobre la erudición del maestro, sus viajes, sus libros, lo bien que describía la época, las semblanzas que hacía con el mundo actual, en fin, creo que me exalté y no pare de hablar en un largo rato. Ella me escuchaba (según su desas-

trosa costumbre) mirando hacia la ventana y con una semisonrisa burlesca. Por fin se volvió y con su brusquedad habitual me dijo:

— ¡Ya! ¡ya, Pilar! ¡No te posesiones de tu papel de misionera! Ni ahora ni nunca aceptaría yo perder el tiempo para ir a escuchar las sandeces de un curita antidiluviano y retrógrada, que, además, pretende saber de historia... Ya me han llegado noticias de tu "famoso Padre Pereira" y de las desbarradas que da, me extraña que alguien con grado académico como tú, se haya dejado envolver, aunque no, mirándolo bien ni me extraña, si ya me acuerdo que tú eres "mocha" de solemnidad y estando de por medio cualquier cosa que te huelva a santurronería aceptarías cambios hasta en el Quijote.

Adelaida se despidió inmediatamente y volvió a pasar muchísimo tiempo para que volviera a saber de ella, y la verdad hasta ahora recuerdo el episodio, y es que como dice Lola con su inigualable sentido del humor, nuestra amiga es casi casi "la jirafa del Sputnik", ¡parece como cada diez años!

CAPITULO XIV

EL JUEVES 16 de junio llegó Marcela por Pilar a tiempo, contra su costumbre. Elegantísima como siempre, en un traje sastre blanco, de lino, la blusa de chiffón negra, hasta el cuello y un collar bellissimo de marfil con pequeños elefantes que había comprado en su último viaje a Oriente. La rubia y rizada melena de su juventud había dado paso a un cabello cenizo en un corte muy moderno. Marcela seguía siendo una mujer muy bella, tal vez hasta más refinada que cuando destacaba en los bailes de Ingeniería. Era una real dama en toda su plenitud, una de esas afortunadas mujeres "sin edad", no había semana que no saliera en algún periódico en las notas de sociedad y a Carlos todo el mundo le decía: "el ísimo" (guapísimo, riquísimo y "sinvergüencísimo"). Carlos era, efectivamente, un irremediable "don Juan", Marcela primero sufrió, pero después, al cabo de los años, llegó a acostumbrarse a los devaneos continuos de su marido. Habían enviado a Emilio a estudiar en la Universidad de Cornell, cerca de Nueva York, un año después que Susana llegó a Suiza, y los dos muchachos tenían ya varios años fuera. Llegaban solamente unos días para las vacaciones de Navidad, y, cuando pasaban más tiempo, tanto Marcela como Carlos sentían como que les estorbaban un poco en sus innumerables actividades. Habían tenido una tercera hija: Renata, un adorable diablillo rubio de nueve años que prometía ser una figura del Ballet y cursaba el tercer año en uno de los mejores colegios capitalinos. Huelga decir que el dinero para los Montesinos era como un manantial inagotable.

Pilar era gordita, seguía tiñéndose el cabello de rubio, exactamente del mismo tono que tenía de niña. Era una mujer bien arreglada, de risa pronta y mente ágil que seguía felizmente casada con Paco Artesa quien la adoraba. Hubiera querido tener muchos hijos pero solo habían logrado uno, Luis, un muchachote sano y robusto que se había convertido en la niña de los ojos del matrimonio Artesa. Tenían una posición bastante desahogada y en realidad, Pilar seguía siendo casi la misma que cuando estaban en el colegio.

Tan pronto como Pilar se sentó junto a Marcela comenzó, como siempre, a quejarse de que no había conseguido la talla que quería y se había tenido que comprar un vestido que no le acomodaba. En realidad poco se le veía, pues Pilar llevaba una gabardina beige fina y de buen corte que la estilizaba, pero como de costumbre, Marcela no llegó a convencerla de que se veía bien. Al poco rato llegaron al austero y sólido bloque de edificios donde vivía Adelaida y estacionaron el Galaxie frente a la gran verja pintada de verde. Al bajarse del coche, las dos primas vieron cómo Lola frenaba su Datsun tocando insistentemente el claxon para que el portero abriera las enormes puertas. Pocos minutos antes, Marcela comentaba que los conserjes de edificios como aquél, nunca querían dar paso a automóviles que no fueran de los inquilinos; pero el que Lola entrara tranquilamente no les extrañó. Lola conseguía todo lo que se proponía.

Lola acababa de cumplir cuarenta y dos años pero se veía mayor. Era alérgica a los tintes de cabello y tenía ya muchas canas, pero su cutis lucía aún fresco. Era una mujer alta, de tipo atlético y piel aceitunada en un rostro muy agradable. Lo primero que llamaba la atención de ella eran sus ojos verdes y expresivos. Nunca fue rica pero tenía el don de saber llevar la ropa. Era una mujer guapa y distinguida, de voz grave y risa juvenil y contagiosa. Llevaba ese día un blazer azul marino, falda escocesa, blusa blanca y el cabello recogido con un chongo en un conjunto armonioso.

Armando había sido un buen marido y los dos se amaban como el primer día. Dedicados a la Filatelia tenían una posición acomodada y sólo tenían un hijo, el vivo retrato de su padre: un chico bien plantado e inteligente por el que bebían los vientos: Gerardo.

Cata que acompañaba a Lola aparentaba a lo sumo 33 años. Tenía una figurita esbelta y ágil, tímida, dulce y de voz suave, Cata daba siempre una sensación de paz. Tenían dos hijas: Marthita, casada a los 18 años como su madre, quien les había dado ya una nieta, y Rocío, parecidísima a su madre, de diez años. Felipe les decía "mis patitas", y así las conocían todos. Tenían ya 23 años de casados y se podría decir que habían sido felices. Cata se había convertido en el ejemplo clásico del ama de casa, famosa por sus artes culinarias y por sus trabajos manuales. Felipe era un hombre recto, autoritario, hospitalario y bromista como buen hijo de españoles y que tan pronto soltaba carcajadas como gritos

que Cata oía ya, como quien oye llover y no se moja. Y Cata lo hacía primero porque sabía que los exabruptos de su marido tan pronto aparecían como se esfumaban y segundo, porque todo en Cata era templanza. Tenía una cara regular, una figura regular, vestía lo adecuado para no llamar la atención, usaba el mismo corte convencional de cabello desde hacía por lo menos doce años, con el mismo tono castaño discreto. Su color de ojos era indefinido claro y podría describirse como una mujer pasiva. Sus estudios nunca habían sido brillantes y Cata no leía más que recetas de cocina, revistas de decoración o libros de tejidos.

Su hogar era acogedor y perfecto, tenían buena posición económica y Cata resultaba una amiga maravillosa y comprensiva siempre dispuesta a ayudar a escuchar. Al lado de Lola hacía un definitivo contraste, porque apenas le llegaba al hombro, pero era su andar tan juvenil y armónico que tal vez por detrás podrían haberla tomado por la hija.

La tarde estaba hermosa, había caído una breve llovizna y el ambiente olía a tierra húmeda. Las cuatro amigas fueron caminando cada vez más aprisa al encuentro.

Las cuatro se abrazaron con el mismo cariño fraternal que las uniera desde hacía tantos años, siempre era igual: se florecían los vestidos, los abrigos, las bolsas, se repetían el gusto que les daba verse, se decían pequeñas mentiras blancas acerca de lo bien que lucían y se atropellaban unas a las otras preguntándose por los hijos y los maridos. Curiosamente en ese grupo, el alboroto por encontrarse era sincero, el interés de unas hacia otras, real; podían dejar a medias una conversación iniciada muchos meses antes y reanudarla con toda facilidad. Estaban unidas.

Caminaron sin dejar de hablar animadamente por entre las vereditas empedradas hasta llegar al edificio correspondiente al departamento de Adelaida. Subieron unos cuantos escalones y tocaron el timbre agudo de la puerta. A los pocos momentos les salió a abrir una sirvienta muy limpia con un delantal blanco cuidadosamente almidonado quien las pasó a un pequeño vestíbulo encerado que tenía como único adorno un paraguero antiguo y una hermosa maceta de mimbre con un helecho, después llegaron hasta una sala agradable compuesta por dos sillones unidos y un par de poltronas estilo "early american" en tonos marrón y beige. Cada poltrona tenía su respectiva lámpara metálica de pie al lado. Todo aquello daba a un gran ventanal hacia los jardines del conjunto de edificios. Cortinas claras, tapetes buenos, un cuadro enorme de una marina muy bien lograda y un gigantesco librero atestado de tomos bien encuadrados. En una esquina un carrito de servicio con cinco tazas de porcelana blanca, colgaban de un armazón de latón (que seguramente habría traído Adelaida de alguno de sus viajes), una tetera humeante, se escuchaba una parte de los "Conciertos de Branderburgo", de Bach, procedente de una bocina semioculta. Un hermoso

biombo de laca pintado, posiblemente chino, dividía aquella estancia con un comedor más bien pequeño y sobrio, aunque encima de la mesa y sobre una carpeta antigua había un brillante florero de plata con un ramo de margaritas frescas. Eran alrededor de las cinco y la tarde estaba preciosa. Súbitamente, la presencia de Adelaida las enmudeció.

CAPITULO XV

—¡VAYA!, POR FIN tengo aquí a las cuatro y casi casi con la boca abierta ¿verdad? ¿a ver? ¿a ver?, ¿qué les pareceo?

Adelaida empezó a darse vueltas ante los azorados ojos de sus amigas al mismo tiempo que reía con carcajadas secas y burlonas. Definitivamente, estaba jactándose de su notorio octavo mes de embarazo.

—¿Qué te parece mi batita Marcela?, es modelo "exclusivo" de la "Cigüeña feliz" y me costó carísima, ¿verdad que estoy elegante? y a ti, Lola ¿cómo se te hace mi estado "fuera de la ley"? ¿aceptarías defenderme?

Adelaida se contoneaba con una risa sardónica gozándose de las asustadas expresiones de sus amigas, se acercó también a Cata que estaba ya casi haciendo pucheritos.

—¡Ah! "La dulce Cata" ¿no piensas en hacerme un "baby shower" como el que le hiciste a tu Marthita? ¡Vaya, vaya!, ¡si aquí está la "catoliquísima Pilar!, dime querida, ¿qué supones que haría la "Liga de la Decencia" si supiera que estás en la casa pecadora de una horrible madre soltera eh? ¡Uy, uy! ¡Pero qué caras tan compungidas de las cuatro!, óiganme, pero si parece que están en un velorio, ¡y es todo lo contrario!, de veras, ¡todo lo contrario! creo que desde que me recibí, no me había vuelto a sentir tan contenta, a ver, ¡Salustia!, tráigame por favor la botella que tengo enfriando en el refrigerador y la charola de copas que dejé sobre la mesa de la cocina, ¡vamos a brindar muchachas, vamos a brindar por mi triunfo!, oigan pero qué cosa, jamás las había visto tan calladas, ¡ni siquiera en los exámenes. La voz de Adelaida se hizo dura y cortante. Sí queridas, en los exámenes, cuando una a una, mis cuatro encantadoras y admirables amigas iba indefectiblemente pidiéndome que les soplara, ¡para eso sí que era buena la "pobre" de Adelaida! ¿verdad? Adelaida pareció animarse nuevamente aunque sin dejar su tono zumbón y desagradable. —Bueno pero, aquí está ya la champaña, ¡y que conste que no es sidra! ¿eh? es "champaña" Marcela. "Dom Pérignon extra brut", ¿o no es esa la mejor según tu sibarita marido? Hmmm, vamos a ver, ¡ah sí!, Lola, creo que tú eres la más fuerte, bueno, al menos físicamente, ven, por favor, ayúdame, ¡Ah!, pero qué cara mujer si esto no se pega, ¡vaya! te cayó el corcho Pilar, a ver si no le das un susto a Paco, un "santanazo" lo tiene cualquiera, ¡hasta la "pobre Adelaida"!

No crean, nunca falta un "roto para un descosido", el jorobado de Notre Dame tuvo sus "amorcitos" y King Kong también se robó a una muchacha, no, no me interrumpas, esta tarde YO tengo las cartas sobre la mesa y por UNA VEZ van a oírme hasta el final—. Adelaida caminó tranquilamente hasta el comedor y arrimó una silla frente a sus amigas que se apretujaban horrorizadas unas a las otras quizá tratando de alcanzar algo de calor en aquel ambiente helado.

—Ustedes pensaron que, por la coraza defensiva que logré colocarme, las cosas no me afectaban ¿verdad?, ustedes simplemente dieron por hecho que mi papel en la vida se reducía al de una simple espectadora amorfa que paga su boleto de entrada al teatro del destino con su cuota de estudio y trabajo a precio de inflación, ¡y no, queridas!, aunque ustedes nunca me tomaron en cuenta, yo también "sentía". Yo he visto pasar el desfile de sus años que curiosamente coincidían con los míos, pero con una diferencia congeladora, porque mientras ustedes estrenaban vestidos vaporosos o cortes de cabello y charlaban acerca de si se deberían poner en las muñecas o en las corvas la última fragancia de "Guerlain" para cautivar al chico "que había resultado favorecido" para que las llevara a la fiesta del sábado, yo me enroscaba a los pies de la cama con un libro que pudiera taparme bien el rostro para que, mientras trataba de aprenderme de memoria las fechas de la Revolución Francesa o de la muerte de Lord Byron, no se notaran los sollozos que, contra mi voluntad se me escapaban cuando en la boca del estómago me llegaban los espasmos de rabia impotente al imaginarlas bailando de "cachetito" al compás de la orquesta de Agustín Lara o de Luis Arcaraz, "Blue Moon" o "Frenesí". ¡Me enervaba no poder librarme del sonsonete de aquellos ritmos estúpidos, como los del famoso "Bobo de la Yuca" o "El Alacrán".

Yo me repetía una y otra vez que estaba por encima de dichas sandeces, que ustedes eran unas malditas niñas bobas, que el estudio era lo más importante para llegar a triunfar, que ustedes estaban perdiendo el tiempo, pero casi en seguida, volvía a visualizarlas embarradas en sus galanes copetones oliendo a lavanda, girando con sus faldas de ballerina en los encerados pisos de baile atestados de juventud alegre. . . ¡y las condenadas lágrimas volvían a salir una y otra vez!, ¡qué demonios!, a mí también me daban deseos de bailar piezas románticas o de contonearme con el "Mambo" o el "Cha-cha-cha". ¡Yo podía bailar tan bien como ustedes, pero a mí, nadie me invitaba! ¿De qué me valía que se me fuera el sueño pensando en Felipe, en Rubén, en Diego, si para lo único que se me acercaban a mí era para pedirme los resultados del último examen? Así ví pasar, como en el cine, sus respectivas fiestas de quince años a cual más de cursis— con sus nubes de hielo seco y sus catorce chambelanes con trajes de etiqueta alquilados y caras de idiotas. ¡Sí!, ¡claro que me invitaban!, ¿cómo podían no hacerlo si yo era su "sopladora oficial"? sin embargo, sólo asistí a una. . . a la tuya, Marcela. Te veías

preciosa con aquel vestido lila pálido imitando a uno que había sacado Jane Powell en la película "Camino a Río", sólo que tú eras más bella aún. Rifaban los discos de Carmen Miranda, Charles Trenet y Xavier Cugat estaba en su apogeo con su "Beguin the Beguin". No, si no se crean, yo también sabía de artistas y leía revistas, pero nunca lo confesé.

Pues bien, el día de la fiesta estrené un vestido color de rosa que me fué a comprar mi madre al centro; por supuesto dos tallas más grande, porque los demás me quedaban demasiado cortos, tuvieron que hacerle algunas pinzas y el "modelito" quedó con un toque "chocantemente infantil" pero estaba bonito. Me compraron en el "Borcegui" por primera vez unos zapatos de "tacón muñeca" y la flacura de mis brazos se disimulaba un poco con los guantes largos. En fin, a instancias tuyas, Pilar, me hice un ondulado permanente, que por cierto quemó el poco cabello que tenía, pero era la moda. Tú fuiste a mi casa, Lola, y me llenaste la cara de maquillaje, dijiste que "así se usaba", pero yo bien sabía que sólo tratabas de que disimulara mis cicatrices de viruela y acné. Cata me llevó un "esharpe" para que lo usara de salida de baile, y conseguí que Victorino me llevara. Sí, la fiesta estuvo lindísima, nadie paró de bailar, bueno, nadie salvo yo, por supuesto, aunque, ¡miento!, ahora recuerdo, sí, bailé una pieza, el "Tico-Tico" y nada menos que con el hombre más espectacular de la reunión, ¿no adivinan? ¡pues con Don Sigfrido Wagner, aquel profesor de Algebra, ¿se acuerdan? ¡cojo, jorobado, casi ciego y por lo menos de sesenta años!. ¡Ah!, pero eso sí, "más alto que yo". Por cierto me dijo, con su acento gutural casi incomprensible que "aprovechaba para pedirme que le ayudara a cogger unos exámenes".

Así fueron sucediéndose los años. Fui espectadora del desfile de sus novios, de sus pretendientes, de sus interminables relaciones de "Gallos", pleitos y "contentadas". No las culpo, nunca lo hice, comprendo que cuando se es feliz, también resulta fácil ser egoísta. Ustedes se acostumbraron a ver en mí simplemente un buzón al cual, de repente, se le prende un foco con respuestas difíciles de localizar en un libro, o una "chaperona" muy a la mano, para cuando no había quien quisiera acompañarlas. Aparecieron poco a poco sus futuros maridos, luego los "showers" con sus cursis corazoncitos, las ramplonas regaderitas con sus moñitos rojos, los rodillos escritos llenos de sandeces, los chistes repugnantes, a veces creía que ya no tenía estómago para tanta estupidez, pero allí estuve, aguantándolo todo.

Catalina desfiló primero, tan chiquilla que parecía de Primera Comunión, al año el famoso "baby shower", no, ya no asistí, ya no tenía humor de soportar sus "cursiladas". ¡Ah!, pero cuando no iba, enviaba religiosamente mi aportación, siempre lo hice, ¡eso no podrán tachármelo nunca!

Luego se casó Pilar y casi en seguida fue la rumbosísima boda de Marcela en la Hacienda de Vista Hermosa, con ochocientos invitados, ¡jamás olvidaré aquel derroche espantoso!

Al final, solo me quedabas tú, Lola.

Curiosamente, al recordar cuánto pensaba que sufría en mi niñez, luego en mi adolescencia y después en mi primera juventud, sonreía concediendo que fueron épocas tranquilas en las que casi logré momentos buenos.

Lola empezó a estudiar Derecho, su segunda carrera porque según me decía, "no quería quedarse de maestra", mientras yo estaba terminando mi tesis. Tanto Lola como yo sentíamos (porque lo habíamos comentado), que ustedes se nos habían ido demasiado pronto; de hecho, ya casadas, no las teníamos casi nunca a nuestro lado y había sido tanto tiempo, tantas horas de convivencia continua que, la verdad, añorábamos los años pasados.

Lola y yo nos veíamos con bastante frecuencia, nos reuníamos a estudiar, no como antes, claro está, pero nos veíamos, íbamos a comer a Prendes, ¿recuerdas Lola?, al cine, a conferencias, a la Fonda del Sureste, las dos vivíamos rodeadas de libros. Confieso que en esa época, hasta llegué a ilusionarme con la posibilidad de compartir contigo Lola, un departamentito, dividiéndonos los gastos, claro está. Tu familia ya se había regresado a radicar definitivamente en Guadalajara y tú estabas con una tía lejana que incluso llegaste a comentarme que no te simpatizaba. Yo, pues me sentía muy sola, sin embargo, empezaste a noviar con Armando y ya no me atreví a decirte mis planes. Ya para entonces mi madre vivía con mi tía Amelia en Querétaro. Por cierto que, como si hubiera vivido conmigo porque nunca nos llevamos, nunca llegó a perdonarme que le saliera "tan grande y tan fea"; es más, recuerdo que de chica, cuando alguien le sugería que yo tenía algún parecido físico con ella, de inmediato y como movida por un resorte contestaba secamente que no, que a la que me parecía era a mi abuela paterna, "quien por cierto había hecho de su vida un infierno". No le gustaba presentarme, pero cuando inevitablemente alguna de sus amigas me veía comentaba con ellas la desgracia de que su única hija mujer le hubiera salido tan "caballoncita la pobre", pero luego empezaba a ponderar la gallardía y apostura de Victorino. El se fue de México casi al mismo tiempo que mamá, ambos para nunca volver.

Yo me entregué de lleno a mi carrera, a la Historia que el gran Herodoto llamó "Maestra de la vida", y que sin embargo a mí, me la mostraba muy limitada. Los libros llenaban mis horas, ellos nunca me defraudaron, siempre me han abierto los brazos y las ventanas hacia un mundo fantástico, interesante, que me transporta hacia regiones increíbles, los libros en fin que siempre me han asegurado que el espíritu no tiene cara, ni peso, ni estatura, ni límites.

Salí de la Universidad con la calificación más alta y mi tesis fue laureada, pero no recuerdo más festejo que los apretones de manos de mis maestros, invité a mi madre pero no pudo asistir porque la fecha coincidía con la de un "té canasta" con el que se había comprometido. Poco

después falleció en Querétaro. ¡Pobre madre!, creo que ella hubiera sido muy feliz si me hubiera parecido a Cata por ejemplo, sí, tal vez si yo hubiera sido como Cata, mi madre hubiera sido una "muy buena madre".

Mentiría si les dijera que sentí mucho su muerte, no, la verdad casi me resultó indiferente. Empecé a estudiar más, el estar ya sola me servía de acicate, obtuve la maestría y por fin, el doctorado; con él, un sinfín de oportunidades. Viajé mucho, siempre acompañada por mi novio "soledad". Adelaida soltó una risa amarga y triste. —No, definitivamente se me negaban los romances y lo trágico era que en el desconocido fondo de mi "ego" yo ¡era romántica!

Cuando te casaste Lola, me sentí más sola que nunca porque empezaba a vislumbrar lo que serían mis años futuros. Soy poco expresiva, Cata, quizás por eso no te percastaste de que me enamoré de tus cuatitas. Recordarás que en aquella época te visitaba a menudo con cualquier pretexto, ¡tus bebidas eran tan hermosas! Sobrevino la tragedia espantosa de tu Caty, estabas tan mal, tan abrumada que me pasaba las tardes en tu casa ayudándote con Marthita.

Un día, la víspera del de Madres, estaba yo de visita, recuerdo que te instaba a volver a entrar a la Universidad, tenías una buena nana y necesitabas distracción, además, sólo te faltaba un año para terminar la carrera, tú me alegabas el trabajo de la casa, el cuidado de la bebé, lo quisquilloso de tu marido, en fin, no te convencí, Marthita se te acercó, estaba preciosa con un vestido azul bordado y en toda la magnificencia de sus dos añitos balbuceó:

— "Mamita, ¿las "bujas" son feas?"

— ¡Ay sí mi cielo, son horribles! le contestaste sonriendo y sin darle importancia a la pregunta; en seguida te llamaron por teléfono y me dejaste sola con la chiquita. Yo empecé a sentir una desconocida oleada de ternura, torpemente me le acerqué y traté de acariciar con los dedos su cabecita llena de rizos suaves. ¡Ese momento quedó para siempre fijo en mi memoria! Marthita, volviendo hacia mí la mirada de sus enormes ojos en los que sorprendí un destello de terror me dijo, alejándose, y con toda la artera y cruda veracidad de los niños:

— "Oye tía Ade, ¿tú eres "buja"?"

Ese fue el motivo por el cual dejé de visitarte Cata, ¡amaba demasiado a tu hijita como para arriesgarme a asustarla!

Y no quise tampoco aficionarme a visitar sus hogares porque, sin menoscabó del cariño que les he tenido sentía, perdonenme, que me hacía daño su felicidad porque notaba que al regresar a mi departamento, lo encontraba inhóspito y más frío que nunca.

SENECA DECÍA: "Si quieres vivir para ti, debes vivir para los demás." Así que yo llené mi vida con clases y conferencias, desgraciadamente, los días eran cortos y las noches demasiado largas. Muchas veces me sorprendía la madrugada con los ojos húmedos de rabia, de impotencia, de soledad. Una terrible soledad porque me sentía tan vacía que era terrible el convivir conmigo misma. Yo me asomaba a mi pasado en la tristeza de mi presente, y cuando me acercaba al brocal de lo que podía ser mi futuro me paralizaba de terror, porque lo comparaba con un pozo negro, abismal, profundo, sin esperanzas.

Sin embargo un día, encontré en el banco a un antiguo alumno, estaba de cajero y mis diligencias comenzaron a activarse. Los depósitos, los cheques, los pagos, se me solucionaban inmediatamente gracias a la ayuda de aquel muchacho. Jacinto Creel era amable, más alto que yo, con arrugas prematuras y unos dientes chuecos y manchados por el tabaco. Estrábico y con una nariz que resultaba impresionante. Nunca fue buen estudiante, es más, recuerdo que estuve a punto de expulsarlo de un examen final por copiar; no lo hice porque me dejó azorada el verlo derramar lágrimas como huevos de paloma, me repugnó porque ya para entonces era un chico como de 18 años. Jacinto parecía haber mejorado desde la época estudiantil, obviamente no había logrado mucho, su inteligencia no daba para más; pero se vestía correctamente. Se había dejado crecer un bigote rojizo que desviaba un poco la atención de su nariz y había perdido un poco aquella melena desaseada y larga que yo recordaba; al menos llevaba un buen corte que le hacía más amplia la frente.

La verdad es que Jacinto se deshacía en atenciones para conmigo; no cesaba de repetirme lo agradecido que me estaba por haberle salvado aquel examen, gracias al cual, pudo obtener su diploma de bachillerato. Se fijaba si es que yo estrenaba sweater o falda y floreaba la novedad. Un día se me ocurrió cambiarme la raya del cabello hacia un lado, medio cubriéndome la cara y me dijo que le daba yo un "aire" a Verónica Lake.

Aquella tarde, busqué ansiosamente en el periódico donde exhibieran alguna película de dicha artista y me lancé a un cinucho de barriada por allá por la Calzada Ermita Iztapalapa, con riesgo de perderme. Al regreso, estuve a punto de chocar dos veces, no lograba concentrarme, me sentía como entre nubes y un cierto cosquilleo difícil de explicar me hacía percibir un agradable calorillo interno.

Buscaba pretextos para ir diario al banco. Las palabras que cruzaba con Jacinto llenaban mi día, las deletreaba, las analizaba, las paladeaba, las repetía una y otra vez, ¡me gustaba! No pensaba más. Me daba miedo llegar a ilusionarme pero... ¡era tan agradable el desear saludar a una persona! El sentir que un hombre podía fijarse en una un poco, un poco, como mujer. Jacinto empezaba a parecerme extraordinariamente varonil. Un día llegué al banco temblorosa por la excitación que

me producía mi atrevimiento, ¡llevaba escondida una pequeña grabadora! ¡Toda la noche estuve escuchando su voz! ¡Voz ronca, deliciosa, que sonaba a música! —"Despide usted un aroma delicioso, doctora Pérez Gómez", "oiga... ¡pero qué bien le sienta el color gris!", "qué hermosos dientes tiene usted, doctora, ¡y qué blancos!" ... "el timbre de su voz es maravilloso, doctora Pérez Gómez".

Una semana después Jacinto me invitaba a tomar un café. Estuvimos toda la tarde, me habló de su infancia en Toluca, de la cremería de su padre, de sus borracheras y malos tratos que lo forzaron a arrojarse en casa de unos tíos aquí, en la Capital. Me habló también de su ilusión por estudiar contaduría y de cómo, con grandes esfuerzos consiguió entrar en la Escuela Bancaria Comercial al mismo tiempo que logró su primer empleo como agente de "Talleres Carranza", una compañía que se dedicaba a la importación de sierras eléctricas. Se acababa de cambiar a un cuartucho de azotea por la Colonia Guerrero porque su tía lo había corrido de su casa inventándole que enamoraba a una prima suya que había salido embarazada.

En el trabajo conoció a un grupo de muchachos que bebían mucho, y una noche, mal aconsejado y ebrio, los acompañó a robar la caja de ahorros de la Compañía. Por supuesto los agarraron y Jacinto no tardó en conocer los siniestros recintos de Lecumberri.

A los seis meses salió aterrorizado y jurándose a sí mismo no volver a incurrir en ningún delito. Regresó a Toluca y su familia lo desconoció totalmente. A sus tíos de la Capital ya no volvió a buscarlos. Anduvo casi muerto de hambre una temporada hasta que el hada fortuna lo hizo toparse con un compañero de la Preparatoria (por cierto alumno mío también) quien resultó ser nada menos que el hijo mayor del Director del banco. Jacinto le relató a su amigo lo que hasta entonces había sido su vida y el muchacho, compadecido, vio la forma de hacerlo entrar a trabajar sin tener que presentar su carta de antecedentes penales.

Jacinto me conmovió, lo insté para que regresara a la Escuela Bancaria, y para mi satisfacción ocho días después me pedía que lo acompañara a inscribirse.

A partir de ese día del café, Jacinto se convirtió en mi compañero inseparable. Era correcto, respetuoso, parecía siempre atento a mis palabras, y casi podría decirles que se mostraba galante conmigo. Solicitó una copia de mi tesis, quiso que se la dedicara, se interesaba en leer mis escritos, asistía a mis conferencias y parecía ávido de conocimientos. Me repetía constantemente que lo que más admiraba en una persona era la inteligencia.

Mire usted doctora —me dijo un día—, la cara de una mujer vale oro, el cuerpo vale plata, ¡ah! pero la inteligencia, ¡vale platino!

De día en día Jacinto iba adentrándose en mi corazón virgen y hambriento de afectos. Yo iba descubriendo un mundo maravilloso de sen-

saciones desconocidas: "espectación", "alegría", "angustia", "éxtasis", "ilusión", ¡todo se amalgamaba recorriendo mis terminales nerviosas en un juego indescriptible!

Jacinto se limitaba a tomarme tímidamente la mano, o el brazo al cruzar una acera, pero yo interpretaba cada movimiento como un signo que me penetraba llenándome de luces. Un día me invitó al frontón, otro al fútbol, fuimos luego a un ciclo de conferencias sobre Kafka en la Facultad de Filosofía y Letras, aunque estoy segura de que Jacinto no las entendía. En otra ocasión me invitó a cenar a "La Gran Tasca", allí bebimos vino en un porrón, cantamos, en fin, que llegué a sentirme en el paraíso; yo nunca salía a restaurantes en la noche, ni siquiera cuando viajaba y ciertamente pienso que la palabra "diversiones" había estado velada para mí hasta que conocí a Jacinto.

Debo advertirles que él y yo nunca cruzamos una palabra de amor, pero ¡no era necesario! Nuestras almas se comunicaban y se fundían. Constancio Vigil decía que: "amar, es sólo cambiar el alma de domicilio". ¡La mía ya había efectuado esa mudanza!

Desde que lo vi por primera vez en el banco, el mundo había tomado un giro nuevo y desconocido para mí, ¡la vida me sonreía por primera vez!, ¡quería saltar, reír, cantar, ser generosa! Una mañana compré un frasco de "Shalimar", otra, un tarrito de maquillaje, ¡me estaba volviendo coqueta! Aquellos tres meses con Jacinto significaban más, mucho más que toda mi existencia!

Jacinto un día me platicó, lleno de entusiasmo, que lo habían ascendido a "ejecutivo a cuenta". Me invitó a cenar a "Prendes", y ya en los postres me confesó que nuestra amistad le traía suerte y que "deseaba que perdurara toda la vida". Ese día y el siguiente me sentí como flotando entre nubes de algodón, ¡fue maravilloso!

Diez días después, Jacinto me llamó por teléfono preguntándome si podría visitarme en mi departamento. El no lo conocía aún y yo me sentía ya en el clímax del entusiasmo. Me arreglé lo mejor que pude, estrené un vestido carísimo, me perfumé, puse música suave, llené el departamento de flores y puse a helar una botella del mejor vino blanco que encontré. Los minutos se me hacían eternos, cuando tocó el timbre de abajo no pude resistir la tentación de asomarme a la ventana, ¡no lo hubiera hecho!, mis sueños románticos se desmoronaron. Jacinto estaba desarreglado, sin rasurar, despeinado, jadeante y pálido. Sin saludar se dejó caer pesadamente en uno de los sillones y con voz quebrada empezó a decirme que había autorizado un cheque a un cliente muy importante (del que ya en alguna ocasión me había hablado con admiración). Se trataba de un señor Andorra quien en ese momento no tenía fondos suficientes. Cuando le pregunté ¿cómo? y ¿por qué? se había atrevido a asumir tanta responsabilidad, me contestó susurrando que "no sabía qué le había pasado, que por primera vez en su vida se había sentido temerario, dispuesto hasta a la extorsión si era preciso". Sa-

bía que con aquel hecho se ganaba la confianza y la estimación de su cliente que era persona solvente y "la verdad", dijo, es la primera vez que tengo una ilusión. "Me siento profundamente enamorado. Sin embargo, la mujer objeto de mi amor, está muy por encima de mí y he querido ofrecerle algo, algo, antes de atreverme a pedirle que sea mi esposa". "Pero —continuó Jacinto con la cabeza baja—, mi destino es adverso, ¡todo me ha salido mal! El señor Andorra se ha ausentado de México y estará todavía un mes más en Europa y yo tengo "balance" en el banco, "cierre de ejercicios" y forzosamente tengo que depositar el dinero del cheque que autorice porque si no lo hago, el Departamento de Auditoría Especial descubrirá inmediatamente que tengo antecedentes penales y no solamente perderé el puesto, sino la oportunidad de ingresar en ninguna otra Institución. Por otra parte, además de echar por la borda el prestigio que tanto me ha costado obtener, la policía no dudaría un instante en encarcelarme sin más averiguaciones". Cuando Jacinto terminó de hablar, las lágrimas mojaban ya la gabardina arrugada que no se había quitado. Era un jueves 29, Jacinto tenía que depositar el dinero ni un minuto después de las doce del día el viernes 30.

Creo que no necesito decirles que solucioné su problema dándole la suma que necesitaba sin preguntar más.

Era prácticamente todo lo que tenía en mi cuenta en ese momento y el producto de muchos años de trabajo intenso. ¡Nada me importó!

Jacinto se me arrodilló, me besó las manos sollozando, me aseguró que jamás olvidaría, que yo era su Ángel Guardián, su Hada Bienhechora y no sé cuánto más.

No volví a ver a Jacinto. Yo esperaba que me buscara ese fin de semana, no lo hizo y lo achaqué a su estado emocional. El lunes fui temprano al banco y no lo vi. Aunque les parezca increíble, yo desconocía tanto el domicilio como el número telefónico del muchacho. Pero me repetía constantemente que no había motivo de preocupación, era probable que tras la terrible angustia, sobreviniera una relajación por la que hubiera preferido no ir a trabajar, era muy natural.

El miércoles regresé al banco y le pregunté a nuestro amigo común, el hijo del Director ¿si Jacinto estaría enfermo?. . . —No, no lo creo me contestó riendo— el muy sinvergüenza debe estar ahorita gozando de los tibios aires de Río de Janeiro.

Palidecí, empecé a sentir el corazón en la garganta, el joven continuó, esta vez como mortificado. ¿No lo sabía usted, doctora? ¡Ay!, perdón, la verdad yo pensé que pues, siendo ustedes tan buenos amigos, en fin, que la habría invitado, porque ¿sabe usted?, Jacinto se casó el sábado. Por cierto con una chica bastante guapa ¡No sé ni cómo le hizo!, ella es hija de un acaudalado cafetalero brasileño y estudiaba aquí Artes Plásticas. Pero Jacinto me presentó su renuncia desde hace

como veinte días. Tratando desesperadamente de controlarme logré tartamudear inquiriendo su dirección. —No, no Doctora, Jacinto no dejó domicilio. ¡Ha de ser para que no le cobren los aboneros! No, no, ya en serio, lo que pasa es que consiguió representaciones para vender en otros países el café del suegro y van a andar viajando el resto del año. Salí de allí trastabillando y me desplomé al llegar a mi casa. Estuve casi inconsciente tres días y después, poco a poco, volví a darme ánimos para regresar al banco y hablar del cheque que le había dado para abonarlo en la cuenta del señor Andorra.

El empleado anotó el nombre del cliente y me pidió que esperara, después de angustiosos minutos, regresó pidiéndome que le rectificara el nombre porque no encontraba registro alguno con aquellos datos. Temblando revisé mi talonario en el que había anotado cuidadosamente el nombre que me había dado Jacinto, a pesar de que el cheque ¡lo había hecho a nombre de Creel! Había sido estafada.

CAPITULO XVII

TUVE UNA TEMPORADA muy mala, todo parecía venírseme abajo: me aumentaron la renta del departamento, me quitaron tres clases que daba en un colegio particular porque había cambiado de dueños y como remate, tuve que dar el último abono de mi carrito. Llegó un momento en el que verdaderamente no tenía un centavo, no exagero al decirles que hubo algunos días en los que no tenía qué comer. Al llegar a este punto del relato de Adelaida, Cata no pudo contenerse por más tiempo y saltó exclamando con voz tipluda: — ¡Pero cómo es posible que hayas llegado hasta ese extremo de pasar hambres Adelaida! ¿Es que NUNCA te acuerdas de que tienes amigas? — ¡Espera Cata! — interrumpió Lola gravemente. . . ahora recuerdo que en una ocasión, Ade fue a mi casa y me preguntó si tenía algún dinero disponible para prestarle. Yo te pregunté si tú lo necesitabas para ti, pero me contestaste que lo querías para ayudar a una vecina tuya que se encontraba en mala situación económica y que tú, en aquel momento no disponías de "extras". Recuerdo muy bien que Armando y yo acabábamos de invertir los ahorros que teníamos en la adquisición de la pequeña tienda de timbres, y no pude ofrecerte nada. Pero indudablemente hubiéramos hecho hasta lo imposible por darte la mano, de haber sabido que eras precisamente tú la que lo necesitaba.

— ¡Como siempre! — gritó Marcela — ¡Ese maldito orgullo estúpido de Adelaida!, ahora lo puedo ver con toda claridad, ¡sí!, no me acordaba, viniste a mi casa, ¡milagro por cierto!, casi con tirabuzón logré averiguar el motivo de tu "amable" visita, daba la "casualidad" de que te habías enterado que los Rotarios buscaban una conferenciante que tocara el

tema de las, entonces, recién descubiertas muestras de cultura azteca en Tlaltelolco y me preguntaste si Carlos podría recomendarte. "Recomendarte". ¡Bah!, como si no siempre hubieras sabido que mi "Morci", desde que nos casamos, ha tenido completamente a su cargo la sección de "Eventos" del Club. Es más, fíjense que recuerdo hasta la fecha precisa, Carlos acababa de arreglar la presentación de un Ballet moderno que causó gran escándalo porque las mallas de la figura principal eran transparentes, por cierto una escultura de mujer. Pero, volviendo al tema, yo hablé con "Morci" acerca de tu petición, Adelaida, y él tan "lindo" como siempre, de inmediato me contestó que contaras con las conferencias. Yo, personalmente te llamé enseguida y te lo dije, ¡pero nunca te presentaste! Después, cuando le volví a preguntar a Carlos, me contestó muy molesto que no habías ido, me dio una vergüenza, las mentadas conferencias anunciadas no se dieron, y en su lugar se tuvo que organizar rápidamente un teatro experimental con algunos hijos de socios que resultó un fracaso. ¡Por supuesto a ti qué te iba a importar que el que quedara mal, fuera mi "Morci"!

— ¡Mira Marcela! explotó Adelaida, ¡mejor cállate!, sencillamente, no te soporto cuando estás en la temporada de decirle a Carlos (irónica) "Morci" o "Amorcito", es de lo más ridículo, ¡me revienta!

— Es que tú nunca me has soportado Adelaida, confíesalo, siguió Marcela exaltada y roja de indignación ¡Nunca has dejado de aprovechar la ocasión de demostrarme el desprecio que me tienes! Te has pasado la vida dándome "descolones" y criticándome por todo. Creo que hasta te mereces cuanto te ha pasado por soberbia, porque siempre te has sentido una "sabihonda" demasiado autosuficiente como para "descender" hasta nuestra pobre mentalidad y aceptar una humilde ayuda. Es más, acabo de descubrir que lo que me has tenido siempre es simplemente ENVIDIA, y toda esa "pose" de crítica para todo cuanto hace Carlos lo confirma.

Pilar ya no pudo aguantarse y gritó levantándose: — ¡Cierra la boca Marcela, no sabes lo que estás diciendo!

Adelaida entonces, súbitamente lívida rogó enronquecida: — ¡Por favor cállate tú, Pilar!

— Perdóname Ade — insistió Pilar con firmeza —, pero Marcela DEBE saber.

— ¡Ni una palabra más, te digo! gritó esta vez Adelaida autoritaria y seca.

Marcela entonces se paró, puso las manos en jarras y sacudiendo soberbia su melena como lo hacía desde niña, espetó en un tono de reina ofendida.

— ¡Ahhhhh NO!, ¡ahora me dicen!

Pilar entonces, desde su asiento, pero tajante y segura respondió a Marcela: — Creo que efectivamente, es NECESARIO que lo sepas. Sí, prima, Adelaida fue a ver a Carlos a su oficina, solo que tu marido es

un hombre muy importante y muy ocupado y Adelaida tuvo que hacer dos horas de antesala. Como comprenderás, cansada de hojear revistas y de observar los cuadros, aburrida de mirar el cruzar y descruzar las piernas de sus compañeros de espera, empezó a fijarse en los empleados y vio cómo el Botones llegaba y entregaba a la secretaria particular de Carlos, los dos boletos que tu marido había solicitado para el Crucero griego que pasearía por el Mediterráneo durante casi dos meses. Adelaida estaba lo suficientemente cerca del escritorio como para ver, claramente, que solo el nombre de Carlos Montesinos checaba, no el tuyo. Después, escuchó el malévolo cuchicheo de otras dos empleadas que se acercaron a tomar agua del garrafón que estaba justamente detrás de su sillón. ¿Necesitaré decirte lo que comentaban?. ¡No lo creo necesario francamente!, bástete saber que tu "Morci" te dejaba; pero en forma definitiva, porque ya había dejado órdenes de que tan pronto como zarpara el barco te presentara su abogado la demanda de divorcio, ¡y Carlos nunca se había atrevido a tanto!, lo sabes bien. Tú estabas esperando a Renata y habías tenido un embarazo muy difícil, ¿te acuerdas?, ya mis dos tíos habían fallecido y yo te acompañé al doctor. Peligraba tu vida, y me prohibiste decírselo a nadie. Sin embargo, me engañaste Marcela, porque aseguraste que a Carlos tú misma se lo dirías, y no lo hiciste. Sin embargo, debo confesar que yo también te traicioné, porque me encontré a Adelaida días después, me notó muy preocupada, y al presionarme un poco, se lo dije. Gracias a Dios, y perdóname Marce, pero nunca me he alegrado tanto, de ser indiscreta. Adelaida entró con Carlos y lo puso "como Dios puso al perico", aunque nunca me dijo con exactitud que fue lo que hablaron. Pero conociendo a Adelaida lo imagino, y tu marido que, al fin y al cabo, por muy sinvergüenza que sea, siempre te ha querido, reflexionó, recapacitó, y regresó a tu lado olvidándose del viaje. Eso sí, con una perenne animadversión por Adelaida, quien por supuesto ya no se atrevió a solicitar las famosas conferencias.

Al llegar Pilar a este punto, Adelaida la interrumpió: —Te faltó decir Pilar, que eres una endemoniada boquifloja incorregible, pero también una buena amiga. Ustedes deben saber que Pilar, prácticamente me sostuvo durante casi tres meses, aunque nunca en realidad lo supo.

—Bueno Ade —tímidamente se animó a preguntar Pilar en voz más baja—, ya, ya que estamos en la "hora de la verdad"... yo... yo quisiera que me aclararas un punto, es algo que desde hace mucho me tiene intrigada. ¿Puedo preguntar?

—Lo que quieras Pilar, contestó casi amable Adelaida.

Pues bien, en esa época precisamente, supongo que sería después de lo que te pasó con Jacinto; durante unos meses estuviste frecuentando mi casa, y parecías sentirte bien con nosotros. De repente, aparentemente sin motivo, detuviste tus visitas con una brusquedad extraña. Estoy por decirte que sentí, por varios años, que considerabas terminada tu amistad

con nosotros. Te busqué, te llamé, te dejé infinidad de recados, pero todo fue inútil; desapareciste. Después de muchísimo tiempo, años más bien, te presentaste intempestivamente de visita en la casa. Y hago constar que me diste una agradabilísima sorpresa; pero nunca me atreví a preguntar la causa de tu destierro. Ahora... en este preciso momento sí, siento que tengo derecho a saber, dime Ade, ¿es que, sin querer, te ofendí yo en algo?

Pilar miraba con sus grandes ojos tristes a su amiga mientras unía las manos como en una súplica. Adelaida entonces, sonriendo con dulzura insospechada, y moviendo suavemente la cabeza respondió. —De ti no he recibido mas que cariño y atenciones Pilar; sin embargo, esta tarde necesito aclarar absolutamente todo, y por lo mismo; voy a decirte lo que tanto te intriga. Estoy segura de que después de lo que vas a oír, me entenderás. Efectivamente, después de lo que me sucedió con Jacinto Creel, me acerqué mucho a ustedes. Paco siempre me pareció un muchacho sencillo y bueno, tu Luisito era un hermoso bebé al que enseñaste a decir mi nombre, y eso me enternecía. Tu casa es grande, acogedora, con sabrosas reminiscencias de tu hacienda quizás. El caso es que siempre tenían invitados, sobre todo los hermanos de tu marido. Tú sabes que a mí la gente en general, no me gusta, y recordarás que cuando había mucho movimiento, no iba, pero, precisamente porque tu casa parecía estar siempre generosamente abierta, yo me hice a la idea de que mi presencia pasaría inadvertida. Por otra parte, francamente me sentía muy sola. Ustedes siempre fueron muy amables y me acogían. Tu biblioteca es muy buena, Pilar, y me dijiste que podría hacer uso de ella cuando quisiera. Yo me tomaba la libertad de pedirte prestados libros, que luego te devolvía con alguno que otro de los míos que te interesaban. Entre ambas siempre se suscitaban polémicas que estoy segura, ambas disfrutábamos. Pues bien, una tarde yo me encontraba en tu casa, esperándote precisamente en la biblioteca, porque recuerdo bien que te llevaba un manuscrito inédito de una descendiente de Doña Catalina Xuárez Marceyda, la primera esposa de Hernán Cortés. La sirvienta, quien por supuesto, ya me conocía, me había hecho pasar a esperarte, a sabiendas de que tardarías un poco, habías ido a comer a casa de tu mamá. Se me dijo que regresarías alrededor de las cinco de la tarde, y eran como las cuatro y cuarto. Empecé a hojear un bellissimo ejemplar del Quijote que tenías en el atril de madera labrada, junto al primer librero; recuerdo que encendí un cigarro casi al mismo tiempo que se oyó un portazo y el hablar ronco de Paco, tu marido. Me sentí un poco mortificada decidiendo de antemano que tan pronto llegaras, me retiraría. Escuché luego la voz de tu suegra; estaban hablando de finanzas y me dio vergüenza salir a saludar e interrumpirles, dando margen a que supusieran que me entrometía en su conversación. Decidí pues seguir esperándote donde estaba, y enfrascarme en las deleitosas y apergamizadas hojas del singular volumen de Cervantes. Sin embargo las voces

en el pasillo fueron haciéndose más altas y claras; la verdad ya resultaba imposible no prestar atención. El timbre agudo de la voz de Doña Emilia destacaba. . . —Mira Paco, te falta experiencia. En esta vida hijo, hay un dicho muy sabio que dice! “piensa mal y acertarás”, más vale pecar de más que de menos, tú dirás que soy una entrometida, pero soy mayor y por lo mismo tengo más visión, más “colmillo”, acuérdate “más sabe el diablo por viejo”, las madres Paco, tenemos un sexto sentido, una especie de radar, que pocas veces falla. Mi deber es advertirte de los peligros que te acechan porque para mí, siempre serás un niño. Mira, Pilar es muy joven, muy ingenua, incapaz de pensar mal de nadie; tú eres un bobalicón, y con tal de mantener contenta a tu mujer, haces y dices todo lo que a ella le venga en gana. ¡Ustedes dos están siempre como en la luna hijo! ¡Nunca se dan cuenta de lo que pasa a su alrededor! Mira Paco, escúchame bien; esa mujer, esa amiga de Pilar, esa que no sale de esta casa, pues, ¿qué quieres?, como que me repugna, no sé porqué, pero me da muy mala espina. Ese ir y venir a todas horas, ese estar plática y plática “dizque” de libros con tu mujer en la biblioteca, y haciéndola hasta descuidar sus deberes de ama de casa, esa facha tan rara que tiene, ¡ay hijo!, ¡yo que tú, la verdad, no me fiaba! Por muy “compañera de escuela de Pilar”, por muchos títulos y diplomas que se cuelgue, la tal Adelaida tiene una pinta de “marimacha” que no puede con ella. ¿Pero es que tú y Pilar están ciegos, Paco? ¡Para mí es una lagartona de siete suelas!, ¡un lobo con piel de oveja, un bicho raro, ¡qué sé yo! ¡Pero si basta con echarle una ojeada para darse uno cuenta que es un ser extraño y horrible!, ¡vaya!, más claro: una lesbiana con todas sus letras.

No escuché más. De repente todo empezó a darme vueltas, se me nubló la vista y me vi rodeada de incontables puntitos luminosos que parecían danzar sobre un manto negro mientras un zumbido espantoso me estallaba en los oídos. Sentía el palpitar de mis sienes, una intensa oleada de calor abrasaba mis mejillas y tuve que hacer un esfuerzo violento para controlar el espasmo de náusea que me subía hasta la boca. Me doblaba un dolor profundo, una punzada interna que no era solamente física, no, era vergüenza, indignación, desesperación, soledad, pero sobre todo tristeza, una tristeza inmensa, letal, sentía como si de pronto me hubieran arrancado lo más profundamente mío que poseía: ¡mi femineidad!

Las lágrimas comenzaron a agolpárseme y a caer incontrolables cegándome. Temblorosa, casi a tientas, recogí mi bolsa, mi manuscrito y, trastabillando, como pude, me escurrí por la puerta del jardín y salí de tu casa, Pilar.

Cierto; tú no supiste nada, me consta. Recibiste después una lacónica nota mía disculpándome por no haberte podido esperar y volviste a verme tres años después. ¿La razón?, me había encontrado a tu Luisito con la nana, en el parque, y me asombró el hecho de que el chiquito me

reconociera y fuera a saludarme. Cuando le pregunté cómo era que se había acordado de mí, después de tanto tiempo, me contesto:

—¡Ay tía Ade!, ¿cómo crees que no te iba a ver?, tan grandota que eres, además, mamá y yo todas las noches le pedimos a Jesucito por ti, y por todas mis tías y por “abue” y por papito, nosotros te queremos mucho, ¿tú ya no nos querías?

Esa tarde, Pilar, fui a tu casa, platicamos un poco y me mostraste una pintura del siglo XVII, ¿ahora recuerdas?

CAPITULO XVIII

ENTONCES irrumpió Lola ¿a raíz del incidente con la suegra de Pilar fue que empezaste a frecuentar mi casa?

—Efectivamente, respondió Adelaida—, siempre los tuve a ti y a Armando en alta estima, pero no lo hubiera hecho, si tú no me hubieras buscado antes, porque estaba muy dolorida. Me explicaré; después de lo ocurrido en la biblioteca de Pilar, yo me aislé. Como un animal, sentía necesidad de lamer mis heridas, no quería ya saber de nadie. Corría el año de 1957, de repente, la ciudad de México se convirtió en un gigantesco escenario dantesco, al brutal impacto del temblor que hizo derrumbarse al Angel de la Independencia del Paseo de la Reforma, ¿se acuerdan?. Varias casas se desmoronaron, murieron muchos, la ciudad quedó en tinieblas, se propiciaron espantosos incendios, las cruces y los bomberos no cesaban de atravesar las calles llenas de hombres y mujeres semidesnudos, empavorecidos. Las sirenas aullaban por todos lados y los gritos y los lamentos enchinaban el cuerpo. El tremendo cismo ocasionó enormes cuarteaduras en el viejo edificio de departamentos que yo habitaba en las calles de Lenma. Recuerdo que las grietas eran tan grandes que, de mi salita, se abría una que casi hubiera permitido el paso a la de mi vecino de la derecha.

Varias veces estuve, Lola, en mi departamento cuando estudiábamos juntas, y, con seguridad, recordando las precarias condiciones arquitectónicas en que se hallaba el inmueble, al día siguiente del temblor corríste para cerciorarte que no me hubiera pasado nada. En ese entonces, el destartado edificio no llegaba ni a teléfono, y de hecho, fue un milagro que no se nos cayera encima. Precisamente, buena parte del dinero que me estafara Jacinto estaba destinado a un cambio.

En fin, la dueña ordenó la inmediata evacuación y yo, ciertamente, no tenía donde irme. No olvidaré jamás, Lola, que me insististe para que me refugiara en tu casa, aún sin conocer mi precaria situación económica. Aquel rasgo de hospitalidad tuya y de Armando me reivindicó con el género humano, y por supuesto acepté.

Recordarás que viví con ustedes cerca de quince días, hasta que, temerosa de resultarles gravosa, conseguí vender algunas cosas, y alquilar un cuartito en Lucerna, a media cuadra de Bucareli, por donde ustedes vivían.

El ambiente en tu casa, Lola, era muy agradable; la temática de las pláticas, siempre interesante: historia, política, países, costumbres, personajes famosos, arte. Continuamente nos enfrascábamos en polémicas que se prolongaban hasta la madrugada, y entonces Armando nos invitaba a los caldos de Indianilla, con el pretexto de ir a dejarme. Fácilmente íbamos tres veces por semana, ¿te acuerdas?

Armando y tú estaban organizando la tienda recién adquirida. Había infinidad de timbres sin seleccionar, y me ofrecieron trabajar con ustedes en su clasificación, a la salida de mis clases. Me pagaban bien, tal vez hasta demasiado, y yo les agradecí aquella delicada forma de ayudarme, tomando en cuenta el que yo hubiese trabajado con ustedes por el solo placer de aprender, gozando de su compañía.

Era fabulosa la camaradería que logramos; el ambiente de estudio, análisis, las agrupaciones por países, por temas, despegar, pegar, investigar en catálogos, cotejar fechas, emisiones, ¡qué sé yo!, los timbres me empezaron a resultar fascinantes, monopolizadores, increíbles, se me pasaban las horas sin pestañear.

Me acuerdo que desde muy pequeña, yo tenía una colección que me había heredado mi abuela Adela, eran timbres postales muy antiguos, mexicanos todos. En especial había una serie que me encantaba mirar; había aparecido efímeramente en la época de los bilimbiques, y me dediqué a desatar cajas hasta que la encontré pensando en enseñárselas; sin embargo después me olvidé de hacerlo.

Indudablemente Armando, era un experto en Filatelia, él me enseñó a despegar los timbres de los sobres sin maltratarlos, me explicó cuidadosamente las fluctuaciones en su valor de acuerdo a su conservación, me instruyó hasta reconocer las series más preciadas, y, en pocas palabras, aprendí a amarlos y a interesarme realmente en ellos.

En aquella época aún no salía de mi prostración emocional, ni de mi desfalco. Había conseguido unas clases en una secundaria, y otras en una preparatoria, de ninguna manera acordes a mi post-grado y, la ayuda que me brindaban ustedes era muy grande, pero con franqueza, yo tomaba esa etapa como un receso, antes de continuar con lo mío, las investigaciones, la historia.

Mi situación iba haciéndose más y más difícil, muchas veces, confieso, que lo único que recibía mi estómago era el glorioso caldo de pollo de las madrugadas. Yo te había mentido, Lola, al decirte que daba varias cátedras en la Universidad, y que ya era casi segura la confirmación del Doctor Miramontes, para la investigación sobre inicios del Virreinato, y la plaza en la Universidad de Santiago de Compostela. La triste realidad era que empezaba ya a perder la esperanza de conseguirla, porque desde

un principio se había hecho hincapié en que el solicitante tendría que costear su viaje y su primer mes de estancia.

Sin embargo, los momentos que me hacían pasar al calor de ese hogar tan bien avenido, me hacían olvidar el mundo hostil que me rodeaba desde niña y que últimamente parecía ensañarse conmigo. ¡Qué fáciles es encariñarse, cuando se han vivido carencias afectivas hasta elementales, y cómo les tomé afecto a ustedes!

En fin (Adelaida suspiró largamente), una noche, en que la conversación estuvo especialmente interesante, y nos adentramos en el tema de la Revolución Mexicana, salieron a colación mis timbres, y Armando me pidió que le dejara el álbum, porque quería comparar un dato de fecha de emisión. Por supuesto que se los dejé y no volví a acordarme del incidente. Es más, recuerdo que tú ni siquiera te enteraste de ese punto, porque te habías metido a la cocina a preparar más café, ¡sí, ahora estoy segura!, ¿tú no sabías que le dejé la colección a tu marido verdad?, ¿o él te comentó algo después?

Lola movió la cabeza de un lado al otro intrigada.

—Hmmm, lo sospechaba, continuó Adelaida frunciendo el ceño, sobre todo porque tú básicamente, estabas encargada de clasificar timbres norteamericanos y únicamente te dedicabas a ellos. ¿De modo que ni siquiera llegaste a ver mi colección?, ¿nunca te la mostró Armando?

Lola volvió a negar enfáticamente.

—Al poco tiempo —prosiguió Adelaida—, la situación por la que atravesaban comenzó a mejorar notablemente; en pocas palabras, salieron del hoyanco inicial, lógico en todo negocio que comienza, gracias a que Armando ganó mucho dinero con una colección de un tal Mister Thompson, que nos dijo le habían enviado para que vendiera, ¿te acuerdas, verdad Lola? Sin embargo; no sé si te pusiste alguna vez a pensar que la cantidad recibida por la comisión normal, ciertamente, no correspondía, a la fabulosa ganancia que dio: para el pago total de tu casa, para el otro carro y para las vacaciones que tuvieron en San Antonio de casi quince días. Yo lo recuerdo perfectamente, porque personalmente quedé encargada de la tienda todo ese tiempo.

—¿Qué insinúas Adelaida? gritó Lola frenética, totalmente descompuesta ¡no te permito!. . . Ya en este punto Lola estaba de pie ante Adelaida manoteándole.

—Un momento mi amiga —cortó con voz pausada Adelaida—, al comenzar esta tarde yo dije claramente que “aunque fuera por una sola vez en su vida, iban a oírme hasta el final/ (Adelaida les dirigió una mirada helada para después alzar la voz y con firmeza decir:) —Y gústeles o no, van a hacerlo. De modo que: cálmate, siéntate y ¡cállate!”

Con gran asombro de todas, Lola, quien ciertamente jamás se había caracterizado por su docilidad, hizo exactamente lo que le ordenara Adelaida, mientras esta última, con toda calma, se dio tiempo para

levantarse, encender las lámparas, servirse otro café, y encender parsimoniosamente otro cigarro.

Cata, Marcela y Pilar no se atrevían ni a voltear a verse, tal era la electricidad del ambiente.

Adelaida por fin continuó con una voz pausada y carente de inflexiones, mirando simplemente al vacío y sin dirigirse a nadie:

—Mister Edgar Thompson se apareció una tarde en el negocio. Un hombre corpulento, bien trajeado, serio, amable, un caballero en toda la extensión de la palabra. Después de una amena charla en pésimo español, que yo supliqué transformara en inglés, me dijo que quería conseguir timbres mexicanos de la época de la Reforma. Yo entonces recordé que entre los de mi colección había algunos de esa época, y fui a buscarla. Después de haber dejado esperando a mister Thompson casi una hora, tuve que pedirle disculpas, y explicarle después, que posiblemente, cuando regresara Armando, podríamos conseguirlos. De hecho le dije, que podría asegurarle que podríamos ofrecerle dos: uno con don Benito Juárez enarbolando una bandera, y otro del mismo Benemérito firmando la famosa carta al Emperador Maximiliano. Y le comenté la razón de estar tan cierta; aquellos timbres estaban al lado de otros, que me resultaban muy familiares por ser de la época de la Revolución; por ejemplo, uno precioso del "Centaurio del Norte", Pancho Villa, riéndose a mandíbula batiente con las manos en jarras, y otro, entre tantos más, de su lugarteniente, el general Felipe Angeles.

Mister Thompson frunció el ceño y luego dijo — ¡Qué raro!, usted me está describiendo exactamente la colección que me mandó el licenciado Rovira a California. ¿No hay entre ella un timbre extraordinario de Emiliano Zapata con una mano en la frente?, era de una edición especial que parece que se agotó enseguida, y, ¿no había otro también muy raro del General González Ortega?

Asentí atontada y sin poder ya articular palabra, sentía la lengua pegada al paladar.

— ¡Pues Miss Pérez Gómez! — exclamó entusiasta Edgar Thompson— ¡esa colección fue una verdadera joya, se encontraron timbres muy valiosos!, ¡por eso se le pagó tan bien al Licenciado Rovira!, claro que si usted me pregunta, yo me hubiera esperado para venderla porque esa misma colección seguramente triplicará su valor en pocos años, yo le aseguro a usted que Ben Spencer, quien la compró, hizo un negocio redondo y va a ganar millones con solo guardarla un poco.

Cuando Edgar Thompson se fue de la tienda, tuve que sentarme un rato para recobrar me, mi decepción era ya inarticulable.

Los esperé a ti y a Armando y cuando regresaron, recordarás que les di las gracias y les informé que ya no me verían más, porque salía inmediatamente para Europa. La realidad es que sí me fui, pero hasta cuatro meses después, y para lograr reunir la cantidad mínima que requería para el viaje, tuve que dar clases de regularización, suplir maestros, dar

cursos intensivos de idiomas a domicilio y después de vender mi carrito por supuesto. Hice traducciones, di materias en una escuela nocturna, y empecé todo lo poco que me quedaba. Dejé el alquiler del cuartito, y la portera me hizo el gran favor de facilitarme una colchoneta, y dejarme dormir en su cocina a cambio de que le ayudara a su nieta con una serie de monografías que tenía que entregar al colegio. Me quedé en los huesos porque casi no comía: un día, recuerdo que llegué hasta a buscar en las papeleras de mis alumnas algo que llevarme a la boca. Sin embargo — Adelaida en este punto alzó orgullosa la cabeza—. Es difícil lograr que Adelaida Pérez Gómez se doblegue. Ahorré hasta el último centavo y por fin, logré mi cometido. Y puedo con orgullo decirles que desde que llegué a España, fui maravillosamente recibida y terminaron para siempre mis problemas económicos.

CAPITULO XIX

ESTUVE VARIOS años en Europa, seguí devorando libros, empapándome de arte y llenándome de música. Mi vida fue buena allá. No hice muchas amistades porque ustedes saben que soy solitaria y la gente en general me disgusta.

Adelaida efectivamente huía de las multitudes y los grupos pequeños le daban miedo. Sin embargo, lo que nunca les contó a sus amigas fue que un día, en una galería de pinturas en Lucerna encontró a Susana. Desarrugada, sucia y en compañía de un grupo de jóvenes estrafalarios; la chica caminaba a grandes zancadas en huaraches mexicanos por los pasillos. Adelaida asombrada la detuvo, habló con ella, se la llevó a un restaurante y allí le preguntó qué hacía en dicho lugar, con esa compañía y vistiendo de ese modo. La chica confesó que le gustaba el arte y se había escapado del colegio con unas compañeras que a su vez se habían encontrado a unos amigos que eran artistas.

Curiosamente Susana y Adelaida se entendieron, y tres días vivió Susana en el hotel de Adelaida recibiendo sus consejos. La chica habló, habló mucho, se desahogó. Adelaida supo entonces que Marcela casi no se ocupaba de sus hijos. Dos veces al año los visitaba pero tales visitas se limitaban a recorrer tiendas. La chica no deseaba volver a México. Adelaida pudo convencerla de alejarse de los "hippies" que solamente podrían conducirla a un camino oscuro, le compró ropa, disculpó como pudo a sus padres, y la acompañó de regreso al colegio hablando después largamente con la directora para que estuviera más cerca de ella. Adelaida y la chica mantuvieron desde entonces una regular correspondencia epistolar y tres veces más, la fué a ver Adelaida, aunque rogándole que no hablara de ella con sus padres. En su última visita encontró a Emilio con su hermana, y también con él habló mucho. El muchacho estuvo

una semana en compañía de Adelaida, visitaron museos, fueron a conciertos y llegaron a identificarse. Adelaida sentía una profunda temura por los dos chicos tan ricos y tan pobres al mismo tiempo, Milo le confesó un día su deseo de entrar a un seminario.

Adelaida le aconsejó esperar hasta estar seguro, pero, a pesar de su confesado ateísmo no lo desalentó. Desde entonces nunca dejó de escribirse con Emilio Montesinos.

La noche había caído sobre el departamento de Adelaida y el ventanal ya no era más que una gran pizarra gris; hacía frío y Marcela, Lola, Pilar y Cata por un momento, se estremecieron al mismo tiempo. Adelaida imperturbable continuó.

—Recorrí muchos países, pero al fin, la raigambre de la tierra, la nostalgia por México empezó a atenazarme. Añoraba el clima, la comida, la música, soñaba en Chapultepec, en Xochimilco, quería volver a caminar por Coyoacán, atravesar las callecitas empedradas de San Ángel y la palabra "volver" empezó a hacerme obsesiva. ¡México!, ¡mi México inolvidable!, inolvidable. . . como mis cuatro amigas, y no, créanme, esto no lo digo con ironía, nunca he dejado de quererlas fraternalmente.

Regresé al fin. No, confieso que no las busqué, pero las sabía en la misma ciudad y las sentía cerca, a pesar de no verlas. Al principio disfruté de lo que añoraba, pero poco a poco mi vida volvió a lo que había sido antes, solamente que esta vez se me trataba con respeto, se me consultaba. Me llovían las cátedras, tenía que dar conferencias, cuatro de mis libros los hicieron de texto, tenía ya dinero, posición y prestigio y, sin embargo, por dentro seguía sintiéndome vacía.

La soledad rodeada de gente es la más terrible de las soledades, pueden creerme. Yo reconocía que cada día estaba más hosca, más huraña, más intratable. Huía de los compromisos sociales, las caridades me parecían un "show" despreciable entre la sociedad detestable de todas las ciudades, odiaba el juego que había acabado con la vida de Victorino mi hermano, en pocas palabras, me consumía de tedio; sentía que poco a poco me estaba apagando, los días parecían encadenarme con los años y los relojes cada vez caminaban más despacio, evitaba los espejos que burlescos iban mostrándome una imagen cada vez más fea, porque el rictus de mis labios parecía empeñarse en señalarme la amargura que se ensafiaba en mi pecho, y esa desolación era simplemente el resultante acusador de mis desesperados anhelos de un cariño. Amar se había convertido en una necesidad. . . ansiaba desesperadamente el amor.

Mis sentimientos se confundían, porque al mismo tiempo sentía pavor de encariñarme con alguien porque sentía que ya no tenía fuerzas como para soportar otra desilusión, estaba demasiado adolorida hasta para aceptar pensar en volver a sufrir, y por otro lado, de ninguna manera quería cruzarme de brazos y esperar la muerte resignada a una eterna soledad.

Muchas veces pensé casarme, ¿y por qué no?, ¡otras como yo lo

habían hecho! Tenía dinero, cierta posición, prestigio y no faltaría quien aceptara ser mantenido. Pero ¡no! me resistía, comprar compañía resultaba ya demasiado. Llegué hasta a tratar de escribir a las tan criticadas listas de consultas sentimentales que aparecen en algunas revistas, quizás, tal vez, alguien pudiera enamorarse de mi alma por carta.

La risa de Adelaida era de una dureza triste, infinitamente triste, era la misma risa helada de sus años mozos que tratando de ser burlona caía como gotas de acibar en el corazón. Por un instante los ojos de Adelaida, pequeños ojos escondidos al fondo de los gruesos cristales parecieron adquirir un brillo extraño y acuoso que en seguida, al parpadear, se esfumó. Y su voz, que se había ido haciendo más baja, volvió a resonar altiva, orgullosa, fría. . .

— ¡Pero no!, ¡qué tontería!, aun cuando pudiera suceder, ¿qué pasaría cuando me viera?, y por otra parte, ¿qué tipo de persona se anima a solicitar pareja por ese medio ridículo y cursi?, generalmente gente de cultura nula o elemental. ¿Me satisfaría compartir mi vida futura con alguien que ni pudiera entenderme, ni hablara el mismo idioma? ¡No!, era preferible estar sola, seguir sola, sin embargo, ¿habría de resignarme a desechar para siempre la posibilidad de ser madre? Tener un hijo había sido mi mayor ilusión, ¡mi aspiración máxima!

La voz de Adelaida sufrió de repente una transformación, se hizo casi un susurro tierno.

—Sentir un bultito tibio cerca de mí, que dependiera totalmente de mis cuidados, acariciar un pochito cálido, suave, que subiera y bajara en un respirar ansioso, sentir la seda de una pielecita sonrosada con olor a brote, con aroma a nuevo. Percibir la mirada dulce de un par de ojitos húmedos, con aterciopelada profundidad de abismo. Vibrar con la expectación de cualquier sonido de un par de labios gordezuelos que tuvieran la capacidad de dar la más limpia de las sonrisas, o el más adorable de los púcheros. Sentir en un dedo, el apretar de una manecita minúscula, húmeda y saber que ese solo contacto me haría conocer la plenitud total de Amor con mayúsculas, ¡eso!, ¡eso era precisamente lo que quería!, si al fin y al cabo, toda criatura humana tiene derecho a reproducirse, yo quería continuarme en un ser mejor, darle todo lo que soy y todo lo que tengo, ofrecerle cuanto sé, verlo crecer, transformarse, superarse y saberme a su lado completa: protectora y protegida, sin volver a sentirme sola, jamás y con la certeza de una entrega tal, que ya no importara el físico.

¿Pero. . . cómo lograr esa maravilla en una situación como la mía?, lo más sencillo hubiera sido adoptar un niño, sin embargo, aparte de todos los requisitos que exigen cuando se trata de una mujer sola y no de una pareja, la criatura no sería realmente "mía", y lo que yo quería, era demasiado ambicioso, ¡crear un ave Fénix que saliera de mis cenizas!, un brote bello, sano, feliz, que naciera de mi triste realidad. Carne her-

mosa de mi carne fea, sangre nueva en un cuerpo sin complejos dotado de un espíritu vigoroso.

Un plan comenzó a dar vueltas en mi mente y empecé a buscar candidatos. Debían ser ejemplares perfectos. ¿El conferencista austriaco que había venido para el Congreso? ¡No!, no tenía forma de averiguar sus antecedentes familiares y podría aparecer una tara. ¿El Doctor Carmona que daba la cátedra de medicina forense?, no, no, tosía mucho. ¿El Profesor de Ciencias Políticas?, hmmm, no me gustaba la falta de pigmentación que tenía en la mano derecha. ¿El maestro de Música?, ¡sí! ¡Ahhh, no!, el bocio puede ser hereditario, la lista de los descartados era ya muy grande y empezaba a desesperarme. ¿Exigiría mucho?, ¡no!, ¡todo era poco para la magnitud de la empresa!

Pasaron casi tres meses, yo me había fijado un plazo, mi edad empezaba a resultar peligrosa para un embarazo, y la verdad era que demandaba demasiado para un candidato que forzosamente tendría que ser inescrupuloso, pero siempre fui tenaz.

Comencé a estudiar a un alumno que se hallaba en el último semestre de su carrera: Víctor Zurbarán.

Físicamente llenaba todos mis requerimientos. Había logrado echarle un vistazo a su hoja clínica mediante un buen soborno a la enfermera cuando habíamos coincidido en el consultorio del Doctor Mireles, yo, por una gastritis y él, por un dolor en el codo causado por jugar al tennis. El necesitaba quedar bien conmigo, porque yo le daba una materia clave para su carrera. Era un muchacho listo, con un índice de inteligencia alto, amante de las artes, me constaba porque lo había conocido en un concierto acompañando a otra de mis alumnas y los había escuchado platicar acerca del David que se encuentra en Florencia. El joven elegido había sido aprobado. Sus costumbres eran las normales en un estudiante lleno de vida, libre y de una moral elástica. Vivía solo, era procedente de Orizaba, gastaba mucho, por lo que siempre parecía necesitar dinero; y por medio de un colega colaborador de una revista de Arqueología, veracruzano también y ampliamente relacionado, me fue sencillo averiguar todo lo que necesitaba, y hasta más, de los antecedentes familiares del candidato con el simple pretexto que mantenía relaciones con una de mis sobrinas y sabíamos poco de él.

El siguiente paso era más difícil, y sin embargo me sobrepuse; "el fin justifica los medios". Un día, me armé de valor y cité al joven en mi despacho. Después, tranquilamente y de la manera más impersonal, le propuse el "negocio". Una transacción, una compra-venta al fin y al cabo.

Se rió cínicamente mientras un escalofrío me recorría la espalda, pero logré permanecer inmóvil, exteriormente imperturbable. Con voz que trató de ser serena, le ofrecí una suma, era fuerte. Y a pesar de eso, exigió más, me estaba echando en cara el peso del "sacrificio" que

iba a hacer por mí. Dominando mi repugnancia ante su bajeza accedí sin alegar. ¡Un hijo no se regateaba!

Puse mis condiciones: un papel debidamente firmado en el que se comprometía a desaparecer de mi vida y a olvidarse del asunto que nos involucraría por unos minutos, examen médico completo, absoluta pulcritud, y el día preciso para una fecundación. Yo exigía casi, una inseminación artificial y, por supuesto, silencio. Sería solo un hecho circunstancial que se borraría completamente de su memoria; yo, me repetía lo mismo, necesitaba hacerlo para lograr que lo único que ocupara mi pensamiento desde ese momento, fuera mi hijo.

Me asombraba la frialdad con la que estaba exponiendo lo que tanto significaba para mí, pero había llegado a un punto irreversible, había que continuar hasta el fin, y lo hice. Sin comentarios.

CAPITULO XX

TODO SUCEDIO conforme a mis planes y quedé fecundada. Por supuesto, empecé a estudiar todo lo referente a mi nuevo estado. Seguía al pie de la letra las instrucciones médicas y, curiosamente, desde que supe que había el indicio de otra vida dentro de mí, dejé de sentirme sola. El minúsculo pedacito de carne que se adhería en mis adentros me hacía sentir una seguridad amable y desconocida. Era como si una fuerza benéfica se hubiera adueñado de mi mente y de mi cuerpo, llenándome de bienestar. Si tuve alguna molestia no la recuerdo, porque me invadía una calma maravillosa, una paz inefable. ¡Se me otorgaba el don del sueño! Milagrosamente desaparecían mis insomnios que yo ya había imaginado inherentes. Tenía apetito, descubrí el firmamento, sentía la tibieza de las tardes, el aroma de la tierra cuando llovía, contaba las estrellas y anhelaba volver a estar junto al mar. ¡Era una sensación tan plácida, tan desconcertante, tan abrumadoramente feliz que me hacía hasta desear creer en un ser superior!

Comencé a enderezarme porque me sentía orgullosa de mi tesoro, empecé a sentirme casi importante y a cuidarme, por lo que vivía y empezaba a moverse dentro de mí.

Adelaida hablaba atropelladamente, los ojos le brillaban tras los lentes, sonreía, y su voz empezaba a tener una dulzura inimaginable en ella.

—Van a reírse —continuó como avergonzada—, pero hubo ocasiones en las que casi me sentí hermosa, ¡deveras!, yo sentía que la maternidad me transformaba. Poco a poco iba acercándome a la gente, ya sin temor, y la gente se me iba haciendo mejor, más buena. Era, era prodigioso; la hosca, fea, gruñona y malhumorada "jirafa" se metamorfoseaba en "mamá".

Adelaida se enderezó, carraspeó como para desprenderse de sus momentos de debilidad y su voz volvió a ser la de siempre, cuando continuó:

—Pues bien, ahora debo decirles que este hijo es para mí, un ser especialísimo. Por lo mismo debo procurarle mejores condiciones de vida. No tiene padre, ni lo tendrá jamás. Tampoco tiene parientes y yo, ya no soy joven; es más, el alumbramiento puede ser peligroso. En fin, llegamos a la razón por la cual las he citado aquí esta tarde. Adelaida se detuvo un rato, fue a la cocina por más café, ofreció galletas; las cuatro amigas continuaban calladas, expectantes, absortas en el monólogo que casi había ocupado dos horas.

—Cada una de ustedes —prosiguió con voz pausada y esta vez enfática— cada una, repito, directa o indirectamente está obligada conmigo, porque de cada una tengo algo que sentir. Algo que pienso cobrarles. El bebé, que ya es un ser real que vive dentro de mí, por las circunstancias en las que fué buscado, representa algo tan inapreciable que me es imprescindible vigilar por su completa seguridad. Por ese motivo he decidido que viva bajo la protección de cuatro madrinas que puedan suplirme en caso de que falte. Como en los cuentos de hadas —Adelaida sonrió burlona— y observen que ni su “feroz” amiga Adelaida ha podido zafarse de la ramplona cursilería de la época que nos sustrajo; pues sí, como en los cuentos; una de las madrinas lo va a ayudar económicamente. Otra, va a ser su gufa espiritual, una tercera será su tutora, la que le resuelva sus asuntos legales, y por fin, la cuarta, va a tener en su hogar, siempre disponible, un lugar para él.

Pues sí, adivinaron, no era difícil, ¿verdad? Esas cuatro madrinas serán ustedes; y si me permiten, pienso que no se podrán negar.

Pilar, tú serás su guía espiritual. No me disgustaría que fuese católico. Te encargarás de que se bautice y tenga la preparación religiosa adecuada. Quiero que crea y que practique lo que cree de corazón y para él mismo, no para los demás. Una piedad sin fanatismos ni supercherías. Es necesaria una fe bien cimentada y real, porque esto le dará un espíritu fuerte y sereno.

Tú, Lola, serás quien lo proteja y ayude en todos sus problemas. Si yo falto, tú serás su tutora legal. Te encargarás de sus actas, de sus inscripciones, de sus boletas de calificaciones, verás que cumpla con su Servicio Social si es varón y de cualquier forma, si es mujer, verás que tenga una buena conciencia cívica. Necesito que aprenda a respetar a su patria y a cumplir estrictamente sus leyes. Le resolverás los problemas que se susciten en todo lo concerniente a tu ramo, administrarás su patrimonio, te encargarás de sus seguros y te darás un tiempo para transmitirle tu amor a los libros, que también es el mío.

Marcela, tú le ayudarás económicamente. Por supuesto que yo dejo absolutamente todo lo que tengo con claras disposiciones, incluyendo al pediatra que quiero que vea, jardín de niños al que asistirá, colegio

en donde cursará de la primaria a la preparatoria, seguro para su universidad, posibles accidentes, gastos médicos, alimentación, ropa, libros, etcétera. Todo está perfectamente aclarado en el sobre que le voy a dejar a Lola. Pero quiero Marcela, que le proporciones, a la medida de tus posibilidades, naturalmente, todos aquellos “extras” que no estoy en capacidad de predecir; y que seas su apoyo financiero en caso de alguna emergencia. Partamos desde luego de la base, que no quiero un “niño bien” ni un “manirroto”, pero sí pienso que necesita una protección que le dará seguridad en sí mismo.

Por último tú, Cata la que tienes un hogar con todas sus letras, tranquilo, estable acogedor, con una familia unida y normal, vas a compartirlo con mi hijo. Quiero, en caso de faltar, que tenga un lugar, un remanso, un sitio donde sienta el calor familiar. Un espacio en donde no se sienta huérfano, sino parte integral de un núcleo afectuoso.

Es verdad, no necesitan decirlo, ya sé que de ti es de la que más demando, Cata, porque te estoy pidiendo que le des amor, aún sin conocerlo, aún sin saber si lo aceptarán los tuyos, porque puede ser muy feo, todas lo saben, ¿verdad? Pero por otra parte, no les exijo todo su tiempo, si yo no estoy, él vivirá en internados, y estoy conciente de que no les estoy pidiendo nada que les sea imposible cumplir. Las conozco a todas, y sé el tamaño del corazón que llevan dentro. Por lo mismo, estoy segura de que no me defraudarán.

Llegando a este punto, Adelaida bruscamente se levantó y empezó a caminar dirigiéndose hacia sus habitaciones al mismo tiempo que decía: —Y ahora, van a tener que disculparme, apenas tengo el tiempo justo para llegar a la última clase que impartiré en la UNAM.

Adelaida desapareció unos instantes para regresar envuelta en un enorme abrigo.

—Les agradezco que hayan aceptado mi invitación y que hayan tenido la paciencia de escucharme. Espero que todas sus dudas hayan sido aclaradas y que, ahora sí, estén de acuerdo conmigo en que, como decía Leibnitz: “no existe pensamiento sin razón suficiente, todo lo que pasa o existe, tiene una explicación racional”. Pero no las canso más. Lola, Salustia te entregará un sobre grande de papel manila en el que vienen todas mis indicaciones, papeles y documentos. Quiero que por favor los pongas en tu caja fuerte y que solamente lo abras en caso de que yo, falte después del parto.

Todas al mismo tiempo levantaron la mano como deteniéndola e intentando hablar. . .

—No, no, ni una palabra más. Perdónenme de nuevo, pero dispongo de escasos minutos y no me gusta ser impuntual. Cuando llegue la hora, yo me encargaré de avisarles.

¡Ah!, y antes de que me lo pregunten, NO NECESITO NADA, ninguna cosa me hace falta, NO QUIERO QUE ME ACOMPAÑEN, todo lo tengo ya previsto y me basto sola.

Adelaida, tal y como lo advirtió, salió, pero las cuatro amigas no pudieron moverse de sus asientos a pesar de que ya era noche oscura. Durante tres largos minutos solo se escuchó el golpe de una rama contra el ventanal, y el viento precursor de lluvia. Aquello desde luego resultaba insólito; nunca se había registrado un tiempo en el que estando reunidas, hubiera habido silencio.

Después lógicamente, comenzaron a hablar y a comentar. Decidieron desde luego seguir las indicaciones de Adelaida tal y como las había dado. No tratarían de acompañarla al médico ni intentarían llamarla por teléfono, porque la conocían. Todas, además, estaban en la mejor disposición de ayudarla y complacerla. Coincidieron también en aceptar el que las cuatro se sentían en deuda con Adelaida y estuvieron también de acuerdo en certificar que su compañera era una mujer fuera de serie.

Pasaron tres semanas en el transcurso de las cuales, todas se dedicaron a comprar regalos para el futuro bebé que sentían un poco como propio.

Lola logró averiguar el nombre del doctor que atendía a Adelaida y fue a verlo. Sin ambages (como solía hacerlo) le explicó claramente el afecto que las unía y le hizo comprender su preocupación por su paciente. Era un hombre ya maduro, de amplio criterio y conocedor absoluto no solamente de su especialidad, sino de la conflictiva personalidad de Adelaida. Le contó a Lola que estaba al tanto de todo desde que fue visitado por primera vez, le confesó también su admiración ante la valiente decisión de su cliente ya que, según dijo, Adelaida había ido a consultarlo "antes" de haber llevado a cabo su plan. El trató de disuadirla, consideraba una locura el que se arriesgara a afrontar todos los riesgos físicos y morales que le ocasionaría seguramente su determinación de llegar a la maternidad, le había propuesto incluso ayudarla para conseguir una adopción, pero se había topado con una resistencia absoluta a cualquier consejo. Ella lo amenazó diciendo que buscaría otro facultativo hasta encontrar quien la ayudara.

—Yo no podía —dijo el Doctor— arriesgarme a dejar en otras manos la vida de la señora, ya no por la vanidad de considerarme mejor, sino porque me había dado cuenta del esfuerzo que ella había hecho para relatarme episodios dolorosos de su vida, y aquella confianza, me obligaba a tratar de cuidarla. No puedo negar ni ocultar los peligros que encierra su próximo parto; es primípara y casi seguramente, será su último embarazo. La edad de la Doctora Pérez Gómez es ya peligrosa, y para colmo, tiene una estrechez pélvica comprensible dada su extrema delgadez, que aunada a un principio de anemia forma un cuadro difícil. La Doctora, además, me hizo prometerle que si no era necesaria una intervención quirúrgica, me abstendría de suministrarle cualquier tipo de

droga o calmante que pudiera, aunque remotamente, ofrecer peligrosidad o daño para el producto.

En fin, como usted se dará cuenta, señora Rovira, no le ocultó mi preocupación. Definitivamente no es un caso sencillo; pero lo que sí puedo asegurarle es que pondré todo lo que esté de mi parte por ayudarla y no me separaré de su lado ni un momento. Lo demás, tendremos que dejarlo a Dios.

El doctor también le prometió a Lola que le haría saber el momento en el que Adelaida llegara al Hospital para que pudieran acompañarla. Efectivamente, como a las dos semanas de la visita de Lola al doctor, una noche recibió una llamada telefónica en la cual una enfermera le anunciaba que la Doctora Pérez Gómez se encontraba ya en el el Sanatorio Español con trabajo de parto.

Ninguna faltó, estuvieron todas.

Adelaida tuvo un parto largo y difícil, tal como lo había pronosticado el ginecólogo.

La criatura venía con el cordón umbilical enredado y después de horas angustiosas hubo que recurrir a la cesárea. Adelaida perdió mucha sangre, tanta, que el cuadro de anemia presentado le impidió realizar uno de sus más grandes deseos: amamantar a su bebé. El doctor, después, comentó que hubieron momentos en los que se vio entre la disyuntiva de salvar a la madre o a la criatura. Instantes escalofriantes en los que ni siquiera había tiempo para consultar la difícil resolución porque cada segundo contaba.

—Entonces —dijo— visualicé en aquel corto espacio de tiempo, el extraño caso que tenía entre las manos: el pequeño cuarto lleno de luz, con las paredes tapizadas de figuras de Walt Disney, la cunita de latón llena de encajes, la delicadeza del velo blanco, tal vez sustituto del que ella hubiera deseado tener en su boda, las sabanitas bordadas, y luego —sonrió— el estante lleno de libros, gruesos volúmenes de Pediatría, de Puericultura, de Pedagogía, que ella me había mostrado con una mirada esperanzada, ansiosa, escondida tras los gruesos cristales del par de lentes que parecían empujarse el rostro, y sin pensarlo más, señalé a mi ayudante que me secara la frente, y seguí adelante con todas mis fuerzas, con toda mi voluntad, con más empeño que nunca, dispuesto a arrebatar de los dedos de la muerte a LOS DOS, ¡Dios por delante! Cuando logré sacar al chamaco y escuché el berrido después de la consabida nalgada, ¡de verdad tuve ganas de darle un beso!

La espera, para las cuatro amigas, resultó interminable; empezaban a darse cuenta, a comprender la angustia de los maridos. Cuando llegó la enfermera con la noticia de que Adelaida estaba bien y había dado a luz un varoncito sano, completo, precioso y de casi cuatro kilos, ¡saltaban, reían, lloraban y se abrazaban como chiquillas!

Aquel niño que sentían tan cercano, las rejuvenecía, las humanizaba,

era una renovación, una inyección de vida, un intenso rayo de sol que les estaba exigiendo ser mejores.

CAPITULO XXI

LA CONVALESCENCIA fue larga, Adelaida estaba muy débil y hubo que ponerle varias transfusiones. Todas se ofrecieron, pero solamente Marcela pudo darle sangre; con ello, parecieron limarse las asperezas entre las dos.

Adelaida sumisa, como nunca antes la habían visto, aceptó ser cuidada por sus cuatro amigas que se turnaban para ofrecerle cariño y ternura que aceptaba con los ojos húmedos.

En realidad, desde que Adelaida pudo tener en sus brazos a su hijo, empezó a cambiar.

Pilar y Paco llevaron a la pila bautismal al pequeño Santiago, y al salir del Templo, Adelaida tenía ya los ojos llenos de lágrimas sin esforzarse por disimularlas. Ninguna de sus cuatro amigas recordaban haberla visto llorar.

—No, no me imaginaba —dijo en voz baja a Pilar— que estas ceremonias fueran tan emotivas ni tan impactantes.

Pasaron las semanas y los meses y, contra todos los pronósticos Adelaida empezó a buscar ya, abiertamente, a sus amigas. Un domingo lo pasaba en casa de Lola, otro llamaba a Cata para proponerle que fueran al parque con Santiago y su nieta.

Pilar la acompañaba al pediatra y Marcela salía con ella de tiendas. Adelaida parecía estar, al fin, disfrutando de la compañía de sus compañeros, y, por supuesto, también le halagaba el cariño que todas demostraban a su pequeño.

El chico era realmente hermoso; blanco, gordezuelo, gracioso, con los ojos muy grandes y despiertos de un azul muy oscuro; el cabello fino, dócil, las facciones perfectas, pero sobre todo, Santiago era de sangre liviana. Resultaba imposible estar junto a él sin hacerle un mimo. Sonreía constantemente y bastaba que se fijaran un poco en él para que de inmediato extendiera los brazos, aventara besos y comenzara a hacer monerías. Por otra parte, Adelaida se estaba convirtiendo en un prototipo de madre. Se dedicaba en cuerpo y alma a su chico y las horas le parecían pocas para estar con él.

Cuando Santiago cumplió un año, Adelaida le organizó una fiesta en los jardines del edificio de departamentos que habitaba. Personalmente decoró el pastel con figuras de payasos, preparó sandwiches con caritas de gato, arregló barquillos con malvaviscos, hizo barquitos con salchichas y queso, compró gorritos, llenó de globos los árboles, se rompieron tres

piñatas, alquiló perritos amaestrados y repartió canastitas de juguetes entre la chiquillería, sin que desapareciera la alegría de su rostro.

Una semana después de la fiesta, a las seis de la mañana Pilar recibió una llamada angustiada de Adelaida comunicándole que Santiago estaba con fiebre muy alta y no lograba comunicarse con el pediatra. Quince minutos después llegaba corriendo Pilar, y al poco rato Marcela, Cata y Lola.

El pequeño estaba realmente enfermo, con una diarrea casi continua y comenzaba también el vómito. Localizaron al doctor quien dio instrucciones por teléfono asegurando que iría a casa de Adelaida inmediatamente.

El doctor tardaba y Adelaida estaba ya como loca, las deposiciones no cedían y el niño empezaba ya a mostrar en los labios y en las uñitas un tono morado.

Decidieron no esperar más, envolvieron al pequeño en una manta y el chofer de Marcela las condujo directamente al Hospital Infantil. Durante el trayecto, Santiago se agravó; estaba inmensamente pálido y helado. El pánico se apoderaba ya de todas, Pilar comenzó a orar en voz alta. Adelaida no lograba ya articular palabra y todo su cuerpo temblaba como en un inicio de epilepsia.

Fueron atendidas inmediatamente y sin averiguaciones. Le quitaron a Adelaida al niño de los brazos y se lo llevaron a Urgencias.

La pobre madre desencajada, empezó a correr desesperadamente tras los enfermeros, pero antes, se volvió hacia Pilar para rogarle con voz entrecortada y ronca:

— ¡Reza Pilar! . . . por tu Dios, ¡REZA!

Cuando el pediatra llegó, lleno de disculpas, el bebé estaba ya en Terapia Intensiva con suero y oxígeno. Los doctores habían dicho que era una aguda deshidratación complicada con una amigdalitis. El cuadro se había desarrollado más aprisa de lo normal y la evolución pronosticaba que el pequeño podría no pasar la noche.

Adelaida estuvo primero como una autónoma, después lloró, lloró desconsoladamente, lloró por todo lo que no había llorado en su vida. Partía el alma ver a aquella figura inmensa, desgarrada, escuálida, doblarse indefensa en un dolor más allá de lo que podía soportar. No se movió de la cabecera de la cuna en las 32 horas que duró la agonía del pequeño Santiago quien realmente se debatía entre la vida y la muerte.

Por fin, pasó el peligro. El bebito empezaba a recuperarse, ¡había sido casi un milagro!

Cuando al cuarto día permitieron la visita de las cuatro amigas, Santiago ya tenía un poco de color en las mejillas y . . . sonreía.

Adelaida parecía un fantasma. Lentamente se volvió hacia Pilar, exánime se dejó caer en sus brazos, permaneció descansando en ellos un momento, y después intentó poco a poco enderezarse, para casi en seguida agachar la desmarañada cabeza y decirle muy quedo: — ¿Sabes una cosa Pilar?. Creo . . . creo que . . . empiezo . . . empiezo a creer que hay un Dios.

Santiago parecía reunir todas las carencias de su madre: extrovertido, simpático y alegre, pero sobre todo era muy cariñoso con Adelaida, quien bebía los vientos por él. A ella se la veía rejuvenecida y con el rostro nimbado de una luz especial. Había ya un "algo" en Adelaida que resultaba atractivo, pero no se podía explicar exactamente en qué consistía.

Sus actitudes resultaban diferentes, indudablemente porque todo tenía ya un enfoque nuevo para ella. Se notaban sus ademanes más suavizados, más tranquilos, como con la serenidad que da la confianza en uno mismo. Su mirada se había dulcificado, la sonrisa se había hecho visitante cotidiana de sus labios y el tinte discreto de su cabello aunado al cambio de sus vestidos por colores claros la hacían quitarse varios años de encima. Ya no prestaba atención a su altura y caminaba erguida, por tanto, el conjunto era agradable.

Inteligente como era, no perdía de vista la educación de Santiago, y le apretaba o le aflojaba en el momento preciso, siempre juiciosamente. El pequeño no era pues un niño malcriado, sino una personita encantadora que ya ofrecía una compañía placentera. Tenía "don de gentes", una simpatía que atraía. Era muy listo, tanto, que en una ocasión, estando en tercer año de primaria, Pilar se lo había llevado a un día de campo y como andaba retozando mucho y su madrina empezara a temer que fuera a hacerse daño con alguna zarza, poniéndose seria lo amenazó:

—Mira Santi; no te me alejes mucho porque por aquí suele haber indios.

—¿De cuáles tía Pili? —contestó el pícaro moviendo hacia un lado la ensortijada cabeza y empequeñeciendo sus grandes ojos azul oscuro—: chichimecas, aztecas o toltecas... porque no sé si sabrás que muchas de esas tribus han desaparecido.

Huelga decir que las "salidas" del chico paseaban sabrosamente de boca en boca entre las familias de las cuatro amigas que se hacían lenguas de su viveza. Estudioso y dedicado como su madre, sacaba excelentes notas en la escuela, pero también era amigüero y deportista; nadaba, jugaba fútbol y estaba en los Scouts. Adelaida se forzaba a dejarlo salir a campamentos de cuando en cuando.

—No quiero —decía con frecuencia— que Santiago viva pegado a mis faldas; es necesario que se baste a sí mismo para que cuando yo falte, no sufra.

Tenía Santiago una voz muy hermosa, tocaba el acordeón y parecía dotado de una gran apreciación musical que Adelaida fomentaba con entusiasmo.

CAPITULO XXII

LA VIDA DE LAS cinco amigas transcurría al fin, normalmente. Cada una dedicada a su respectiva familia, con sus altos y bajos naturales.

Lola y Armando habían conseguido una posición estable, y Gerardo se había convertido en un joven refinado y serio que empezaba la carrera de Leyes.

Paco y Pilar eran la pareja feliz. Salían mucho fuera de México porque al morir su madre, Paco había heredado dos ranchos que había que vigilar y que hacían las delicias de los primos en vacaciones. Luis era ya un muchachote colorado y fortachón mucho más alto que su padre y profundamente enamorado del campo, tanto, que ya casi había convenido a su padre para que lo dejara entrar a Chapingo porque quería estudiar Agronomía.

Felipe con la edad se había vuelto más complaciente con Cata y ya eran menos sus exabruptos y sus ataques de mal humor. Sin embargo se había hecho tan terriblemente casero que Cata suspiraba por la época en la que no se perdía un partido de fútbol o una corrida de toros. — ¡Con Felipe en casa a todas horas —decía compungida— no tengo un minuto de reposo! ¡Es muy bueno, sí!, ¡ay!, pero me quiere tener a todas horas velándole el pensamiento, ¡con eso de que puso su despacho en casa!... a todas horas, que un cafecito, que unas galletitas, que un refresco, que a platicar con él... si les digo que a veces se ríe cuando le digo que me está ya "atosigando" con su amor.

Lola solía burlarse de la dulce Cata y regañarla por su sumisión.

— ¡No, no Catita, te falta carácter! ¡Armando me prepara los cafés a mí, y siempre ha sabido que si se le despega un botón, él es el que los cose!, siempre te he dicho que es importante que los hombres nos tengan un poquitito de miedo, que no nos vean tan rendidas ¡caramba! Tú eres muy prudente, la verdad, porque Felipe parece contracción de parto, cada cinco minutos te está dando lata.

El ingenio de Lola seguía como cuando estaban en la Preparatoria.

En cuanto a la bella Marcela bien se podría decir que había madurado, sobre todo desde que su pequeña Renata empezaba a ser ya una señorita. Sus dos hijos mayores en realidad habían vivido alejados y la chica compartía sus gustos por la ropa, la música, el deporte, tanto, que Marcela trataba ya de no demostrar tanta frivolidad. Renata era una auténtica belleza, más hermosa de lo que nunca fue su madre; y curiosamente aquel hecho, en lugar de haber despertado un poco de celos en Marcela, la había asustado. Por eso cuando empezó Renata a insistir en que quería poner una academia de Ballet, Marcela la apoyó en todo. Renata estudiaba baile desde pequeña y lo hacía muy bien, nunca, sin embargo, había sentido amor por el estudio.

Marcela temía que la belleza de su hija atrajera hacia ella a una corte

de admiradores que muy bien pudieran no ser personas de fiar; Renata, pese a su figura de mujer, era muy ingenua, y Marcela temblaba con la idea de perder también a su hija, la preferida de su corazón y la que había hecho más llevadera su cruz de vivir esperando el golpe de una nueva aventura de su marido, que parecía no cansarse nunca.

En los últimos años, Marcela y Adelaida se veían con frecuencia, por eso cuando Adelaida supo del regreso de Susana a México, se apresuró a felicitar a su amiga.

— ¡Por fin, Marcela!, ya era justo que volvieran a reunirse, ahora sí podrán recuperar todos esos años de separación y podrás darte cuenta de los valores que encierra tu hija.

— ¡Qué más quisiera “honey”, qué más quisiera!, pero sospecho que he perdido a Susie para siempre. Nunca debí haber permitido que estuviera tantos años fuera. Susie se ha desarraigado completamente de nosotros. Dudo que nos tenga cariño, al menos, el que yo desearía. Ya nos comunicó en su carta que va a vivir sola. Quiere un departamento y dice que es ridículo que la dejemos como “family girl” después de tantos años.

*

Pasó algún tiempo más y, una tarde, Adelaida decidió ir a visitar a Susana. Pidió su dirección a Marcela y llegó a un bonito edificio en Polanco. No había elevador, pero Susana estaba en el segundo piso y las escaleras eran anchas y cómodas. De repente, Adelaida sintió que el corazón se le detenía, no podía creer lo que estaba viendo. Víctor Zurbarán, tan atractivo como siempre, bajaba sonriente las escaleras de dos en dos; pero eso no era todo, ¡colgaba de su velludo pecho nada menos que la cruz de Marcela que siempre había traído Susana!

Adelaida no sabía qué hacer y optó por volverse contra la pared y dejarlo pasar esperando que no la viera. ¡Hubiera dado cualquier cosa por no volver a saber de aquél hombre! Adelaida sintió un escalofrío al recordar cómo la había humillado, y, sin embargo, Santiago, su amor, toda su vida había nacido de ese espantoso encuentro.

Tratando de serenarse, Adelaida llegó al departamento de Susana. Estaba arreglado estrafalariamente, como su dueña, la chica había vuelto a ser la que encontrara en Suiza con el grupo extraño de desarrapados.

La muchacha, sin embargo, la recibió bien y empezaron a hablar. Susana estaba muy desubicada, la encontró descarada, cínica, su vida se dejaba adivinar tras el desorden que imperaba. Adelaida no pudo menos que preguntarle por Víctor y ella, tranquilamente le contestó que era su amante.

Adelaida trató de evocar las conversaciones que había tenido con ella en Europa, pero solo obtuvo un rechazo rotundo.

— ¿De modo que ahora te has vuelto mojugata tía Ade?, ¡vaya!, pues mira, yo creía que con tantos años en el extranjero, bien podías haberte

quitado la polilla. ¿Yoooo?... ¿casarme?, ¡ni loca!, ¿no has visto el matrimonio de mis padres?, papá ha vivido poniéndole cuernos a mi madre desde que tengo uso de razón, y así son todos en cuanto se sienten atados... “El sagrado vínculo del matrimonio”, eso ya es de la pelea pasada, tía, ya nadie se casa, es obsoleto, ridículo, “an-ti-cua-do”.

Adelaida por fin logró que Susana hablara de Víctor, se dio cuenta que estaba muy enamorada de él. Mientras más hablaba, más se convencía Adelaida de la clase de sinvergüenza que era Zurbarán; no solamente no se había corregido, ahora era peor y Susana que se las daba de “muy experimentada”, era una pobre niña indefensa comparada con el chacal que lo único que quería era su dinero. La chica había confesado que Víctor estaba pasando por un mal momento en sus “negocios” y ella le ayudaba.

Adelaida entonces, viendo el peligro que corría, la instó para que regresara a su casa, le dijo que Víctor había sido su alumno y que sus referencias no eran buenas. La chica lo defendió a capa y espada: — ¡Eso no es cierto!, Víctor es muy bueno, lo que pasa es que él es un hombre auténtico y vive como es, él me adora, yo confío en él plenamente, tanto, que voy a pedirle a mis padres que me den mi herencia de una vez, para que podamos hacer nuestra vida Víctor y yo. A él no le interesa el dinero, lo que sucede es que a veces es necesario; el pobrecito perdió una fortuna por ayudar a un amigo y ahora es muy justo que se le ayude a él. ¿Y volver a mi casa?, ¡jamás!, mi padre es un tenorio asqueroso, mi madre una muñeca de sociedad que no sabe más que de cremas y de trapos, ellos me echaron en un internado para deshacerse de mí y ahora que ya se sienten solos y están viejos, quieren que vuelva como niña buena, ¡sí, cómo no!

—Lo que te he contado de Víctor Zurbarán es cierto Susana, y si sigues con él, la pasarás muy mal. Tu padre en el fondo tiene buen corazón, se arrepiente, es débil pero ama a tu madre, y si cometieron errores debes perdonarlos. Víctor en cambio, es un hombre cruel, no es bueno, créeme.

Todo fue inútil y Adelaida se fue del departamento tan angustiada como había entrado.

Por su parte, Susana, tan pronto como salió Adelaida, se comunicó con Víctor para contarle todo lo que había hablado con ella.

La respuesta de Zurbarán no se hizo esperar y al día siguiente Adelaida lo tenía en su casa. Santiago por fortuna se había ido de campamento y ella abrió la puerta confiadamente, porque nunca se imaginó que la tontería de Susana hubiera llegado a tal extremo.

— ¡Ajá!, conque la “insigne Doctora Adelaida Pérez Gómez, la del “premio nacional de Historia”, la que acaba de ser admitida en la “Real Academia de la Lengua” se encuentra frente a frente con el “malvado” Víctor Zurbarán, ¿eh? Víctor había empujado a Adelaida y se encon-

traba ya sentado en uno de los sillones de la sala sonriendo fachendosamente.

— Vamos a ver, “doña esperpento”, ¿qué dirían tus amigos los cate-dráticos si por una “casualidad” se llegaran a enterar del “asuntito” que me propusiste un día?

Adelaida estaba pálida y temblaba por dentro, pero hizo acopio de su fuerza y aparentó una calma que no tenía. De pie, ante Víctor y cruzada de brazos le dijo:

— En primer lugar no tienes por qué tutearme, no somos iguales. Y en segundo lugar, me tienen sin cuidado tus amenazas Víctor Zurbarán porque conmigo no puedes. Debes saber que desprecio profundamente a los sujetos como tú, que se hacen pasar como “hombres” y solo resultan reptiles inmundos. Más te vale salir de mi casa inmediatamente.

— ¡Admiro tus desplantes de “reina ofendida”, pobre plumero con aires de señora!, ¿o debería decir “señorita”? ¿o será mejor “madre soltera”? ¿qué “digno y respetable” el título para una “diplomada en Historia, y en Filosofía”, y en “mariguanadas”. . . dígame, “señora”, ¿su hijo sabe que, además de saber Historia “usted” tiene una pequeña historia que lo involucra? . . . Víctor se había levantado, su rostro había tomado un aspecto fiero. — ¡Basta de comedias, y a lo que vine! Necesito dinero y tú me lo vas a dar “esperpento”, y depende de tu “generosidad” el que tu hijo sepa o no de su padre.

Adelaida entonces, hecha una furia, empujó a Víctor de los hombros haciéndolo caer nuevamente al sillón. Con los ojos chispeantes y el rostro encendido gritó:

— ¡Mi hijo no tiene ni tuvo padre jamás! ¡Es mío, mío solamente, óyelo bien y entiéndelo!

Adelaida respiró profundamente, se irguió y volviendo a poner los brazos cruzados movió la cabeza de un lado al otro. — ¿Me crees tan ingenua, Víctor Zurbarán?, no, mira, para un listo, un listo y medio, ¿te has olvidado de que yo soy solamente fea, no tonta? En mi caja de seguridad del Banco y en un cassette completo, está grabada toda nuestra entrevista, la primera y la segunda. Acuérdate que ambas citas fueron en “mi” despacho. Allí está expuesto todo, TODO, ¿lo entiendes?, mi proposición, tu petición de más dinero, tu actitud, tu poca hombría, tu vileza, TODO. Ese cassette puede interesarle a mucha gente ¿no crees? Tú tienes una larga historia y no precisamente blanca. Debo decirte que a pesar de haberte exigido que te olvidaras de nuestro negocio yo tuve buen cuidado de seguir tus huellas, no pude evitarlo, porque quise agotar todas las posibilidades y cerciorarme de que MI HIJO no podía ser NADA TUYO.

Víctor empezaba ya a revolverse nervioso en el sillón.

— Mira Víctor — continuó Adelaida como quien le habla a un niño —, es mejor que te vayas de aquí porque podría darse el caso de que el chantajeado fueras tú.

Adelaida se había ido acercando poco a poco hacia el antiguo perchero en donde había un abrigo colgado. Y hablaba, hablaba suave y lentamente.

De repente Víctor se levantó — ¡Basta ya! — gritó acercándose hacia donde estaba Adelaida. Pero ya ella había sacado una pequeña pistola que guardaba siempre en la bolsa del abrigo en la entrada de su casa, y con ella en la mano, siguió con voz pausada:

— ¡Sal de aquí!, ¡lárgate!, yo tengo más sangre fría que tú porque la vida me ha sido más difícil que a ti, no me impresionas, Víctor, y para tu conocimiento no tengo ningún temor en contarle todo a mi hijo, MI HIJO.

CAPITULO XXIII

VÍCTOR ZURBARÁN no era hombre que se conformara con su suerte, y menos aún pensando en que seguramente Adelaida trataría, por todos los medios, de deshacer su relación con aquella estúpida niña rica. Había madurado un suculento final ante los padres de Susana, porque planeaba hacer el papel de “redimirla” casándose con ella; ganarse a los suegros portándose encantador una temporada, y poco a poco, ir sacándoles todo lo que quería. Se había enterado que Carlos Montesinos gastaba a manos llenas, y se sentía frustrado porque su único hijo varón estaba empeñado en ser cura. Era una oportunidad dorada de encumbrarse. Tenía la habilidad suficiente como para ganarse a tal grado al viejo libertino, como para que lo elevara a calidad de socio de sus empresas. Víctor casi no conocía a nadie en la capital, así que era muy difícil que Montesinos tuviera referencias de sus actividades anteriores. Por otra parte, había averiguado que Montesinos no estaba bien de salud. La vida de disipación que había llevado desde muy joven le empezaba a hacer pagar réditos bastante altos en su persona.

Víctor había estudiado varios años de la carrera de Administración, hablaba inglés y tenía muy buen tipo, de modo que el éxito no parecía tan remoto.

Lo de Adelaida había sido una verdadera calamidad. Jamás se imaginó volver a encontrarse con aquella bruja, y mucho menos, que tuviera amistad con los Montesinos.

Ahora tenía que hacer un viraje de noventa grados. Víctor se presentó de inmediato en el departamento de Susana. No podía arriesgarse a que Adelaida volviera a hablar con ella. Susana estaba muy enamorada de él, ¡pobre infeliz!, y creería lo que a él le viniera en gana. Había que actuar rápido porque si no, podría quedarse sin “miel y sin jícara”. Ya verían de lo que era capaz Víctor Zurbarán.

— Sí Susie, como lo oyes. Me cuesta trabajo decirlo, porque es una

mujer, como quiera que sea, y yo, soy un caballero, aunque no comulgue con lo del matrimonio, tú lo sabes. Ella estaba perdidamente enamorada de mí, yo ya no veía la forma de quitármela de encima, y al darse cuenta de que jamás la "pelaría", vino a ofrecérseme, me acosó, no sabes a que grado. Trató hasta de darme dinero, ¡imagínate!, al final, empezó a extorsionarme, no sé si lo sepas, pero Adelaida siempre lleva consigo una pequeña pistola con la que me amagó.

*

Una semana después, Adelaida tuvo una significativa conversación con su hijo.

— Santi —le dijo—, tú ya eres un hombrecito, nada menos que el hombre de la casa, pero además, eres mi amigo, mi mejor amigo. Por eso mismo yo quisiera consultarte para que me dieras un consejo; necesito ayudar a una amiga que tiene un grave problema. Fíjate que mi amiga era, desde chiquita, una niña triste y fea, muy fea, tanto que nadie quería jugar con ella, y ella, pues tenía muchos, muchos deseos de querer y de que la quisieran. Sufría mucho, y cuando nadie la veía, lloraba; ella no quería que se dieran cuenta de que tenía tanta tristeza, porque era orgullosa. Y como estaba muy amargada no se atrevía a acercarse a la gente, porque tenía miedo de que le hicieran daño. Nunca reía, siempre estaba seria, y, entonces, pues parecía como que estaba enojada. Cuando creció, no tuvo novios porque, como te digo, era muy fea. Después, cuando ya tuvo edad para casarse, ¡nadie quería hacerlo con ella! y naturalmente eso la puso más triste todavía, porque estaba muy sola, y no tenía a quien amar, ni a quien cuidar. De pronto, se le ocurrió que podía existir una persona en el mundo, una sola que SI, la podía querer, aunque fuera fea: ¡un hijo! ¡Ah!, pero había un problema, para que un niño nazca, tú sabes, Santi, que se necesita que una pareja se una, para tenerlo, y mi amiga era una chica tan fea que no había hombre que quisiera formar pareja con ella y quererla. Pero a pesar de eso, su ilusión de tener un hijo era lo único que la hacía tener la esperanza de ser feliz algún día. Ese solo deseo la hacía darse cuenta de que ¡Valía la pena vivir!

Entonces a mi amiga se le ocurrió la idea de comprar una pareja, porque a pesar de que ella sabía que una persona que aceptara su trato, nunca querría ni conocer, ni amar a su hijo, ¡ella podía y quería amarlo por los dos! Y entonces, se decidió a hacerlo.

Mi amiga tuvo un hijo a quien adora, y ahora es inmensamente feliz, como nunca antes lo había sido; pero resulta que la pobre tiene mucho miedo de contarle su historia al niño, porque le da pánico que al saberlo todo, su hijito deje de quererla, y la rechace como la rechazaron todos, antes de que él naciera.

—¿Tú qué crees que hará ese niño Santi?, dime, ¿cómo crees que reaccione?

Un silencio helado recorrió la estancia, después, Santiago, mirando fijamente a Adelaida dijo:

—Mamita, yo creo que la va a querer tanto como yo te quiero a ti, desde que lo sé. Acto seguido, madre e hijo se fundieron en un inmenso abrazo.

*

Santiago iba a cumplir diez años y Adelaida planeaba hacer una hermosa fiesta, porque el cumpleaños coincidía con su Primera Comunión.

Emilio Montesinos había llegado a México después de haber pasado algunos años en Roma. Llegaba precisamente para su Ordenación Sacerdotal. No había dejado de cartearse con Adelaida, y, a raíz de la Primera Comunión de Santiago, había tomado por costumbre pasarse tarde con tarde, enfrascado en larguísimas conversaciones con ella.

El día señalado, Santiago estaba radiante, como nunca. Lola fue su madrina y el succulento desayuno se efectuó en los jardines de la casa de Marcela. Allí, delante de toda su familia (las de sus cuatro tías), Santiago confesó que aquel día era el más hermoso de su vida, porque había recibido el mayor regalo al que podía aspirar: que su madre comulgara con él.

*

Víctor y Susana empacaban sus cosas en el departamento de ella, y lo hacían apresuradamente. Mientras echaba en la maleta unas camisas, Víctor preguntó:

—¿Están todas las alhajas?, ¿estás segura Susie?

—Sí mi amor, sí, ya te dije que las saqué todas. No había nadie en casa, no me vieron. Las otras, las tiene mamá en la caja de seguridad del Banco, y eso sí, es imposible.

—¿Y la chequera?, ¿sacaste la chequera, verdad mi cielo?

—Nada más saqué un cheque, Víctor. Me dio miedo, yo creo que es lo más seguro. Pero mira; la firma de mamá me sale exacta, fíjate, compara la de esta carta, ¡son idénticas. . .! Si no en balde la perfeccioné falsificando todos los permisos y muchas calificaciones cuando todavía estaba aquí en México!, si te contara que ella misma, en muchas ocasiones convenía en que la hiciera, sobre todo cuando me le presentaba tempranito en su recámara y estaba muy desvelada, todas las noches salían, pero mira, fíjate, la practiqué muchísimo, palabra.

Víctor se acercó a Susana para darle un beso; luego, una nalgada cariñosa.

—¡Bien por Susanita, eres sensacional, mi vida, y ya verás, ya verás lo que nos vamos a divertir tú y yo por el mundo!. . . tú no has vivido en realidad, yo voy a enseñarte, nosotros no necesitamos de nadie para ser felices, nos bastamos solos. El amor, el amor es todo lo que cuenta, mi reina, y yo te adoro.

Aquel soleado domingo, estaban todos reunidos en casa de Marcela y Carlos, porque Felipe se había ofrecido a preparar una paella.

Gerardo y Renata charlaban animadamente, mientras rebanaban los pimientos que Felipe utilizaría en el platillo. Luis se dedicaba a echar carbón bajo el enorme asador que chisporroteaba listo para recibir la gigantesca cacerola que traía Felipe en los brazos. Tras él, venía Cata con una cazuela llena de cebolla picada y ajos que se vaciarían en cuanto hirviera el aceite de olivo, junto a los mariscos, el pollo, los chorizos y los ejotes que estaban en una canasta. Santiago y Rocío, un poco más lejos, cubrían de hielos las cubetas donde estaban las botellas de sidra, y cerca de ellos, en una larga mesa rústica, Carlos, Paco y Armando reían a carcajadas de un chiste que les había contado Milo mientras, entre todos, colocaban salami, jamón y queso, en platonos para la botana.

Marthita y Octavio, su esposo, se acercaban al primer grupo con una gran charola de rebanadas de sandía y piña que cargaban entre los dos.

En el lado derecho del jardín, un poco más lejos y sin dejar de hablar y reír: Pilar, Lola, Marcela y Adelaida colocaban cestos de pan y platillos con mantequilla entre las cinco mesas redondas cubiertas con manteles de cuadros rojos que aguardaban ya dispuestas, con sus respectivas sillas y sombrillas.

La mañana estaba espléndida, y los árboles frutales que se diseminaban entre el bien cuidado césped daban una apariencia de remanso al lugar. Todo era cordialidad y alegría cuando, de repente, salió del portón central un criado, que se acercó corriendo a Carlos. El pobre hombre tuvo que detenerse un segundo para tomar aire y ese lapso bastó para que todo el grupo se asercara.

— ¡Señor!... señor, un accidente, un accidente espantoso, acaban de avisar por teléfono, la señorita, la señorita Susana!

Carlos congestionado ya, sacudía desesperado los hombros del anciano sirviente urgiéndolo a seguir hablando: ¿Qué le pasó a mi hija?, ¿qué le sucedió? ¡Habla Simón!

— ¡Cálmese Don Carlos!, ¡señora, por favor!, ¡Dios mío!, ¡la niña vive!

Todos se pusieron en movimiento y un poco después, se hallaban en el lugar del siniestro. Susana y Víctor huían rumbo a Veracruz, Víctor había planeado que tomaran allí un carguero que los llevaría a Venezuela en donde él tenía amigos. Iban en la carretera muy aprisa, y al empezar las curvas de bajada en la carretera de Puebla, les tocó una curva muy cerrada, Víctor perdió el control del vehículo, cruzó la carretera y se estrelló en el cantil del otro lado. El motor se incrustó en la carrocería y él murió instantáneamente prensado por el volante. Fue tan terrible la colisión que tuvieron que deshacer el automóvil con soplete de acetileno para poderlos sacar. Cuando llegaron, se encontraron con que ya la ambulancia se había llevado a Susana. Después, en el hospital, los médicos tuvieron que comunicar a Carlos y a Marcela que, desgraciadamente, la muchacha tenía rota la espina y estaba en peligro de muerte. El dolor de Carlos y Marcela era indescriptible; Carlos empezó a gritar

que no era posible, que la llevaría a otro lado, que aquel diagnóstico terrible no podía ser cierto, estaba como loco. Marcela simplemente se desplomó a llorar y llorar como no lo había hecho nunca en su vida. En aquellos momentos vio claramente cuán deficiente había sido la educación que le habían dado, y cuántos momentos preciosos de la compañía de su hija habían desperdiciado. Entre todos, fueron tratando de calmarlos y de hacerles comprender que no había remedio, que habrían de afrontar los hechos y tratar de hacer llevaderos los minutos que le quedaban a Susana. Quien más los calmó fue, naturalmente, Emilio; Dios, al fin y al cabo, resulta siempre el único consuelo, y los Montesinos habían vivido muy alejados de Él.

Milo entró primero a hablar con su hermana, después entró un sacerdote, y al último sus padres. Cuando Marcela vio cómo estaba su hija, creyó no poder soportar los sollozos que la ahogaban, sólo el brazo fuerte de Emilio logró hacerla acallarlos; pero cuando, ya más controlada, se acercó junto a ella, y vio la cruz de granates que colgaba aún de su pecho, gritó horrorizada que era la causante de todo, que ahora estaba segura de que estaba embrujada, que no había llevado sino desgracias a su casa, que Carlos se la había regalado como compensación a sus infidelidades y que desde que la había usado Susana, se había alejado de su hogar.

Carlos entonces, profundamente arrepentido la abrazó con ternura, y pidió perdón por sus fallas como esposo y como padre. Renata entró en ese momento, azorada con la escena. Emilio intervino, sin tomar en cuenta la presencia de su hermana menor, para calmarlos.

— Una imagen del Señor no puede causar daño. Dios es amor, perdón y caridad. El es quien nos reúne ahora para poder tenernos juntos después; en su Reino. ¡Pero por favor!, salgamos, Susana está muy fatigada, es necesario que descanse.

Susana entonces, murmuró que necesitaba hablar con todos. Después, lentamente, deteniéndose en cada palabra, poco a poco desahogó su corazón. En muchas ocasiones, viéndola intensamente pálida, intentaron que callara; pero ella levantaba poco a poco su mano temblorosa para que le permitieran terminar.

Aquella madrugada murió.

El duelo duró mucho y fue sincero; pero a raíz de la muerte de su hija mayor, Carlos y Marcela se unieron realmente y trataron de compensar las fallas que habían tenido en Susana, con Renata.

Emilio regresaba nuevamente a Roma, pero antes, se ordenó sacerdote, y en su Canta-Misa dejó la cruz de granates en el Altar del Perdón de la Catedral Metropolitana.

PASARON VARIOS años; y una víspera del día de las Madres, Santiago le confesó a Pilar que estaba preocupado porque no tenía nada que regalarle a Adelaida.

Pilar entonces, de repente, recordó el camafeo de Doña Isaura que le había enviado Victorino a su hermana antes de morir para que lo conservara como recuerdo de su madre. Le contó a Santiago la historia y pidiéndole que la esperara un rato, fue a buscárselo.

Santiago aquella noche, llevó serenata a su madre con todos sus amigos de la estudiantina. El cuadro era hermoso, con todos los jóvenes envueltos en sus capas negras llenas de listones de colores tocando el acordeón y la mandolina, y cantando canciones de amor con sus bien timbradas voces. Adelaida se emocionó muchísimo, y después, cuando luego de ofrecerles humeantes tazones de chocolate que ella misma preparó, se quedó su hijo solo con ella.

— ¡Qué lindo estuvo, Santi!, fue como un sueño precioso del que no hubiera querido despertar, ¡me sentí como si hubiera vuelto a tener quince años!

— ¡Ah!, pues entonces, hay que venir a traerle “gallos” más seguido Doña Ade.

Santiago llenaba de besos el cabello y los lentes de Adelaida, lleno de ternura.

— ¡Ya!, ¡ya!, ¡que me dejas ciega, demonio de muchacho!, ¡pareces oso! —Adelaida manoteaba divertida sin acostumbrarse a la efusividad de Santiago.

— ¡Y no rezongue, porque ahora viene lo bueno! —exclamó—. Después, buscándose nervioso en una de las bolsas del pantalón, sacó al fin un estuche de terciopelo negro que alargó a su madre con una amplia sonrisa de satisfacción, saboreando de antemano el grito regocijado que seguramente daría Adelaida, al encontrarse con un recuerdo precioso. Ella sonriendo encantada, abrió rápidamente el regalo; y cuando lo vio, no pudo evitar un grito, ciertamente, no de gusto. ¡Aquel camafeo llegaba a ponerle otra vez enfrente, todos los momentos de desesperación y amargura que había tratado de borrar en los últimos años! Volvió a cerrar el estuche, esta vez con el ceño fruncido y logró murmurar un —Gracias, hijo—, antes de regresar lentamente a sus habitaciones. Santiago creyó que la emoción le había impedido hablar.

El tiempo seguía su marcha y las cinco amigas formaban una sola gran familia, siempre unida.

Carlos Montesinos se había avejentado mucho y se tornaba taciturno y filosófico. —“Los pecados de juventud, son cheques al portador en la vejez”—, solía decir con frecuencia, mientras, sentado en su sillón favorito, y quejándose de la “gota” y de la “diabetes” que padecía, revisaba en los periódicos los resultados de la Bolsa de Valores.

Armando, sin embargo, se había conservado bastante bien, tenía sucursales de su tienda en cuatro ciudades de la República, y estaba ya en tratos para abrir otra en Centro América. Hacía ya un año que Gerardo les había dado a él y a Lola dos de sus mayores alegrías: recibirse como abogado, y casarse después con Renata Montesinos. Con los años, Armando se había vuelto también consciente de sus errores, y, aunque le había costado esfuerzo, un día le envió a Adelaida un cheque por una fuerte suma de dinero con una nota en la que le rogaba que aceptara aquello, como compensación al robo de su álbum de timbres.

Adelaida trató de devolvérselo, pero fue tan sincera la súplica de perdón por parte de Armando, quien le afirmaba que de no recibírselo, lo condenaría al remordimiento, que Adelaida lo tomó, para depositarlo en la cuenta que le tenía a Santiago.

Felipe y Cata vivían en armonía, la casa se les había hecho demasiado grande un tiempo, y ahora empezaba a parecerles nuevamente chica. Marthita les había dado cuatro nietas y los ocho, vivían juntos. Felipe había encontrado en Octavio, el hijo que siempre quiso tener, y las cuatro chiquillas lo habían convertido en un abueiito consentidor y cariñoso, que vivía con la sonrisa en la boca, cuando no estaba gritando — ¡Cataaaa...! ¡quiero otro cafecitooooo!

Paco y Pilar habían acabado por irse a vivir al rancho. Luis era ya todo un ingeniero agrónomo, se había casado con una provincianita dulce y hacendosa que lo adoraba y que casi a diario visitaba a Pilar, para intercambiar libros y recetas de cocina. Pilar se había propuesto hacer de su nuera una historiaadora autodidacta, al menos durante los seis meses que le faltaban para convertirse en madre. Paco y Pilar, sin embargo, pasaban casi todos los fines de semana en México en donde conservaban un pequeño departamento.

*

— ¡Cata?, oye “honey”, recibiste la invitación para la graduación de Santi?

— Sí, sí Marce, y se me hace increíble, ¿te fijaste en la fecha?

— 16 de Junio, sí, . . . ¿qué hay con eso?

— ¡Pero mujer!, si se suponía que la olvidadiza siempre era yo, ¿ya no te acuerdas? ¡fue el mismo día, hace dieciocho años!, recibimos aquella nota de Adelaida invitándonos a tomar el té a su casa.

— ¡Caramba!. ¡pues tienes razón!, ¡qué bárbara, qué memoria!

— No es para tanto, la verdad, quien me lo recordó fue la propia Ade, que está emocionadísima. El viernes es la entrega de premios en el auditorio del colegio y el sábado el baile de graduación del bachillerato. Santiago tiene excelentes calificaciones.

— Sí “honey”, Carlos está orgulloso y ya me dijo que como Santi le confesó que quería estudiar Medicina, le va a costear toda la carrera, y dice que no va a dejar que Adelaida abra la boca. ¡Oye!, ¡si Santi ha sido como otro hijo para todas, no nos va a quitar el gusto! Ahora, pa-

sando a otra cosa, a ver cómo me las arreglo para que acceda mi "Morci" a ir al baile, ¿está tan achacoso que ya no lo muevo ni con grúa!

— ¡Uy Marce!, ¿de eso no te doy el pésame!, ¡Felipe está igual, no quiere salir de casa! pero, te diré, tratándose de Santi, es capaz de subir al Paricutín. Oye, ¿y Milo? ¿no vendrá?

— Imposible "Darling", eso sí, imposible, está en Turfín y esperan la llegada de unos obispos de no sé donde, pero lo que sí te aseguro, es que ese día ofrecerá todas sus oraciones por Santiago y muy probablemente le llame por teléfono, ya ves como lo quiere. Oye Cata, y otra cosa, Pili me acaba de hablar, vienen los cuatro con nosotros.

— ¡Oye, qué bueno!, a mí me llamó Lola también, y me dijo que apartáramos lugar para ella, para Armando, Gerardo y tu Renata por supuesto. Octavio y Marthita van con nosotros y Rocío ¿pues va de compañera de Santi!, ¿qué te parece?

— ¡Sensacional "honey", va a estar fabuloso! Oye Cata linda, te voy a colgar porque aquí viene mi "Morci" y es hora de su medicina, luego te llamo, ¿eh?

Carlos efectivamente se acercaba lentamente.

— Oye Marce, ya ni la "amuelas", Catita va a pensar que soy un viejo decrepito. . . Me pones como un anciano de ochenta años "caray".

— No seas gruñón, "Morci", y, ahora, a ver, ¿verdad que sí te animas a ir al baile?

— ¡Por supuesto! Si no soy un inválido.

— ¡Uy qué lindo mi "Morci" guapo! Así me gustas, mira, te llevo tus medicinas, tu bufanda, tu abrigo. . .

— Y tú, ¿te pondrás como siempre? tan elegante, tan bonita, sigues igual de hermosa, Marcela, igual de buena, pobrecita, te he condenado a servirme de enfermera.

Marcela soltó una carcajada, luego, le dio un manazo cariñoso.

— Mira sinvergüenza, prefiero que me pellizques a mí, a que se te vaya a ocurrir pellizcar a otra.

*

El día de la entrega de premios, todas estaban en primera fila. Empezó el desfile de números y medallas de otros grupos. En un intermedio apareció Santiago en un "solo" de acordeón interpretando "La Danza del Fuego" de Falla. Le aplaudieron hasta que les ardieron las palmas.

Después, se anunció que iban a presentar a los finalistas del Concurso de Oratoria. Pasaron al escenario tres muchachos, uno de ellos era Santiago.

El muchacho más bajito comenzó a declamar "En Paz", de Amado Nervo, y lo hizo bien. Después, un chico larguirucho y pecoso dijo el famoso "Brindis del Bohemio", con buena dicción y mucha emotividad.

Por fin, pasó Santiago, erguido, serio, se aclaró la voz y empezó a recitar: la "Romanza de la niña negra" de Cané, aunque cambiando la palabra "negra" por "fea".

ROMANZA DE LA NIÑA FEA

*Toda vestida de blanco, almidonada y compuesta
en la puerta de su casa, estaba la niña fea.
Las otras niñas del barrio jugaban en la vereda,
las otras niñas del barrio, nunca jugaban con ella.*

*Toda vestida de blanco, almidonada y compuesta
en un silencio de lágrimas lloraba la niña fea.
Toda vestida de blanco, almidonada y compuesta,
en su féretro de pino, reposa la niña fea.*

*A la presencia de Dios un ángel blanco la lleva
y la niña fea no sabe si ha de estar triste o contenta.
Dios la mira dulcemente, le acaricia la cabeza
y un lindo par de alas blancas a sus espaldas sujeta.*

*Los ojos, tras de las gafas, brillan de la niña fea,
Dios llama a todos los ángeles y dice: "Jugad con ella".*

Luis Cané.

Un silencio envolvió a la sala. Después, vinieron los aplausos. Se nublaban los ojos de las cinco amigas.

Santiago no ganó el concurso de Oratoria, pero ellas le hubieran dado el premio.

CAPITULO XXV

EL SABADO EN LA tarde, Santiago y Adelaida terminaban de arreglarse. Santiago le había leído a su madre el telegrama que había recibido de Emilio y estaba muy emocionado.

— ¡Es "padrísimo" tener un primo sacerdote! ¿a poco no? Oye mamá, dónde tienes mis mancuernillas, no las encuentro. . .

— Busca en el cajón de mi cómoda, está abierto. — Dijo Adelaida mientras se peinaba. Santiago se acercó al mueble y empezó a hurgar entre el cajón desmañadamente.

— Mira mamá, ¿no es éste el camafeo de la abuela? ¿Por qué no lo usas esta noche? Adelaida soltó nerviosamente el cepillo, luego bruscamente replicó: — No. Pienso llevar mi collar de perlas. ¡Y ya deja en paz mis cosas! Tienes las manos muy destructoras.

En ese momento, justamente, se escuchó el sonido como de que algo que se había roto, Adelaida se volvió enojada hacia Santiago justamente en el instante en que él le dijo:

— ¡Mira mamá!

Adelaida ya francamente molesta, le contestó secamente:

— ¡Cómo quieres que vea! ¡Bien sabes que sin anteojos no distingo absolutamente nada!

Santiago entonces le llevó los lentes con una mano mientras con la otra le alargaba el camafeo de Doña Isaura, que se había abierto.

— ¿Quién era "Adela", mamá?

Adelaida asombrada y sin lentes, le contestó:

— Era mi abuela paterna, la mamá de mi padre, con la que te he contado que mi madre nunca se entendió. De ella recibí parte de mi nombre y me hubiera gustado mucho conocerla, porque siempre me dijeron que me parecía a ella. Pero, ¿por qué lo preguntas?

— Ponte los lentes, mamá. Mira, el camafeo tenía un broche y sin querer lo he abierto, dentro, tiene una inscripción en brillantes que dice: "SOLO EXISTE UNA BELLEZA: LA DEL ALMA" y firma: "ADELA".

Adelaida se acercó, tomó el camafeo en las manos y luego, bañada en llanto se lo llevó a los labios. Después lo apretó en su pecho y le dijo a Santiago con voz quebrada:

— Pónmelo hijo, que mientras viva, no volveré a quitármelo. Este camafeo es el mejor regalo que he recibido. Recuerda siempre lo que lleva escrito, Santiago, porque es una verdad muy grande. Y cuando yo muera, quiero que sea para tu esposa.

*

Esa noche, en el salón de los candiles del Hotel del Prado, todos estaban luciendo sus mejores galas. Sobre todo Adelaida. Estilizada, con un vestido largo de seda gris cruzado al frente y como único adorno: el camafeo. Había cambiado el armazón de sus lentes y la innovación la favorecía porque los ojos se le veían más grandes. Se había dejado de pintar el cabello y las plateadas canas le daban un aire muy distinguido. La casi constante sonrisa que mostraban sus blanquísimos dientes iluminaba su rostro. Adelaida era la imagen de la felicidad y no se hubiera cambiado por nadie.

Santiago estaba muy guapo. De repente, parecía haberse convertido en un hombre. Parecía que hubiera nacido para el traje de etiqueta. Sobre pasaba a su madre en estatura y era esbelto aunque ancho de espaldas, barbicerrado, con las cejas bien delineadas y gruesas, el cabello muy negro y las facciones varoniles. Se había hecho débil de vista como su madre y usaba también lentes, pero había heredado los dientes sanos y uniformes de Adelaida.

Santiago daba la impresión de madurez a pesar de sus escasos 18 años y su irresistible simpatía lo hacía muy popular. Aquella noche se la había pasado de mesa en mesa, abrazando y saludando a sus amigos; a muchos los había llevado para que conocieran a su "numerosa fami-

lia". Y era cierto, porque en realidad la mesa que habían reservado, era la más grande.

Carlos parecía el mayor de todos, pero indudablemente todavía era un hombre atractivo. Había tomado ya un par de whiskeys y parecía haber olvidado todos sus achaques, porque conversaba animadamente con Armando y Gerardo instándolos para que se le unieran en la compra de unos bungalows en Puerto Vallarta en donde todos podrían vacacionar. Paco y Felipe por su parte, hablaban de la posibilidad de hacer en la Hacienda de los Artesa una plantación de aguacates que después, en México, los jóvenes pudieran industrializar. Renata, del otro lado, platicaba con Luis y su esposa, del futuro bebé, mientras Marthita y Octavio saludaban a dos parejitas que charlaban con Santiago y Rocío, Pilar lucía un poco gruesa, pero conservaba la chispa de la juventud. Lola se veía mayor, pero seguía siendo una mujer muy distinguida.

Marcela era bonita y siempre lo sería, también la más elegante.

Cata había mejorado con la edad, ahora tenía más personalidad.

Las cinco amigas volvían aquel día, a sus primeros años, cuando se conocieron en el colegio. No se cansaban de hacer recuerdos y a pesar de que todas peinaban canas había momentos en que parecían chiquillas.

De repente, el Director de la escuela subió al estrado y anunció por el micrófono que con el evento se daba por terminada otra etapa de la vida de los muchachos. Empezaban a ser hombres y pronto entrarían a la Universidad. Dijo luego que en la Primaria, los chicos habían puesto los cimientos del edificio que los resguardaría durante toda su vida. En la Secundaria, habían colocado los pisos, y en la Preparatoria, al fin, apuntalado los muros. Pero después les recordó que aún les faltaban los techos para terminar su edificio y para considerarse resguardados. Eso, dijo, solamente lo conseguirían mediante una carrera universitaria que estaba seguro, todos seguirían. Después, solicitó un aplauso muy especial para el alumno que durante los tres años de Bachillerato, había conservado el Primer lugar. Se hizo un gran silencio y nombró a Santiago.

Cuando el muchacho llegó al estrado, el salón se vino abajo en aplausos; la orquesta empezó a tocar fanfarrias y, en seguida, el Director le dio un abrazo y le dijo:

— ¡Bien hecho Pérez Gómez! ¡Felicidades! Fue un privilegio el tener-te como alumno. Sigue adelante que estoy seguro que llegarás muy lejos. Y ahora ve y saca a bailar a la chica más bonita del baile, ¡tú lo has ganado!

Ante el aplauso general, Santiago se dio vuelta y empezó a caminar hacia la mesa en donde estaban todos los suyos, se detuvo frente a su madre, bajó la cabeza, puso una mano atrás y, haciendo una reverencia, estiró el otro brazo hacia Adelaida diciéndole:

— ¡Bailamos, mamá!

Se terminó de imprimir el 5 de noviembre de 1984. La edición en tiro de 1000 ejemplares, estuvo al cuidado de la autora y de Rogelio Villarreal.

En el México de los años cincuenta —el de los *Kikos*, el de las matinés del *Balmori*, a donde las señoritas “bien” acudían sólo después de haber revisado la película en la lista censuradora—, nace Adelaida, diferente a lo que los cánones marcan y por ello tiene que pagar el precio de no ajustarse a las normas.

Doris Krafft nos detalla las costumbres y vivencias del México de nuestros padres, con sus *thes* danzantes en el *Riviera* y sus chaperones, por ello la historia de Adelaida —personaje principal de la novela— se vuelve una doble historia: la de su lucha por encontrar su identidad huyendo del espejo y la del México de ayer, entonces “la región más transparente del aire”.

Patricia Vidal